

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VII

1º DE ABRIL DE 1898

Nº 151

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LECTURA DE LA PASIÓN.

LA PASION DE JESUCRISTO

Pilatos y su mujer

MIENTRAS conducían á Jesús á casa de Herodes, vi á Pilatos con su mujer Claudia Procla. Fueron juntos á una casita situada sobre un alto del jardín, detrás del Palacio. Claudia estaba agitada y muy conmovida. Era una mujer alta y bella, pero pálida. Llevaba un velo echado atrás; sin embargo, se veían sus cabellos colocados en derredor de su cabeza, con algunos adornos; tenía pendientes, un collar, y sobre el pecho una especie de broche que sostenía su largo vestido. Habló mucho tiempo con Pilatos; le rogó, por todo lo que le era más sagrado, que no hiciese mal ninguno á Jesús, el Profeta, el Santo de los Santos, y le contó algo de las visiones maravillosas que había tenido acerca de Jesús la noche precedente.

Mientras hablaba, experimenté la mayor parte de esas visiones; pero no me acuerdo bien de qué modo se sucedían. Ella vio las principales circunstancias de la vida de Jesús: la Anunciación de María, la Natividad, la Adoración de los pastores y de los Reyes, la profecía de Simeón y de Ana, la huida á Egipto, la tentación en el desierto, etc. Se le apareció siempre rodeado de luz, y vio la malicia y la crueldad de sus enemigos bajo las formas más horribles; vio sus padecimientos infinitos, su paciencia y su amor inagotables, la santidad y los dolores de su Madre. Estas visiones le causaron mucha inquietud y mucha tristeza, pues todos esos objetos eran nuevos para ella; estaba suspensa y pasmada, y veía muchas de esas cosas, como, por ejemplo, y veía muchas de esas cosas, como, por ejemplo, la degollación de los inocentes y la profecía de Simeón, cosas que acontecían cerca de su casa. Yo sé bien hasta qué punto un corazón compasivo puede verse atormentado por esas visiones, pues el que ha

sentido una cosa, debe comprender lo que sienten los demás.

Había sufrido toda la noche, y visto más ó menos claramente muchas verdades maravillosas, cuando la despertó el ruido de la turba que conducía á Jesús. Al mirar hacia aquel lado, vio al Señor, el objeto de todos esos milagros que le habían sido revelados, desfigurado, herido, maltratado por sus enemigos. Su corazón se trastornó, y mandó en seguida á llamar á Pilatos, y le contó, en medio de su agitación, lo que le acababa de suceder. Ella no comprendía lo que todo aquello significase, y no podía expresarlo bien; pero rogaba, suplicaba, instaba á su marido enternecida.

Pilatos estaba atónito y perturbado; unía lo que le decía su mujer con las noticias recogidas de un lado y de otro acerca de Jesús; se acordaba del furor de los judíos, del silencio de Jesús y de sus maravillosas respuestas á sus preguntas. Estaba agitado é



EL CRISTO DE MONTAÑEZ

sé si era una joya, un anillo ó un sello. Así se separaron.

Pilatós era un hombre corrompido, indeciso, lleno de orgullo y al mismo tiempo de baja: no retrocedía ante las acciones más vergonzosas cuando encontraba en ellas su interés, y al mismo tiempo se dejaba llevar por las supersticiones más ridículas cuando se hallaba en posición difícil. En estas circunstancias de apuro, consultaba sin cesar á sus dioses, á los cuales ofrecía incienso en lugar secreto de su casa, pidiéndoles auspicios. Una de sus prácticas supersticiosas era ver comer á los pollos; pero todas estas cosas me parecían tan horribles, tan tenebrosas y tan infernales, que yo volvía la cara con horror. Sus pensamientos eran confusos, y Satanás le inspiraba tan pronto un proyecto como otro. Primero quería libertar á Jesús como inocente, después tenía que sus dioses se vengaran de él; libertado por él Jesús, parecía una especie de semidiós que podía hacerle daño. "Quizás, se decía á sí mismo, es una especie de Dios de los judíos; hay muchas profecías de un Rey de los judíos, que debe reinar en todo el mundo; ese es el Rey que los Magos de Oriente han venido á buscar aquí; podría quizás elevarse sobre mis dioses y mi Emperador, y yo tendría una gran responsabilidad si no muere. Quizás su muerte será el triunfo de mis dioses." En seguida las visiones maravillosas de su mujer le asaltaban el pensamiento, y tenían un gran peso en la balanza en favor de la libertad de Jesús. Acabó decidiéndose por esta última opinión. Quería ser justo, pero no podía serlo, pues había preguntado: "¿qué es la verdad?" y no había esperado la respuesta: "la verdad es Jesús de Nazareth, Rey de los judíos." La mayor confusión reinaba en sus ideas, y él mismo no sabía lo que quería, pues de no ser así, no hubiera consultado á los pollos.

El pueblo se aglomeraba sobre la plaza y en la calle por donde debían conducir á Jesús á casa de Herodes. Los grupos se formaban en cierto orden, según el sitio de donde cada uno había venido á la fiesta, y los fariseos, los más rencorosos de todos los lugares á donde Jesús había enseñado, estaban con sus compatriotas trabajando y excitando á los indecisos contra Jesús. Los soldados romanos eran numerosos en el cuerpo de guardia del Palacio de Pilatos; todos los puestos importantes de la ciudad estaban también ocupados por ellos.

Flagelación de Jesús

Pilatós, Juez cobarde é irresoluto había pronunciado muchas veces estas palabras llenas de baja: "No hallo crimen en él: por eso voy á mandar á azotarlo y á darle libertad." Los judíos gritaban cada vez más furiosos: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Sin embargo, Pilatós quiso que su voluntad prevaleciera, y mandó azotar á Jesús, á la manera de los romanos. Entonces los alguaciles, pegando y empujando á Jesús con palos, le condujeron á la plaza, en medio del tumulto y de la saña popular. Al Norte del palacio de Pilatós, á poca distancia del cuerpo de guardia, había una columna destinada á que los reos, sufriesen á ella atados, la pena de

azotes. Los verdugos, provistos de látigos, varas y cuerdas, los pusieron al pie de la misma. Eran seis hombres atezados, de menos estatura que Jesús; tenían un cinturón alrededor del cuerpo, y el pecho cubierto de una especie de cuero ó tela burda: los brazos iban desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes á trabajar en los canales, y en los edificios públicos, y los más perversos de entre ellos hacían el oficio de sayones en el Pretorio. Esos hombres crueles habían ya atado á la propia columna y azotado hasta la muerte á algunos pobres condenados. Parecían salvajes ó demonios, y estaban medio borrachos. Dieron de puñadas al Señor, le arrastraron con las cuerdas, á pesar de que se dejaba conducir sin resistencia, y lo ataron brutalmente á la piedra. Esta columna estaba sola, y no servía de apoyo á ningún edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto, extendiendo el brazo, hubiera podido alcanzar á la parte superior. A media altura había anillas y ganchos. No se puede expresar con qué barbarie esos tigres furiosos arrastraron á Jesús: le arrancaron el manto de irrisión de Herodes, y derribáronle casi al suelo. Jesús temblaba y se estremecía delante de su columna. Se despojó El mismo de sus vestidos con las manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras le pegaban, oró del modo más tierno, y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que estaba partida de dolor en la esquina de una de las alas de la plaza, y que cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Jesús abrazó la columna; los verdugos le ataron las manos, levantadas en alto, á un anillo de hierro que estaba arriba, y estiraron tanto sus brazos, que sus pies, atados fuertemente á lo bajo de la columna, tocaban apenas al suelo. El Santo de los santos fue así extendido con violencia sobre la columna de los malhechores; y dos de aquellos furiosos comenzaron á flagelar su cuerpo sagrado, desde la cabeza hasta los pies. Sus látigos ó sus varas parecían de madera blanca flexible: puede ser también que fueran nervios de luey ó correas de cuero duro y blanco.

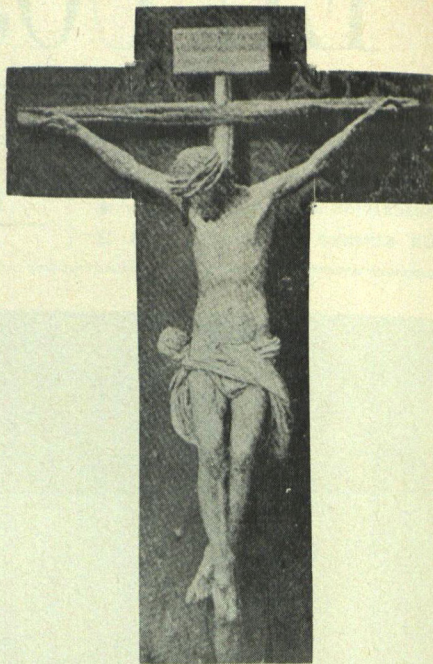
El Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, temblaba y se retorcia como un gusano bajo los golpes. Sus gemidos dulces y claros se oían como una oración en medio del ruido de los azotes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos zumbando como estruendosa tempestad, y cubriendo sus quejidos lastimeros con que alternaban písimas bendiciones, clamaban: "¡Que muera! ¡Crucifícale!" pues Pilatós estaba todavía hablando con el pueblo. Y cuando quería decir algunas palabras en medio del tumulto popular, una trompeta tocaba en demanda de silencio. Entonces oíase de nuevo el crujir de los azotes, los sollozos de Jesús, las imprecaciones de los verdugos, y el balido de los corderos pascuales que se lavaban en la piscina de las Ovejas. Ese balido acentuaba un espectáculo tiernísimo: eran tristes voces que se unían á los gemidos de Jesús.

El pueblo judío estaba á cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos; muchos iban y venían silenciosos ó profiriendo insultos; otros se sentían conmovidos, y parecía que un rayo de Jesús les tocaba. Yo vi jóvenes, monstruos de infancia, casi desnudos, que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros iban á buscar varas de espino. Algunos alguaciles de los príncipes de los sacerdotes daban dinero á los verdugos. Les trajeron también un cántaro que contenía una bebida espesa y colorada, y bebieron hasta embriagarse.

Pasado un cuarto de hora, los sayones que azotaban á Jesús fueron reemplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, lividas y coloradas, y su sangre corría por el suelo. Por todas partes se oían las injurias y las burlas.

Los segundos verdugos lanzáronse con rabia de hambrientos lobos sobre Jesús; tenían otra especie de varas; eran de espino con nudos y puntas. Los golpes rasgaron todo el cuerpo de Jesús; la sangre saltó á distancia, y ellos tenían los brazos manchados. Jesús gemía, oraba y se estremecía. Muchos forasteros pasaron por la plaza, montados sobre camellos, y alejáronse poseídos de horror y de pena cuando el pueblo les explicó lo que ocurría. Eran caminantes que habían recibido el bautismo de Juan ó que habían oído los sermones de Jesús sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatós.

Otros nuevos verdugos pegaron á Jesús con correas, que tenían en las puntas garfos de hierro, con los cuales le arrancaban la carne á tiras. ¡Ah! ¡Cómo describir este tremendo y doloroso espectáculo! Sin embargo, su rabia no estaba todavía satisfecha; desataron á Jesús, y atáronle de nuevo de espaldas á la columna. No pudiendo sostenerse, le



pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por bajo de las rodillas, anudándole las manos detrás de aquel potro de martirio. Entonces cayeron sobre El. Uno de ellos le pegaba en el rostro con saña indecible, con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era todo una llaga. Miraba á sus verdugos con los ojos llenos de sangre, y parecía que les pedía misericordia; pero redoblaban su ira, y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles.

La horrible flagelación había durado tres cuartos de hora, cuando un extranjero de clase inferior, pariente del ciego Ctesifón, curado por Jesús, se precipitó sobre la columna con un hierro que tenía la figura de una cuchilla, gritando loco de indignación: "¡Basta! no peguéis á ese inocente hasta hacerle morir." Los verdugos, hartos, se pararon sorprendidos; cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna, y fue á perderse entre la multitud. Jesús cayó casi sin sentido al pie de la columna sobre un charco de sangre. Los verdugos le dejaron, y fuéronse á beber, llamando á los criados que estaban en el cuerpo de guardia tejiendo la corona de espinas.

Mientras Jesús estaba caído al pie de la columna, vi á algunas mujeres públicas, con cinico desdoro, acercarse á Jesús agarradas por las manos. Se pararon un instante mirándole con desprecio. En este momento el dolor de sus heridas se redobló, y alzó hacia ellas la faz ensangrentada. Se alejaron entonces, y los soldados les dijeron palabras desvergonzadas.

Durante la flagelación, vi muchas veces los ángeles llorando alrededor de Jesús, y oí su oración por nuestros pecados, que subía constantemente hacia su Padre, en medio de los golpes que daban sobre El. Cuando estaba tendido al pie de la columna, vi á un ángel presentarle una cosa luminosa que le dio fuerzas. Los soldados volvieron, y le pegaron patadas y palos, diciéndole que se levantara. Haciéndole puesto en pie, no le dieron tiempo para cubrir sus carnes; echaron sus ropas sobre los hombros, y con ellas limpióse la sangre que le inundaba el rostro. Le condujeron al sitio á donde estaban sentados las príncipes de los sacerdotes, que gritaron: "¡Que muera! ¡Que muera!" y volvían la cara con repugnancia. Después lo condujeron al patio interior del cuerpo de guardia, donde no había soldados, sino esclavos, alguaciles y chusma: en fin, la hez del pueblo.

Como la ciudad andaba revuelta y en extremo agitada, Pilatós mandó venir un refuerzo de la guarnición romana de la ciudadela Antonia. Esta tropa, puesta en buen orden, rodeaba el cuerpo de guardia. Podían hablar, reír y burlarse de Jesús, pero les estaba prohibido salirse de sus filas. Pilatós quería contener así al pueblo. Había mil hombres.

Primera caída de Jesús debajo de la Cruz

La calle, poco antes de su fin, tuerce á la izquierda: se ensancha y sube un poco; por ella pasa un acueducto subterráneo, que viene del monte de Sión: antes de la subida hay un hoyo, donde hay con fre-

encia agua y lodo cuando llueve, por cuya razón han puesto una piedra grande para facilitar el paso. Cuando llegó Jesús á este sitio, ya no podía andar: como los soldaban tiraban de Él y lo empujaban sin misericordia, se cayó á lo largo contra esa piedra, y la cruz cayó á su lado.

Los verdugos se pararon, llenándole de imprecaciones y pegándole; la escolta se detuvo un momento en desorden: en vano Jesús tendía la mano para que le ayudasen, diciendo: "¡Ah, presto se acabará!" y rogó por sus verdugos: mas los fariseos gritaron: "¡Levantadlo, si no morirá en nuestras manos!" A los dos lados del camino había mujeres llorando y niños asustados.

Sostenido por un socorro sobrenatural, Jesús levantó la cabeza, y aquellos hombres atroces, en lugar de aliviar sus tormentos, le pusieron la corona de espinas. Habiéndolo levantado, le cargaron la cruz sobre los hombros, y tuvo que ladear la cabeza, con dolores infinitos, para poder colocar sobre el hombro el peso con que estaba cargado.

Jesús crucificado y los dos ladrones

El golpe terrible de la cruz que se hundía en la tierra agitó violentamente la cabeza de Jesús, coronada de espinas, é hizo saltar una gran abundancia de sangre, así como de sus pies y manos. Los verdugos aplicaron escaleras á la cruz, y cortaron las cuerdas con que habían atado al Salvador. La sangre, cuya circulación había sido interceptada por la posición horizontal y la compresión de los cordones, corrió con ímpetu de las heridas, y fue tal el padecimiento, que inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó como muerto siete minutos. Entonces hubo un rato de silencio: los verdugos estaban ocupados en distribuirse los vestidos de Jesús; el sonido de las trompetas del templo se perdía en el aire, y todos los circunstantes estaban desalentados de rabia ó de dolor. Yo miraba á Jesús llena de confusión y de espanto, lo veía sin movimiento, casi sin vida, y hasta yo misma pensé morirle.

Mi corazón estaba lleno de amargura, de amor y de dolor; mi cabeza estaba como perdida, mis pies y mis manos estaban abrasando; mis venas, mis nervios, todos los miembros estaban penetrados de dolores indecibles; me hallaba en una oscuridad profunda; donde no veía más que á mi Esposo clavado en la cruz.

Su rostro con la terrible corona y la sangre que le cubría sus ojos; su boca entreabierta, los cabellos y su barba caídos sobre el pecho, su cuerpo todo desgarrado; los hombros, los codos, los puños tendidos hasta ser dislocados; la sangre de sus manos corría por los brazos; su pecho hinchado formaba por debajo una cavidad profunda. Sus piernas estaban dislocadas como los brazos; sus miembros, sus músculos, la piel sufrían tensión tan violenta, que se podían contar los huesos; su cuerpo estaba todo cubierto de heridas y llagas, de manchas negras, lívidas y amarillas; su sangre, de colorada, se volvió pálida y como agua, y su cuerpo sagrado cada vez más blanco.

Jesús tenía el pecho ancho; no era velludo como el de Juan Bautista, que estaba cubierto de bello colorado.

Sus hombros eran anchos; sus brazos robustos; sus muslos nerviosos; sus rodillas fuertes y endurecidas como las de un hombre que ha viajado mucho y que se ha arrodillado mucho para orar; sus piernas eran largas, y las pantorrillas nerviosas; sus pies eran de hermoso aspecto y ricamente formados; sus manos eran bellas y los dedos largos y aguzados, y sin ser delicadas no se parecían á las de un hombre que las emplea en trabajos penosos.

Su cuello no era corto, mas robusto y nervudo; su cabeza de hermosa proporción; la frente alta y ancha; su cara formaba un óvalo muy puro; sus cabellos, de un color de cobre oscuro, no eran muy espesos; estaban separados naturalmente en lo alto de la frente, y caían sobre sus hombros; su barba no era larga y acababa en punta.

Ahora sus cabellos estaban arrancados y llenos de sangre; el cuerpo era todo una llaga; todos sus miembros estaban quebrantados.

Entre las cruces de los ladrones y la de Jesús había bastante espacio para que un hombre á caballo pudiese pasar; estaban puestas un poco más abajo. Los ladrones sobre sus cruces presentaban un horrible espectáculo, sobre todo el de la izquierda, que tenía siempre en la boca las injurias y las imprecaciones. Las cuerdas con que estaban atados los hacían sufrir mucho; su cara lívida; sus ojos enrojecidos se les saltaban de la cabeza.

Cuando el Salvador encomendó su alma humana á Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo á la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció; y se puso de un blanco lívido, y sus heridas, en que la sangre se había agolpado en abundancia, se mostraban dis-

tintamente como manchas oscuras; su cara se estiró; sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores; los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos y dejaron ver la lengua ensangrentada; sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron con los brazos; su espalda se enderezó á lo largo de la cruz, todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; las rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podría expresar el dolor de la Madre de Jesús, de la Reina de los Mártires? La luz del sol estaba aún alterada y oscurecida; el aire sofocaba durante el temblor de tierra, mas en seguida refrescó sensiblemente.

Era un poco más de las tres cuando Jesús dio el último suspiro. Cuando el terremoto pasó, algunos fariseos recobraron su audacia; se acercaron á la abertura del peñasco del Calvario, tiraron piedras, y quisieron medir su profundidad con cuerdas. No pudiendo hallar el fondo, se volvieron pensativos; advirtieron con inquietud los gemidos del pueblo, y se bajaron del Calvario. Muchos se sentían interiormente cambiados; la mayor parte de los circunstantes se volvieron á Jerusalén llenos de terror. Los soldados romanos vinieron á guardar la puerta de la ciudad y á ocupar algunas posiciones para evitar todo movimiento tumultuoso. Cassio y cincuenta soldados se quedaron en el Calvario. Los amigos de Jesús rodearon la cruz, se sentaron enfrente de ella y lloraron.

SOR ANA CATALINA EMMERICH.

LA CRUCIFIXION

Y al lecho de la cruz, ya preparado,
le llevan desde allí, lecho terrible,
y mándanle acostar, y así acostado,
manos y pies alarga el Dios pasible;
y viéndose en el trance deseado,
y el rostro vuelto y ánimo apacible
al cielo, y á su Padre orando, dijo
esto, cual obediente y sabio hijo:

"Gracias te doy, ¡Oh soberano Padre!
Que al último he llegado y gran tormento;
y porque á tu bondad inmensa cuadre,
cumplio fiel tu sacro mandamiento;
en las puras entrañas de mi Madre
lo recibí, y obedecí al momento;
y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia;
dale al hombre por él, Señor, tu gracia."

Dijo; y luégo un ministro inexorable
la mano le pidió, la diestra mano,
y Cristo se la dio con rostro afable
y la palma extendió fácil y humano;
y en ella puso un clavo el detestable,
feroz, gentil, idólatra profano,
y alzó el martillo, y con menudo estruendo
dio y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro;
rompió nervios, fijóse en el madero,
y el cuerpo santo, cual batido muro,
á aquella parte se inclinó ligero;
mas Cristo le ofreció grave y seguro
el otro brazo, y con semblante entero;
y el sayón lo tomó para clavello,
pero no pudo á su lugar llegallo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
y hasta ponerle firme y extendido
donde el otro agujero estaba hecho,
con fuerza lo estiró y lo tuvo asido:
desencajó con esto el sacro pecho,
y tomó un clavo agudo y escogido,
y atravesó con él la mano santa,
y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fue tirando
los pies, que no llegaban al barro, y
así los duros golpes redoblando,
el madero dejó de sangre lleno:
la Virgen santa, oyéndole y mirando,
golpes y sangre recibió en su seno;
y por este y aquel noble sentido
lanzaba triste el corazón herido.

(Del libro XII de *La Cristiada*, de fray Diego de Hojeda).



"COMPASIÓN"—Cuadro de Bouguereau

PARAFRASIS POETICA

DE LAS SIETE PALABRAS

PRIMERA PALABRA

"Padre mío, perdónalos; pues no saben
lo que hacen"

Pater, dimitte illis, nom enim sciunt
quid faciunt.

(S. Lucas, cap. 23, vers. 34).

Clavado está en la cruz el Inocente,
Coronada de espinas la cabeza,
El alma llena de mortal tristeza,
Desamparado, exánime y doliente.

Las pasiones con ímpetu furente
Sobre El desatan su voraz fiereza;
Y en El la envidia, el odio y la vileza,
Y la calumnia vil clavan su diente.

Padre mío, prorrumpe en hondo anhelo;
Perdónalos; no saben lo que hacen;
Y su postrer plegaria eleva al cielo:

Por los que el fiero instinto satisfacen,
Por los que colman el humano duelo
Y en el error y en el delito yacen.

SEGUNDA PALABRA

"Hoy serás conmigo en el Paraíso"

Hodie mecum eris in Paradiso.

(S. Lucas, cap. 23, vers. 43).

De juez inicuo la sentencia ordena
Que muera el justo en una cruz clavado,
Y para colmo de su oprobio y pena
Sea entre dos ladrones levantado.

Cumplido está el mandato: desenfrena
Contra El la lengua el úno desalmado;
En tanto el otro, el alma de fe llena,
Le suplica á su reino ser llevado.

Jesús le dijo: pues tu fe lo quiso,
Hoy cuando el vuelo tienda hacia el Eterno,
Habitarás conmigo el Paraíso.

Salva al conrito con afecto tierno,
Y al que á su ley no se mostró sumiso,
Lo sumerge Satán en el Infierno.

TERCERA PALABRA

“Mujer, hé ahí á tu hijo”

Mulier; ecce filius tuus.

(S. Juan, cap. 19, vers. 26).

Ved al Varón de míseros dolores
Sangriento escarnio de la turba impía,
Cómo sufre los crudos estertores
De la tribulación y la agonía.

De su pasión los negros torcedores
Cabe la santa cruz sufre María,
Y cual cedro resiste los rigores
De aquel, para ella, borrascoso día.

Con cariño filial y amor sincero:
Mujer, dice Jesús, hé ahí tu hijo,
Viendo hacia Juan, el noble compañero.

Cumplió el anhelo de su afán prolijó
Dando una madre al universo entero
Y hacia la patria eterna rumbo fijo.

CUARTA PALABRA

“¿Dios mío, Dios mío!: ¿por qué me
has desamparado?”

Deus meus, Deus meus! ¿ut quid
dereliquisti me?

(S. Marcos, cap. 15, vers. 34).

El que en el lago azul de Tiberiades
Cual visión celestial fácil camina,
Y entre fampos de regías claridades
Muestra su esencia en el Tabor, divina;

El que sabe borrar las liviandades
De la mujer y al bién luego la inclina,
El que colma la tierra de bondades
Y al hombre redimió con su doctrina:

Lo vende Judas, Pedro lo ha negado,
El mundo impío y ciego lo escarnece,
Y á morir en la cruz es condenado.

Dios mío, clama en frase que entenece,
Dios mío!: ¿por qué me has desamparado?
¿Y nadie á su dolor consuelo ofrece!

QUINTA PALABRA

“Sed tengo”

Etio.

(S. Juan, cap. 19, vers. 28).

Vedle del árbol de la cruz colgado,
Preso del más horrible sufrimiento;
¿Y cómo se ofrece en sacrificio cruento
Para salvar el mundo del pecado!

Al Cielo alza los ojos, conturbado:
Sed tengo, clama en doloroso acento;
Y de hiel y vinagre por tormento
El cáliz de sus labios han llenado.

Y no lo comprendéis! raza maldita?
¿Acaso no miráis cómo deplora
Tu perdición fatídica, inaudita?

¿No véis que es luz de divina aurora
Que á la paz y el perdón al mundo invita,
Y que es de amor la sed que lo devora?

SEXTA PALABRA

“Todo ha concluído”

Consumatum est.

(S. Juan, cap. 19, vers. 30).

El consumatum est que asombra al mundo,
Mustio dice, ó inclina la cabeza,
Como el lirio en los campos sitibundo
De los rayos del sol á la fiereza.

Al hondo abismo herido y moribundo
Desciende el Paganismo; otra éra empieza,
La éra de Jesús que á lo profundo
Del tiempo sumo llevará su alteza.

¡Oh Dioses del Olimpo habitadores,
Inicuos sacerdotes y tiranos!
No verá el orbe más vuestros errores;

Pues ya todos los hombres son hermanos,
Y un solo Juez, en trono de esplendores,
Habrá para juzgar á los humanos.

SÉPTIMA PALABRA

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”

Pater, in manus tuas commendo
spiritum meum.

(S. Lucas, cap. 23, vers. 46).

En tus manos mi espíritu encomiendo,
Oh Padre! dice; y falleciente expira;
Salva á los hombres en la cruz muriendo,
Y de nuevo Satán se enciende en ira.

Tiembla la tierra con horrible estruendo,
Del sol se apaga la radiosa pira,
Y de pavor, Jerusalém gimiendo,
Salir los muertos del sepulcro mira.

Furioso el aquilón bate las alas,
Sus linderos el mar salvar pretende,
Mustias ve el prado sus vistosas galas;

El ígneo rayo los espacios hiende,
Y el serafín en las empíreas salas
De horror y pasmo su cantar suspende.

Caracas—1898.

DOMINGO GARBAN.

NARRACIONES REFERENTES A LA VIRGEN

LA VÍCTIMA



AY en la capilla del Palacio de la gran ciudad de S. un cuadro del que se refiere la leyenda que sigue:

Hace ya muchos años (antes del descubrimiento de la pólvora) había en la mencionada ciudad un poderoso Rey que tenía dos hijos, de los cuales, el mayor se llamaba Rolando y el menor Renato.

Rolando era guapo, valiente, arrogante: Renato pequeño, tímido y feo. Causaba admiración á todos el mayor y menosprecio el menor, y aun los más caritativos añadían á la burla tan humillante compasión del infeliz, que su madre le confirmó con el sobrenombre de *La Víctima*.

Aquella excelente señora, cuyo corazón se anegaba en amargura al ver las injusticias y burlas, que hacían sufrir á tan amado hijo, de su padre, su hermano y los aduladores que en los palacios donde quiera brotan, lograba realizar milagros de ternura y amor para dar aliento de vida á un sér tan abandonado.

Tantas exquisitas atenciones convirtieron al fin en predilección determinada, cada vez más vigorosa, por la triste reflexión de *¿qué será de mi víctima adorada cuando yo no pueda amarle y protegerle?*, que la salud muy quebrantada de la Reina daba á sospechar que una muerte prematura la arrancase de este pícaro mundo, para dar vida mejor á tan nobilísima y tierna madre.

Hallábase una tarde meciendo entre sus brazos á su hijo, cavilosa y triste, cuando acertó á fijar los ojos en un cuadro que á la cabecera de su cama, enfrente de ella, se hallaba. Era asunto del cuadro el Sueño de la Virgen, y en él, Nuestra Señora estaba representada teniendo dormido sobre sus rodillas al Niño Jesús, la cabeza un tanto inclinada sobre el pecho y los ojos cerrados, como si al mecer al Niño Dios la Divina Madre se hubiese dormido también; á su alrededor multitud de ángeles contemplaban con inefable arrobamiento este grupo encantador, temerosos sin duda de que el más ligero roce de sus blanquísimas alas despertase á los divinos durmientes.

Muy bien pudo ser que la contemplación de la imagen de aquella Madre, cuyas amargas cruces sobrepujan á las que todas las demás soporitan, siendo sus dolores no más que pálidos reflejos de aquel inmenso dolor, padecido en bien del hombre, avivases en el corazón de la afidiga Reina la esperanza y la fe en la divina misericordia, puesto que desde entonces pasaba largas horas sin apartar los ojos del dulcísimo y sereno rostro de la divina durmiente, cuya imagen disipaba los temores, que tomaban vida al reflexionar en el porvenir de su adorado hijo.

Un año pasó, que fue poco á poco debilitando la escasa salud de la Reina, y al finalizar aquel murió ésta, resignada y tranquila, porque la pobre víctima había aprendido muy bien cuanto quiso inculcarle, enseñándole á invocar á María, tendiendo á su imagen los bracitos con fervor tal, que la piadosa madre creyó ver que los ojos de la Virgen se abrían y que, sonriente, le fijaba en el niño rebosando dulcísima ternura.

La pérdida de tan buena y cariñosa Soberana fue muy sentida de todo el pueblo, pero nadie lloró tamaña pérdida con tan expresivo dolor como el huérfano infeliz, que perdió en su madre el único sér que le había querido.

Desde entonces la vida de la pobre criatura se convirtió en un verdadero martirio; ya por los cuidados de una nodriza que le maltrataba, y de los audaces y groseros criados que, á más de sus infames burlas, llegaron á poner su mano en él; ya por el menosprecio en que la gente palaciega le tenía, porque al desdesharse imaginaban agrandar al Rey su Señor. Tan desnaturalizado padre sentía algo de aversión hacia aquel hijo; Rolando consideraba á su hermano como al más miserable de sus sirvientes.

Varios años pasaron, durante los cuales Rolando creció en belleza, arrogancia y orgullo, al par que Renato hacía su carácter más dulce, humilde y tolerante.

Pero ocurrió que un Rey vecino, al volver con su única hija, llamada Giselle, de un largo viaje, pasó por los Estados en que mandaba el padre de Rolando y de Renato; aceptó la invitación que aquel le hizo, y se detuvo algunos días en el palacio, para caminar después hacia su reino.

Ya no hubo, pues, más asunto en qué ocuparse que procurar fiestas y más fiestas con que divertirla, durante su estancia en la ciudad, al gran Monarca y á su hija, la que se albergó en las habitaciones de la difunta Reina, que de nuevo se amueblaron y ornamentaron; y claro es que el hermosísimo lienzo, encanto y consuelo de la pobre madre, y ante el cual se arrodillaba Renato para rezar todas las noches, fue sustituido por un soberbio espejo y trasladado aquél á la capilla de Palacio.

El estruendo de los saraos y bailes, etc., de las fiestas, en fin, resonaba durante el silencio de la noche, en la habitación de Renato, el que se entregaba al estudio con ardor, pues así su padre como su hermano no habían pensado un instante en que gozase de los públicos regocijos, porque en su opinión, la presencia de un sér tan raquítico y feo quitaría á las fiestas mucho de su esplendor, y según la costumbre, de largo tiempo seguida, el desdichado joven obedeció sin murmurar una injusticia tan irritante. Pero la hora de la compensación se acercaba.

Una noche en que, inclinado Rolando delante de Giselle, le hacía mil cumplimientos y finezas cortesanías, mientras que su padre y el de la Princesa aplaudían la ópera nueva, que un célebre compositor había ensayado para festejar al poderoso vecino, díjole á quema ropa Giselle, que, muy distraída, paseaba la mirada de un objeto á otro del gran salón:

—Pues yo creía que tenías un hermano.

La sorpresa y el espanto le impidieron á Rolando responder; pero más tranquilo después, desechó la idea, que á su mente acudió, de negar la existencia de Renato, constante remordimiento



MATER AMABILIS — Cuadro de Gabriel Max

suyo, temeroso de que la Princesa llegase á descubrir la verdad.

Sonriéndose, pues, con la mayor tranquilidad posible, respondióle que su hermano sentía grande horror al bullicio y grande amor á la soledad, y que al saber la estancia de los ilustres huéspedes en el Palacio, y las lucidas fiestas que iban á realizarse, había suplicado á su padre que le permitiese pasar los días de diversión encerrado en su cámara, y que el Rey, bastante complaciente para negar algo á su hijo, había accedido á su pretensión.

Incapaz la inocente criatura de presumir que un sér humano pudiese guardar en lo hondo de su sér semejante perversión, menos aún pudiera achacársela á Rolando, que tras de tan hermosa máscara la ocultaba, y le creyó; pero á la vez y repentinamente despertóse en ella una curiosidad muy viva, de conocer á tan hurón y original mancebo.

—Quisiera conocer á vuestro hermano—dijo tímidamente Giselle, mirando al joven.—¿No podríais lograr que viniese?

Frunció el entrecejo Rolando; pero la reflexión le hizo conocer que le convenía agrandar á la gentil Princesa y, llamando á un paje, le dio la orden que ya se deja entender. Al poco tiempo presentóse el enviado y dijo que el Príncipe estaba enfermo.

La verdad era que el desdichado joven ni aun tenía ropas para presentarse ante los huéspedes de su padre como á su noble rango cuadraba.

Giselle no insistió, más no se dio por vencida, porque estas contrariedades la encendían más en el deseo de verle.

Al cabo, una tarde que, bajo el pretexto de un dolor de cabeza muy agudo, no había asistido á la caza señalada para el medio día, la gallarda doncella salió á dar un paseo y entróse por el lugar más solitario del bosque, en el que aún se veían las ruinas de un templo dedicado á Flora en la antigüedad.

Hacia muy poco que había llegado, cuando un ruido de pasos la distrajo de sus meditaciones, hizole volver la cabeza y, al mirar por aquel lado, divisó un mancebo que, sin haberla visto, se encaminaba al templo.

La Princesa, que con atención le contemplaba, supuso que fuese aquel el hermano de Rolando, de que había oído hablar, y en caso de ser cierta tal sospecha, seguramente que no era posible la comparación con su hermano mayor en punto á hermosura y gentileza; pero el semblante y persona de éste, la causaban, sin embargo, maravillosa simpatía.

Cuando estaba ya á la puerta del templo, vio Renato á la doncella; imaginó que tal vez fuera la Princesa en cuyo honor se habían preparado en la corte tantas galas, y temiendo molestarla, quiso marcharse; pero, armándose de valor Giselle, le suplicó que se quedase, y después de corteses saludos se entabló la conversación, y al cabo de una hora se separaron como los dos amigos mejores del mundo. A esta primera entrevista siguieron otras muchas. Giselle buscaba y hallaba siempre pretextos para no asistir á las ya enojosas fiestas, y acudía al templo, en el que Renato, impaciente, la esperaba.

El tiempo parecía volar, según ellos, y cada vez se hallaban más unidos los dos.

En la compasión suele asentarse el amor no pocas veces. Giselle era romántica, como el mayor número de las mujeres lo es, y el carácter de Renato le impresionó tan tristemente como simpático le fue aquel joven.

Decíase ella que el Príncipe debía ocultar alguna infeliz pasión, causa de aquel profundo disgusto de la vida, que tal vez le arrastrara á profesar la religión de un monasterio, porque la sencillez de su traje, de su sér y maneras, contrastaba notablemente con el lujo, elegancia y bizarría de su hermano para pasar inadvertido.

Sucedió, pues, que sin caer en ello, á fuerza de compadecerlo, Giselle llegó á quererle, sin percatarse de aquel amor el mancebo, porque dio en creer que la amabilidad de la doncella era hija tan solo de la bondad de su corazón.

Desde el encuentro de Renato y Giselle en el templo había corrido cerca de un mes, y nadie en la corte se dio cuenta de este suceso, que al cabo debía trastornar su vida. Un día el padre de la hermosa doncella, cuya estancia en el reino de su vecino se prolongaba mucho, anunció solemnemente que deseaba marchar á sus Estados. No se hallaba presente Renato al anunciar el padre de la Princesa su determinación á Rolando, porque aquél jamás concurrió á ninguna reunión de la corte: pero al día siguiente supo, por la acongojada



LA VIRGEN. — Cuadro de Hébert

niña, la triste noticia, y el corazón del pobre mozo se apremió dolorosamente, al comprender que perdía á la única persona que, después de su santa madre, le había querido.

La niña se hallaba no menos inconsolable que él, pues entre tantos pretendientes á su mano, el único que dominó su corazón fue el bondadoso Príncipe, de quien tuvo al principio compasión, y á quien después amó de veras; así es que su pesar fue muy grande, porque adivinaba que con dejar de verle y hablarle le hacía muy infeliz.

El aceptó esta prueba más de su desdicha con resignación tranquila, al parecer, si bien sangrando el corazón—pues tal era el temple suyo, siendo tanta fortaleza su imborrable fisonomía moral—lo que aumentó el cariño que Giselle ya le tenía, más que las vehementes protestas de inextinguible amor lo hubieran conseguido, pues la amante niña prefería en el hombre la modestia, la dulzura y la paciencia, á la arrogancia la presunción y la belleza.

Rolando, que la quería—y de la que no dudaba ser correspondido,—perseguía la ocasión de pedirla á su padre en matrimonio, y aprovechó la circunstancia de la partida para hablar de ello con el suyo, y al fin de una larga entrevista, el Rey se ofreció á dar noticia de los descos de su hijo al Real huésped, y á fijar la época del matrimonio, que había de ser antes del proyectado viaje.

Por la noche, y cuando estaban reunidos los Monarcas, Giselle, Rolando y algún que otro cortesano de los más notables, en el salón del Trono, el padre del Príncipe se levantó, y con la elocuencia y solemnidad usadas en ocasiones semejantes, pidió la mano de la Princesa para su hijo mayor. El padre de ésta, si bien un tanto sorprendido de la petición, no lo dejó entender y se limitó á decir que no podía dar el consentimiento sin la aprobación de su hija, porque jamás intentó contrariar su gusto, si era honesto y razonable.

El asombro del Rey fue inmenso cuando el Real huésped le transmitió á su hija la petición que á él le habían hecho, y ella, con voz conmovida, pero clara y sonora, respondió: que en el alma agradecía distinción tan singular; que su corazón ya no era suyo; y recordándole á su padre lo que acababa de decir—su afán de no contrariar en nada el gusto de ella,—confesóle su amor á Renato, y le pidió la bendición paternal para un matrimonio del que dependía la dicha de su vida entera.

Rolando al escuchar la confesión de la Princesa, quedóse estupefacto y como clavado en su sitio, lívido de cólera y sin saber qué decir; pero la situación podía haberse convertido de drama verdadero en tragedia horrible á no ser porque el Rey, repuesto del abatimiento que le había causado la declaración de la inocente criatura, le dio las gra-

cias por haber fijado su mirada en el humilde Renato, para el cual jamás hubiera soñado alianza tan honrosa.

Sólo faltaban algunos días para que se celebrase el matrimonio de los dos amantes, que se le apresuraba en lo posible, porque el padre de Giselle, que bendijo aquella unión, al verse viejo, deseaba ardientemente entregar las riendas del Gobierno á su futuro yerno para poder apreciar cómo se portaría en el trono el nuevo Monarca cuando él abandonase el mundo.

El Rey inmediatamente volvió en su acuerdo. Ciertamente la elección de Giselle le había asombrado y hasta dolido en el alma; pero pronto recobró la reflexión su imperio, y se regocijó de veras al considerar cómo aquel hijo, en quien jamás reconoció mérito alguno, iba á ser uno de los más poderosos Monarcas de la tierra; que en cuanto al porvenir de Rolando, no había temor alguno, pues era justo que tan cumplido y gallardo mozo encontrase una bellísima Princesa que en matrimonio feliz, aventajase en dicha y poderío al de la linda Giselle y al enfermizo Renato.

Así, pues, el Rey de nada tenía que quejarse; pero en su consentimiento al matrimonio de Renato halló Rolando la principal causa de llenarse de cólera por la humillación que se le imponía. El orgullo le precipitaba en el abismo de la venganza, que, como tal, es oscuro, y poco ó nada se ve lejos de la luz del sol. A oscuras se tropieza y se cae, y la caída del alma es el crimen, seductor á la sombra de una pasión cualquiera, odioso á la luz de la conciencia, que Dios encendió en nosotros y que con nosotros se apagará. Una torpe idea tuvo él por favorable á sus designios, y resolvió ejecutarla con presteza.

Salió del Palacio por una puertecilla excusada; metióse en un laberinto de callejuelas tortuosas y sucias; llegó á un barrio de los más extraviados de la ciudad; se detuvo ante una casucha ruinosas, y llamó quedó á la puerta.

No tardó en oír el chirrido de una cerradura, y al cabo de unos instantes, una horrible vieja, cuyo traje lo componían multitud de harapos, sujetos á su cuerpo por arte del mismo diablo sin duda, asomó la espantosa y repugnante cara por el espacio que la puerta, á medio abrir, dejaba.

—¿Quién es?—preguntó muy quedito.

Soy yo, Thais—contestó Rolando con altivo tono.—Déjame entrar.

Abrió del todo la bruja y entró Rolando en la casa, que más parecía cueva, mientras que la maga miraba atentamente á un lado y otro de la desierta calleja. Cerró después con cuidado é introdujo al Príncipe en un antro inhumano, cuyas paredes, cubiertas de signos cabalísticos, y cuyos rincones, llenos de multitud de vasijas y enchivaches, necesarios al perverso oficio de la brujería y en desorden amontonados, eran suficientes á conturbar el ánimo de los que en farsas creían.

—Hace ya tiempo que no te veo, hijo mío—le dijo ella, ofreciéndole para sentarse un viejo y miserable banquillo.—¿Qué es lo que te obliga á venir?

—¿Sabes que no es muy agradable tu casa?—dijo él, mirando con marcada repugnancia la habitación aquella.

La vieja era fisgona; se sonrió burlándose, y contestó:

—Y, sin embargo, aquí venís todos en busca del remedio á vuestros males. Si mis amiguitos supiesen hablar, ya lo harían largo y tendido—añadió, mirando con agrado el sin número de sabandijas y murciélagos que se colocaron en sus rodillas, á la vez que clavaban en Rolando los redondos, grandes y estúpidos ojos.

Comenzó él á relatar sus desventuras y sus deseos. La maldita vieja oíale con atención y sin conmoverse, como si cuanto escuchaba fuese lógico y honrado, y cuando él, faltar del aliento que la cólera le quitaba se detenía.

—¿Y quieres que yo te ayude?—preguntaba ella, tan impasible como al principio.

Dijo él que sí con la cabeza, y por respuesta única, la vieja fue á buscar en unas tablas repletas de frascos y redomas que contenían filtras de todos los colores del arco iris.

Y.....Aquí está el remedio, hijo mío—le dijo al Príncipe con voz tranquila, al par que le entregaba un botecillo lleno de un líquido claro y transparente como el agua.—Ahora voy á decirte lo que hay que hacer.

Pasaron horas no más, y cuando todo se hallaba en silencio en el Palacio, Rolando, pálido como la muerte, empapadas en sudor las sienes,

atravesaba con sigilo el pasadizo que conducía á la habitación de Renato, llevando entre sus crispadas manos el fatal veneno que Thais le había dado.

Cuando ya estaba al fin de su camino, á dos pasos de la puerta tras la cual el inocente hermano dormía apaciblemente, sonriendo en sueños á su querida Giselle, el culpable se detuvo, lleno de temerosa incertidumbre, para contemplar el traidor veneno.

—Algunas gotas no más, algunas gotas; me ha dicho y para siempre dormirá.

Y oprimía con sus heladas manos el pomo mientras que, como en vago sueño, veía á su santa madre, aquella que juntos había mecido entre sus brazos á los dos en más dichosos tiempos, y que había unido sus voces en una misma oración.

Pero Rolando había resbalado mucho en la pendiente del mal para lograr retroceder entonces; habíase endurecido su corazón al contacto del orgullo, que es como el hielo, y que mandaba en él como absoluto señor.

Arrojó lejos de sí estos dulces recuerdos, que el cielo despertaba en su memoria para salvarle; corrió á lo largo de la galería y abrió con febril mano la primera puerta que tocó.

Rápido se detuvo, dominado por horrorosa sorpresa, y quedóse fijo en el umbral sin atreverse á retroceder ni avanzar, mientras que tal vez el ángel de su guarda se cubría el rostro con sus blanquísimas alas é imploraba para el culpable la piedad del Señor.

Por error, y gracias á la oscuridad de la galería, Rolando se había equivocado de habitación y acababa de abrir la puerta de la capilla, donde quedó como presa de una maravillosa fascinación que le impedía apartar la vista del cuadro de la Virgen, que dulcemente alumbraba una vacilante lámpara.

¿Sería que tan misericordiosa Señora se dignase mirarle con ojos de compasión?
No se ha sabido jamás.

Pero al día siguiente por la mañana, el sacristán entró en la capilla y á los pies del cuadro de Nuestra Señora, halló esparcidos los trozos de un pomo de cristal.

A los dos días, y á los pies de la Virgen, que parecía sonreírles, recibieron la bendición nupcial Giselle y Renato, y algún tiempo después Rolando profesaba en un convento, en el que largos años vivió en austeridad extrema y lleno de gratitud á la Santísima Virgen, que le había librado de cometer crimen tan horrible, no revelando jamás á nadie el secreto que en el silencio de la noche sus divinos labios le habían confiado.

MARI TERKY



JESUS Y LA SAMARITANA

RECUERDOS DE OTRA VIDA

(POR NILO MARÍA FABRA)



ATORCE abríles, blanca como una azucena, rubios y sedosos cabellos que competían con el oro, ojos azules y expresivos, rostro simpático y agraciado, bondadoso corazón y dulce carácter, y esas maneras distinguidas, sin afectado estudio, que dan claros y manifiestos indicios del buen ejemplo recibido y del medio ambiente en que una persona se ha criado: tal era el retrato de mi prima Dolores.

Los padres de ésta, deseosos de que completase su educación, decidieron confiármela para que la acompañase á un colegio de París.

Salimos de Madrid en el Sud-expreso, y al caer de la tarde del siguiente día, que era de Enero, comenzó á nevar copiosamente. Dolores y yo ocupábamos una de las mesitas del vagón-restaurant, y nos disponíamos á comer, cuando el tren se detuvo, y oímos gritar: «¡Orleans, cinco minutos!»

—¡Orleans!—exclamó la niña tapándose el rostro con las manos.

—Sí, Orleans, la patria de la célebre Juana de Arco.

—No,—me contestó Dolores con viveza, descubriendo de nuevo su hermoso rostro y mirándome fijamente;—no nació aquí: tuvo su cuna en Domremy, y si es conocida con

el nombre de *Doncella de Orleans*, se debe á sus hazañas impidiendo que esta plaza cayera en poder de los ingleses.

—Por lo visto recuerdas perfectamente la historia de aquella mujer extraordinaria.

—¿Que si la recuerdo? Con sus menores detalles.....

Y mi prima se quedó pensativa, sin probar apenas los manjares que comenzaron á servirnos.

El tren prosiguió su marcha con dirección á París; iba á todo vapor, á pesar de la gran cantidad de nieve que caía sobre el camino.

La niña estaba pálida y silenciosa. De pronto advertí dos lágrimas en sus pupilas, y para distraerla, creyendo que el recuerdo de sus padres causaba su tristeza, le rogué encarecidamente que me contase la vida de Juana de Arco.

—¿Quién no la conoce!—dijo con visible agitación.—Juana era una pastora, una pobre pastora, hija de humildes aldeanos. Contaba apenas diez y ocho años, cuando una noche vio aparecer entre nubes un coro de ángeles, y en medio de ellos á San-

ta Catalina, Santa Margarita y San Miguel. Estas visiones repitieronse diferentes veces, y por fin el arcángel anunció á Juana que estaba predestinada á redimir á Francia del yugo extranjero, y le mandó que buscase al señor de Bandicourt, capitán de los guardias del rey Carlos VII, para que la presentase á éste. La doncella obedeció el mandato, á despecho de la oposición de su familia, y abandonando su mísera cabaña de Domremy, en la Lorena, sin más auxilio que sus débiles fuerzas, pero con ciega confianza en el Dios Todopoderoso, se encaminó á un pueblo de Turena, llamado Chinon, donde se encontraba accidentalmente la corte. Las facciones assolaban al país, y los ingleses, aliados de los borgoñones, hacían cruda guerra al monarca francés, cuya soberanía era más nominal que efectiva. Grandes dificultades tuvo que vencer la muchacha para llegar, sola y á pie, hasta la residencia de Carlos, y más, si cabe, para ser introducida á la presencia de éste y convencerle de la misión que el cielo le había confiado de salvar á la patria. Al cabo cedió el Rey á los ruegos de Juana, poniendo á su órdenes un puñado de soldados, con los cuales, en el espacio de ocho días, logró vencer á los ingleses que sitiaban á Orleans. A éste siguieron otros no menos gloriosos combates: tal era el entusiasmo que aquella débil mujer, con la protección divina, despertaba en el ejército, hasta á la sazón desalentado y sin fuerza moral alguna. Merced á repetidas victorias, consiguió, á los dos meses de salvar á Orleans, conducir en triunfo al Rey hasta Reims, donde fue ungido solemnemente. Entonces ella, creyendo realizada su misión, expresó el deseo de retirarse á su casa; pero

hubo de ceder á las órdenes del Soberano y proseguir la campaña contra ingleses y borgoñones.

—¿Y los venció también?

—¡Ah! no,—dijo Dolores, lanzando un profundo suspiro;—desoyó los impulsos de su corazón y las misteriosas voces que la aconsejaban desistir de nuevas empresas. Ante los muros de París, al intentar el asalto de la plaza, recibió una herida, y apenas repuesta, abandonada por sus propios soldados y víctima de infame traición en las inmediaciones de Compiègne, cayó en poder de Juan de Luxemburgo, que militaba en el bando de los borgoñones. Encerrada en el castillo de Beaurevoir, cerca de Cambray, al principio fue objeto de las consideraciones que merecía su desgracia; pero Juan de Luxemburgo, dominado por la codicia, la vendió en diez mil francos á Felipe, duque de Borgoña, quien, á pesar del sobrenombre el *Bueno* que le ha legado la Historia, cometió la infamia y la vileza de entregar á los ingleses á la infeliz prisionera. ¡Y aquí empieza su martirio, su horrible martirio!

Dolores comenzó á llorar amargamente.

—La historia es ciertamente conmovedora,—le dije;—pero no veo motivo para que te afijas de esta suerte. Sosiégate y hablemos de otra cosa.

—No, no,—respondió la niña.—Quiero referirte el final. Conducida á Ruan, (á la sazón bajo el dominio de Inglaterra), devorada por la fiebre y el insomnio, escarnio y ludibrio de la soldadesca soez y brutal, víctima de la crueldad de inquisidores vendidos al oro británico, la pobre Juana es encerrada como una fiera en una jaula de hierro, con esposas en las manos y grillos á los pies. No satisfechos sus feroces verdugos, la someten á un tribunal compuesto de jueces sobornados por los enemigos de la patria, y la amenazan con el tormento si no declara que ha hecho pacto con el espíritu maligno. Ella resiste con noble entereza, revelando el temple de su alma, sus puras creencias religiosas y el ardimiento de su corazón, diciendo: «¿Queréis que hable contra mí misma? Vengo de parte de Dios: nada tengo que decir aquí: enviadme ante Dios, de quien procedo.» Y sus palabras, sus tiernos años, su cuerpo demacrado por los sufrimientos, su inmensa desgracia, no encuentran piedad en aquellos corazones empedernidos, en aquellos seres degradados, en aquellos miserables hipócritas, que bajo la máscara de la religión, invocando el nombre sacrosanto del Altísimo, la condenan por hechicera á ser quemada viva!

Y Dolores dejó de hablar, porque las palabras se ahogaban en su garganta.

En esto comenzó á silbar repetidas veces la locomotora y el tren á reducir la marcha, hasta pararse de pronto. Limpié con la servilleta el empañado cristal de la ventanilla, y vi á los guardas del ferrocarril que presentaban el farol rojo.

—¿Qué ocurre?—pregunté á uno de los dependientes del tren que entraba en aquel momento en el vagón-comedor.

—Un pequeño desprendimiento de tierras sobre la vía; pero creo que ésta quedará pronto libre: dos brigadas se ocupan en repararla.

La niña no dejaba de llorar, sin advertir, tal era el estado de su ánimo, que atraía sobre sí la atención de algunos viajeros.

—Ven,—le dije, deseando poner término á aquel espectáculo; y me siguió maquinalmente á nuestro compartimiento.

Nos instalamos en él, y sin atreverme á re-

prender á Dolores por no afligirla más, me asomé á la ventanilla.

Magnífico y sorprendente panorama se presentó á mi vista. En el horizonte, entre negras nubes que descubrían una faja de cielo cárdeno y plomizo, brillaban las postreras claridades del crepúsculo: en el fondo divi-



LA INFANCIA DE JESUS

síbase la tortuosa corriente de un río, reflejando sobre su tersa y helada superficie las iluminadas ventanas de un caserío; á la izquierda mano, y en primer término, veíase confusa mancha de árboles, de cuyo ramaje, desnudo de hojas y en parte vestido de nieve, pendían largos y afilados carámbanos; y al lado opuesto deslumbaban las rojas llamas de inmensa hoguera, coronadas de denso penacho de humo. Delante de ella pasaban y repasaban numerosos operarios, ocupados en la reparación de la vía, destacándose los oscuros contornos de aquéllos en medio de los rojizos resplandores, y proyectándose sus sombras movientes y dilatadas sobre el blanco sudario de nieve que cubría la tierra.

Después de contemplar el fantástico cuadro que aparecía ante mis ojos, llamé sobre él la atención de mi prima, la cual se puso de pie, y acercándose á la ventanilla, permaneció breve rato silenciosa y absorta, con los ojos desencajados y la mirada fija en la hoguera, hasta que, de repente, fuera de sí, como presa de súbito acceso de demencia, exclamó:

—¡Mira, allá están mis verdugos! ¡Otra vez me entregan al suplicio! ¡Y qué suplicio, Dios mío! ¡Morir abrasada! ¡Ya percibo el humo que me ahoga; ya veo la llama que prende en mis vestidos; ya siento el calor que me abrasa, mientras crujen mis dientes, se desgarran mis labios, se retuercen mis miembros, y todo mi cuerpo se estremece y crispas, y pugna en vano para romper las ligaduras que le sujetan!

Al oír estas palabras me quedé atónito y confuso. ¡Pobre Dolores! ¡Había perdido la

razón? ¡Era vértigo pasajero, ofuscación del momento, ó grave síntoma de enfermedad incurable? Bajé precipitadamente la cortina de la ventanilla, y tomando á la niña en brazos, la coloqué sobre el sofá, la arrojé con mi manta de viaje y me senté á su lado sin apartar mi vista de su rostro. Estaba pálida como la cera, y sus ojos extraviados y vidriosos me infundían espanto. Insensiblemente los fue cerrando, y se quedó dormida: su respiración era fatigosa, y agitado el sueño.

Al cabo de algún tiempo despertó, y restregándose los ojos como si quisiera alejar de sí una pesadilla, se incorporó, paseó la mirada en torno suyo y me dijo:

—No puedes figurarte el espanto que me produjo la hoguera.

—¡La hoguera!—contesté;—¿qué tiene de particular?

—¿Y la gente que anda alrededor?

—¡La gente! ¡Unos pobres obreros que, arrojando la inclemencia del tiempo, trabajan sin descanso para que podamos proseguir nuestro camino! ¡Ellos muertos de frío y tal vez de hambre, mientras que nosotros, después de opípara comida, nos confortamos al tibio ambiente caldeado por estos caloríferos! ¡Más que horror, lástima y hasta el sentimiento de gratitud debían inspirarte estos desheredados de la fortuna!

—Es verdad. Ahora me mueven á compasión y despiertan en mí la simpatía; pero al verlos al resplandor de la hoguera me ofusqué y se turbó mi mente. ¡Ah, no sabes el espectáculo, el terrible espectáculo que evocaron en mi memoria!

—¡Un espectáculo terrible! Te conozco desde que naciste: tu vida se ha deslizado tranquila y apacible en compañía de tus amantes padres: ningún suceso trágico ni doloroso ha empañado tu feliz existencia.

—¡Si tú supieras!..... Pero no, no quiero decírtelo.....; es un secreto que no he revelado á nadie..... no sé por qué..... me da vergüenza.....

—¡Vergüenza! ¿De qué puedes acusarte?

—No, no; la culpa no es mía, sino de mi destino!

—¡Tu destino! Con esta palabra pretendemos siempre justificar nuestras faltas.

—¡Es que yo no he cometido ninguna!

—¿De qué acusas al destino?

—Pues bien, te lo diré. Voy á hacerte una confesión, á tí, á tí solo. Siempre te he querido como si fueras mi hermano, y sé que apreciarás la sinceridad de mis palabras sin hacer de ellas objeto de burla.

—Habla.

—Has de saber que sospecho..... ¿qué digo sospecho? creo firmemente que yo he estado antes en este mundo, y que mi espíritu perteneció á otra mujer.

—¿Qué locura!

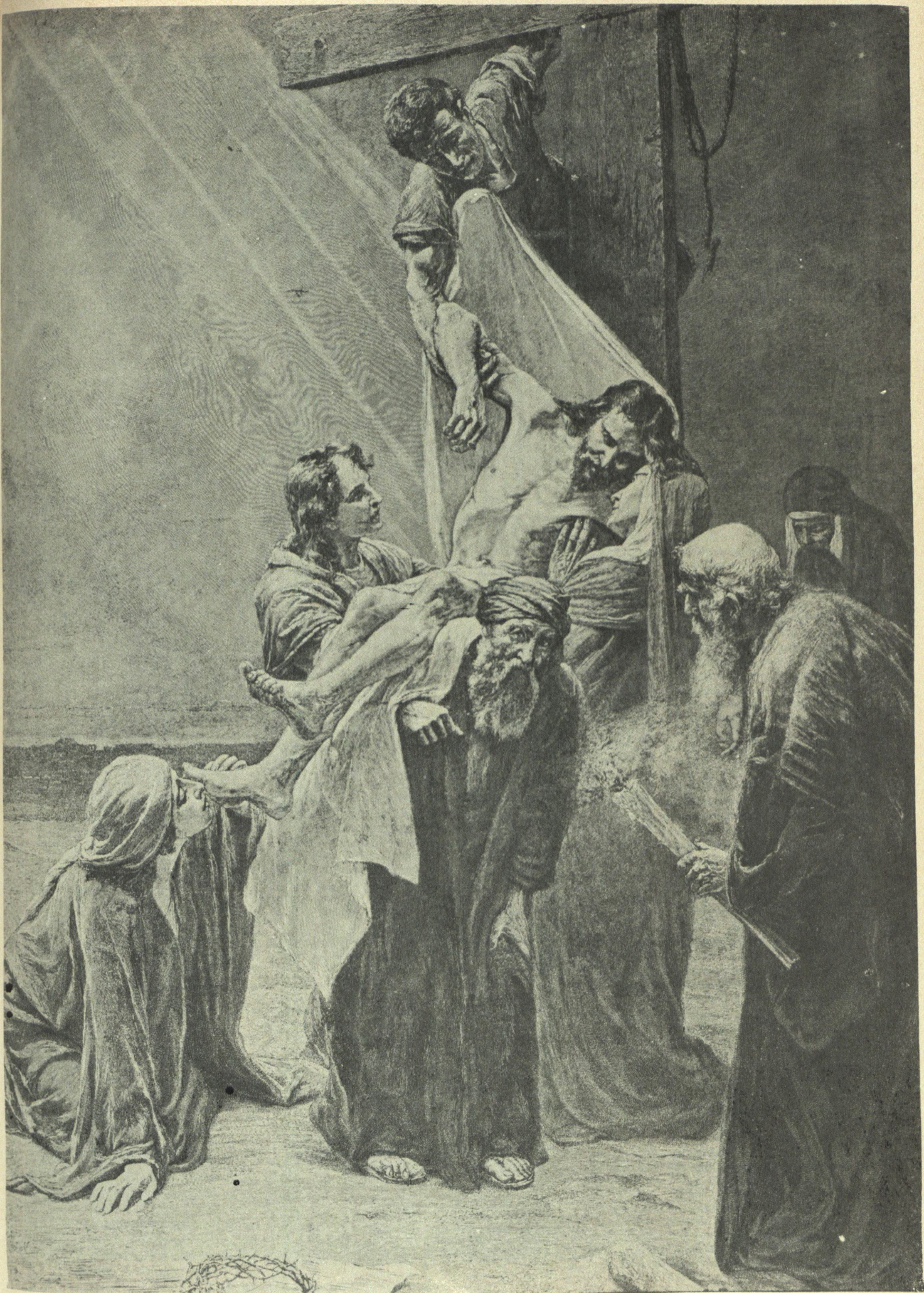
—Locura, no; convicción profunda.

—¿Pero creer esto es pecado!

—Si es pecado, no puedo dejar de cometerlo; porque, á pesar mío, contra mi voluntad, conservo indeleble el recuerdo de mi existencia anterior.

—¿Desvarios!

—No. Al llegar á Orleans acudieron de nuevo á mi mente las reminiscencias de mi vida primera. Recordé á mis pobres padres tristes, solos, abandonados en su mísero hogar, mientras yo, débil mujer, guiada por inspiración divina y arrojando peligros sin cuento, combatía contra los enemigos de mi patria. Luégo, á la presencia de la hoguera, se representó en mi imaginación la tragedia de Ruan, cuya memoria hiela todavía mi sangre y eriza mis cabellos. Atada la



EL DESCENDIMIENTO — Cuadro de Jorge Papperitz

infamante madero, befa y escarnio de la numerosa turba que se apiñaba en el lugar del suplicio, veía á mis pies el siniestro resplandor del fuego que, chisporroteando en la crujiente y verde leña, tomaba cuerpo, avanzaba y se propagaba, atizado con implacable afán por infernales verdugos, y me envolvía al fin, privándome de la luz del día, pero no de atroces sufrimientos que me parecían eternos. Conservo aún claramente aquel espantoso recuerdo de mi vida anterior. ¿No me cabe duda: yo he sido Juana de Arco!

II

Mi prima y yo llegamos á París, á la una de la madrugada, con cuatro horas de atraso. En la estación del Norte, término del Sud-expresso, nos aguardaba, llena de ansiedad, nuestra tía, la señora de Alvarez, que no había visto á Dolores desde que ésta salió de aquella capital, á la edad de cinco años. Nos ofreció su casa con reiteradas instancias, y la acepté gustoso, porque el estado de la niña, que después de la escena del tren me inspiraba vivísima inquietud, exigía los cuidados de una persona de la familia, siendo además preferible una casa particular á la fonda. Nos instalamos, pues, en casa de nuestra parienta, que ya tenía preparadas las habitaciones, y dejando en la suya á Dolores, que estaba rendida del viaje y se acostó en el acto, me recogí en la mía.

A pesar del natural cansancio de treinta y cuatro horas de ferrocarril, me levanté temprano y dí cuenta á mi tía de la extraña perturbación mental de Dolores, de que no poco se sorprendió la buena señora. Recordé que un mi amigo, médico alienista español, director de un establecimiento hipnoterápico, se encontraba accidentalmente en París, y me dirigí en busca suya al hospital de la Salpêtrière, donde se dedicaba á perfeccionar sus estudios sobre las enfermedades de los centros nerviosos, en las cuales era aventajado especialista. Tuve la fortuna de encontrarle y de que, á una simple indicación mía, se prestase de buen grado á la inmediata asistencia de mi prima, la cual dormía aún cuando el doctor y yo llegamos á casa.

—¿Quiere usted que despierte á la niña?—preguntó la señora de Alvarez al doctor, mientras nos invitaba á tomar asiento en la sala.

—No, señora,—dijo el médico;—antes me permitirán ustedes que les dirija varias preguntas. El señor me ha referido detalladamente lo ocurrido en el tren, y deseo conocer algunos hechos, que juzgo necesarios para hacer el diagnóstico. ¿Qué edad tiene Dolores?

—Catorce años,—contestó mi tía.

—¿Alguna persona de la familia ha padecido de trastornos nerviosos?

—Ninguna,—dije yo.

—¿Y usted, señora, conoce á la niña desde su infancia?

—Nació en París, en esta misma casa, y fui su segunda madre, hasta que, á la edad de cinco años, marchó con sus padres á Madrid.

—Mientras estuvo en su compañía; ¿notó en ella algo de extraordinario?

—Viveza de imaginación y sensibilidad exquisita. Tenía verdadera pasión por todo lo maravilloso; pero como esto es tan común en los niños, no le dí importancia.

—¿Y usted, amigo mío, durante la permanencia de la enferma en Madrid observó en ella excitaciones inmotivadas, vértigos, monomanías, rarezas?

—Ninguna; pero ha revelado siempre un carácter concentrado y serio, impropio de sus años.

—¿Y cuáles son sus aficiones?

—En primer lugar la lectura. Sabe al dedillo la Historia de Francia, particularmente la época de Carlos VII. Conoce con sus menores detalles la vida de Juana de Arco.

—Ya de muy niña,—añadió la señora de

Alvarez,—era su heroína favorita. Me importunaba con frecuencia para que le refiriese su biografía.

—¿No recuerda usted cómo comenzó esta predilección por la célebre doncella de Orleans?

—No, señor.

—¿La vio en la escena?

—No fué nunca al teatro mientras estuvo en París.

El doctor se quedó un rato pensativo, y fijando maquinalmente la vista en un cuadro que adornaba el salón, dijo:

—Durante sus primeros cinco años, Dolores vivió en esta casa, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y entonces tenía usted ya ese cuadro?

—¡Ah! sí, señor; y por cierto que estaba enfrente de la cama de Dolores.

—¡He aquí el cuerpo del delito!—exclamó el médico, poniéndose de pie.

El cuadro representaba el suplicio de Juana de Arco: era una litografía iluminada, copia de la obra de Eugenio Déveria, existente en el Museo de Angers. La heroína aparece de pie sobre la hoguera que encienden los verdugos, mientras un sacerdote le presenta una cruz.

—*Corpus delicti.*—repitió el médico mirando atentamente el cuadro.—Señora, despierte usted á Dolores, y que se vista en seguida.

Y mi tía nos dejó solos.

—¿Cómo se explica usted, doctor, el origen de la enfermedad?

—Sencillamente: la niña era un sujeto extraordinario: veía con mucha frecuencia este cuadro, y acabó por identificarse con el personaje principal. ¿Nos encontramos en presencia de un caso de *auto-sugestión*!

* * *

La señora de Alvarez nos anunció que Dolores estaba levantada y que podíamos entrar en su habitación. Lo hicimos así, y el doctor, con mucha afabilidad y cariño, evitando toda alusión á la escena del tren y á la extraña monomanía de la enferma, sometió á ésta á un interrogatorio; la pulsó, y la exploró, y terminó diciendo que no tenía más que una ligera indisposición.

—Voy á recetar,—añadió, dirigiéndose hacia la puerta; pero de pronto volvióse bruscamente, y clavando sus ojos, que parecían saltar de sus órbitas, en los de la niña, la fascinó de tal suerte, que la rigidez de sus miembros, la expresión de su semblante y la inmovilidad de sus pupilas, como atraídas y subyugadas por misterioso imán, dieron claras y manifiestas señales de que estaba hipnotizada.

Yo sentí miedo, y mi tía se llenó de terror ante aquella imponente escena.

—Tú fuiste Juana de Arco, ¿no es verdad?—preguntó el doctor sin apartar la vista de Dolores.

—Sí, señor,—contestó ésta con voz débil y sumisa.

—Pues para que te persuadas de que eres víctima del error, quiero, mando y exijo que conserves en tu memoria la causa que lo motivó. Al despertar de este sueño hipnótico te dirigirás á la sala, y fijando tu mirada en un cuadro, se avivará en tu mente un recuerdo de la infancia y adquirirás el exacto conocimiento de la realidad. Yo te conjuro con toda mi fuerza sugestiva á detestar, abominar y execrar la falsa doctrina de la transmigración de las almas, y á que te convezas de que los desvaríos de tu cerebro sobre una existencia anterior son hijos de sensaciones por tí recibidas en los primeros albores de la infancia.

El doctor ordenó después á mi prima que conservase el recuerdo permanente del estado de conciencia del sueño provocado, y la despertó. (*)

(*) El recuerdo de los estados de conciencia (sensaciones, actos, pensamientos, etc.) del sueño provocado está abolido al despertar; pero este recuerdo puede ser reavivado por sugestión, ya temporalmente ó ya de una manera permanente.—(*El sonambulismo provocado*, estudios fisiológicos y psicológicos por H. Beaunis).

Dolores se frotó los ojos con las manos; luego recorrió con la vista toda la habitación, sin reparar apenas en los que presentes allí estábamos. De pronto se levantó, y entrando con paso resuelto y firme en el salón inmediato, colocóse delante del cuadro de Juana de Arco, y dijo:

—¡Ah! ¡Este cuadro se hallaba enfrente de mi cama cuando estuve en París, siendo muy niña!..... ¡Qué bien lo recuerdo!..... ¡Tonta de mí! ¡Pues no imaginé que antes de nacer fui Juana de Arco! Olvidé el cuadro, pero me identifiqué con la imagen; y los vagos y confusos recuerdos que quedaban en la penumbra de mi memoria, me hicieron creer en una vida anterior, cuando la nuestra no tiene más que presente y futuro. ¡Perdóname, Dios mío! ¡Estaba loca!..... ¡Pero este cuadro me parece ahora más pequeño!

—Es que usted ha crecido, y él no,—dijo el doctor.—¿Con los años se ven más pequeñas las cosas!

El héroe anónimo

(POR M. MOREIRA Y GALICIA)

I

—“No crea usted á nadie, madre; créame usted á mí; me muero.....”

Me lo dice el corazón, más que esta niebla que siento como noche de mis ojos, como losa sobre el pecho, como frío que penetra hasta dentro de mis huesos, mientras me rinde el sudor que me empapa todo el cuerpo y me punza como espinas en las raíces del pelo.....

“Sí, sí, madre; me lo dice el corazón; no hay remedio..... La vida y mis esperanzas se me van con este aliento, que quiero, madre, que sirva para hacerle el juramento, que usted le dirá en mi nombre, cuando vuelva Juan al pueblo, de que jamás he tenido sino en él mi pensamiento..... de que aguardaba su vuelta como las almas el cielo..... y de que al morir, su nombre (Dios me perdone si peco) se me escapa de los labios para que no muera dentro, y encuentre, al volver mi Juan, vivo al menos mi recuerdo..... Por sí tardase en volver, y ya estuviese cubierto de nueva hierba el lugar donde me entierran, la ruego que ponga alguna señal que haga seguro el encuentro; porque á veces no se sabe, así que pasa algún tiempo, bajo aquella lozanía, dónde se esconden los muertos..... y yo quiero que me sepa, y que me encuentre al momento, cuando al volver de la guerra vuelva el pobrecito al pueblo, y al ver que no estoy en casa vaya á verme al cementerio.....”

“Y de que irá, no lo dude; bien segura estoy yo de ello; porque el amor que me tiene es como el que yo le tengo, que no creo que he vivido sino desde que le quiero!.....”

Y entre lágrimas de ausencia



y agonía de recuerdos,
dejando triste la tierra
y mirando arriba, al cielo,
donde pone la esperanza
los grandes nidos de sueños
para todas las venturas
que aquí tan sólo entrevemos;
entre congoja y congoja,
y entre memorias y rezos,
la novia de Juan Soldado
se quedó yerta en el lecho,
con la cara vuelta al sol,
que también se estaba hundiendo,
para lucir, como el alma,
nueva luz en día nuevo.

II

Al otro mes,—una tarde
de este mes en que lo cuento,—
subía pausadamente
la cuesta del cementerio,
un harapo de buen mozo,
casi roto y casi viejo,
arrugado de inclemencias
y liciado á hierro y fuego,
que en las lomas de Cascorro,
donde hubo feria de alientos,
ganó talegas de gloria
con pedazos de su cuerpo.
Subía muleteando,
paraba, tomaba aliento,
y entre torpe y jadeante
penetró en el cementerio,
espantando á unos gorriones
que huyeron del contrahecho.

De parte á parte cruzó
la pradera de los muertos,
hasta dar con lo que pronto
le puso de manifiesto
una cruz recién pintada,
cuyo removido suelo,
entre lo verde era mancha
del tapiz del cementerio.
La gorra de rayadillo
echó á tierra; quiso luego
arrodillarse, y el pobre,
con sus palos y su anhelo,
no pudo sino caer,
y al caer besar el suelo,
y llorar sobre la arcilla
de sus adorados restos.....
ruinas de su ilusión,
destrozos de su embeleso,
puñado de realidades
que son ceniza de sueños!
Tragedia del héroe anónimo
que tiene el alma de fuego
con que abrasa sus amores
y engradece sus empeños,
y acrisola hasta sus lágrimas
dándoles nobles veneros.....
como el que causaba el llanto
de aquel pobre Juan, tan bueno,
que daba por bien pagada
la gloria á costa del cuerpo.....
Carga inútil que bajaba
muleteando de nuevo,
volviendo de cuando en cuando
la cabeza al cementerio,
y murmurando entre dientes,
al considerar su cuerpo:
—“ Con la patria, ya cumplí,
y pues Filomena ha muerto,
¡anda allá, cuerpo ruin.....
que para nada te quiero!”—



POETAS AMERICANOS

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

AL SEÑOR D. A. GÓMEZ ROSTRUECO.—En Santa Fe de Bogotá

¿Qué no podré esperar, si en algún día
los fragmentos dispersos de su raza,
en la patria común del paterno idioma,
dan á las letras y al saber morada?
Se abrirá nuevo campo á sus conabstos,
de otros lauros será su sien orlada,
lucirán en su cielo otras estrellas
y ecos sin fin pregonarán su fama.

(Lorenzo M. Torres, Origen de
la lengua castellana.)



ESTOS versos, medianos por la forma, nobilísimos por el sentimiento que los inspiró, debieran grabarlos en la memoria todo español que hable de poetas y escritores americanos, y todo americano que, de algún modo, se refiera á las cosas de España. Importa mucho que unos y otros se fijen para siempre en ese concepto amplísimo y generoso de la patria común del paterno idioma, concepto positivo, cierto científicamente, como han reconocido los maestros de la crítica filológica en Alemania, y los de la crítica filosófica en Inglaterra: concepto nada retórico, nada artificial, del que puede y debe brotar un sentimiento grande, fuerte, humanísimo: el amor de la Metrópoli á sus antiguas colonias, hoy emancipadas, y la piedad filial de éstas para la madre que supo roturar aquellos fértiles terrenos incultos, rozar aquellos matorrales inhospitalarios, chapear aquellas selvas vírgenes, iluminar aquellos cerebros salvajes, levantar aquellos rudos corazones. Conviene que en la tragicomedia de las relaciones entre España y América, se llegue, por fin, á la situación que los griegos llamaban *anagnórisis*, que nos reconozca y reconozcamos, que olviden y nos olvidemos de lo que fue culpa de ellos y de nosotros. Conviene, sobre todo, que, pues en América aun los más ciegos y exaltados detractores de España en lo político, la reconocen autoridad y potencia directiva en lo literario, apliquemos tal potencia y ejerzamos tal autoridad, y para ello lo principal es saber á quienes se ha de encaminar y dirigir, conocerlos como á gente de casa, como á parientes muy cercanos, y estudiarlos con simpático interés, y hacer más que esto, vulgarizar sus obras y extender sus nombres de manera que no suenen á extraños apellidos que son los nuestros propios, ni parezcan exóticas ideas y sensaciones de las cuales nosotros dimos la raíz, el eterno protoplasma.

La Academia Española, empleando el más luminoso cerebro y la más brillante pluma con que hoy cuenta, comenzó este trabajo tan provechoso; pero guiada por el criterio rutinario y ultraconservador que siempre ha distinguido á estas corporaciones, se detuvo en la mitad del camino.

La Academia, como las agencias funerarias, sólo concede valor á los muertos: impuso, por consiguiente, al ilustre Menéndez y Pelayo la obligación de que en la *Antología de poetas americanos* figurasen sólo nombres y obras de escritores difuntos, como si la muerte fuera una consagración literaria, y quedaron tronchados los troncos más ó menos robustos de la poesía americana, sin que nadie pudiese juzgar de su lozanía y de su frondosidad, puesto que todos ellos apenas han comenzado á salir los brotes y á trocarse éstos en ramas, cuya consideración quizá, y sin quizá, es más importante que la del tronco mismo. Además, casi todos los poetas americanos difuntos, conservaban todavía en los oídos los ecos dolorosos y vibrantes de la lucha con la Metrópoli, y en algunos como en Olmedo, los acentos más vigorosos eran los de la pasión contra la patria madre. Los poetas de la *Antología*, en su mayor parte

fueron testigos de la que ellos contaban como guerra homérica, mientras el propio *Libertador*, el ídolo Simón Bolívar, la calificaba con toda exactitud, llamándola *nuestra pobre far- sa*.....

Añádase á esto las condiciones, un tanto..... aristocráticas (ó al menos poco accesibles á la mayoría de los lectores), en que se publicaron los cuatro tomos de la *Antología*, y se comprenderá que, si no del todo inútil, la obra de la Academia Española no ha sido fructífera, ni ha respondido sino á medias al buen deseo que la inspiró.

Más interés y mayores consecuencias han tenido algunos trabajos sueltos de los señores Valera y Pí y Margall, acerca de los escritores americanos; pero el clásico empaque del primero y la incurable frialdad del segundo de dichos ilustres autores, han estorbado grandemente para que el tema llegase á tener popularidad y resonancia, aun entre los mismos literatos.

Muchos de estos afirman todavía que no existen poetas americanos de valor, ó miden á todos ellos con el mismo almud, echándoles olímpicamente el rasero de cuatro frases hechas, como la *rimbombancia*, la *palabrería insubstancial*, la *dicción oratoria más que poética*, etc., etc., defectos, á la verdad, frecuentes en los poetas del Nuevo Mundo. Para los lectores y para los letrados, falange nada numerosa en España, pero que poco á poco va creciendo, siguen sin existencia y sin consistencia plástica, por decirlo así, los que ya pueden llamarse poetas clásicos de las Indias Occidentales, Bello, Heredia, Olmedo, Caro el viejo, figuras de tan marcado relieve y de tan hermosas proporciones. Y no hay que decir lo que significarán ni á qué sonarán los nombres de los jóvenes poetas americanos, más numerosos y, por lo general, mejor encaminados que los de la Península. Claro está, no hay entre ellos un Campoamor, porque, si bien se considera, Campoamor, más que un poeta, es la resultante, el remate feliz y esplendoroso de una lengüisima tradición poética y filosófica, llegada al término más refinado y exquisito de su vida. No pueden salir poetas como Campoamor en literaturas núbiles apenas. Pero salen, sí, poetas semejantes, salva la diferencia de los tiempos, á Zorrilla, á Berquer y aun á Núñez de Arce.

Por lo poquísimo que de ellos conozco, juzgo que estos poetas jóvenes americanos, merecen reflexiva atención por parte de la crítica, un mucho descuidada en este punto, y á la cual me permitiré señalarlos, para que ella, que puede y sabe, convierta en estudio serio mis prolijas y ligeras observaciones.

De tierra de Colombia, en *esmeraldas y oro*, según el archisimpático beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos, ha llegado hace poco un volumen de *Poesías*, sin otro título que ese, el más sencillo de todos. El autor, *Ismael Enrique Arciniegas*, es muy joven á lo que parece por el retrato, y por unas notas biográfico-críticas, muy discretamente aderezadas por D. Ricardo Becerra, en Caracas, donde está impreso el libro.

Declaro francamente no conocer otros poetas colombianos que los incluídos en la *Antología*; casi todos ellos figuraban ya en la farragosa y desordenada recopilación hecha en París con el título de *La América poética*. De las dos colecciones reunidas por el señor Rivas Groot, bajo los nombres de *El Parnaso colombiano* y *La lira nueva*, sólo he visto los títulos citados repetidas veces. De este modo, solamente puedo afirmar que Ismael Enrique Arciniegas, no se parece, como poeta lírico, á ninguno de los que en Colombia son reputados como clásicos. Ni tiene la reposada severidad de D. José Eusebio Caro, ni la pomposa altanería de Arboleda, ni el naturalismo local de Gutiérrez González, ni la entonación quintanesca de D. José



Joaquín Ortiz, quien pudo enseñar Historia y otras disciplinas á Arciniegas (como dice el biógrafo de éste), pero de fijo nada le enseñó de poesía.

Cabalmente, lo más amable del ingenio de Arciniegas, lo más característico de él, es su cuidado escrupuloso de

evitar los lugares comunes de la poesía americana, las constantes alusiones á nuestra ominosa dominación, y al tan acreditado y descolorido sacudir del yugo, así como los elogios hiperbólicos á esos tiranuelos con quienes algunos inspirados vates de América han hecho lo que Velázquez con los bobos y pícaros de la corte de Felipe IV: inmortalizarlos por el contraste entre la ruindad de ellos, y el sublime arte con que están pintados. De igual modo, huye Arciniegas de las descripciones enfadosas de la naturaleza americana, de las cuales todos los poetas han quedado muy por bajo de Humboldt.

Arciniegas sólo describe cuando le es necesario, y lo hace de una manera no superada, en mi humilde opinión, por ningún poeta contemporáneo.

¿Pruebas? Ahí va ese admirable fragmento:

En la orilla, debajo de las frondas,
se ve el plumaje de las garzas blancas,
y allá, del pasto entre las verdes ondas,
los toros muestran sus lucientes ancas.

Se ven del tigre en el fangal las marcas;
y en la vaga penumbra, entre las quiebras,
junto á las negras charcas,
yacen aletargadas las culebras.
Remolinean vírgenes efluvios;
el humo de la roza azul y blanco
sube de la montaña por el flanco,
y alzan las cañas sus airones rubios,
del sol á los fulgores,
como penachos de indios vencedores;
y traen á la vega, bulliciosos,
los vientos tropicales,
el ruido de los plátanos hojosos
y el lejano rumor de los maizales.

Y en la playa desierta
sobre la seca arena, perezosos,
cual negros troncos, con la jeta abierta,
descansan los cuimanes escamosos.

En la cercana loma,
en un recodo del camino asoma
feliz pareja de labriegos. Ella,
núbil, formada y bella,
de ojos negros y ardientes, y de roja
boca virgínea, y de apretado seno
que forma curva en la camisa floja:
y él, atlético y lleno
de juventud y vida, musculoso,
con muñecas de recia contextura,
hechas como muñecas de coloso
de alguna raza extraña,
para domar el potrero en la llanura,
para tumbar el roble en la montaña.
Y la feliz pareja al fin se pierde
entre la selva enmarañada y verde.

Quien acierta á describir con tan castiza y severa sobriedad la bochornosa naturaleza americana, hace muy bien prescindiendo en absoluto de condores, colibríes, pájaros-moscas y demás inaguantables tópicos de la fauna poética, empleada habitualmente en este género de cuadros. Así, no de otra manera, debe ser el poeta americano, y por ese camino debe seguir quien, como Arciniegas, marcha ya con seguro y firme paso.

En cambio, debe olvidarse por completo de que existe el Rhin y de que hubo hace algunos siglos trovadores y *minnesingers*, los cuales bien se están muertos, sin necesidad de que intente resucitarlos quien tiene alientos propios para mayores cosas. Tanto como di-



MAGDALENA - Por Gabriel Max

sonaría y causarfa molestia el ver junto al salto del Tequendama una catedral gótica, ó en las orillas del Cauca ó del Magdalena, la taberna de Auerbach, disuena y desencanta el contemplar ingenios frescos, lozanos y originales, como el de Arciniegas, metiéndose en los moldes de Heine ó de Becquer, ó de sus mal disimulados imitadores y rapsodas.

Es preciso imponerse y resistir á esas tentaciones imitativas, tanto más alucinadoras cuanto más facilidad hay en el *hacer*. Quien puede ser el vate de su tierra, de una tierra esplendorosa y magnífica, y que en otros tiempos cubría á sus caciques,

de oro molido
desde los bajos pies hasta la frente
como rayo del sol resplandeciente,

según el beneficiado Castellanos, obligado está á no recorrer carreteras pataleadas por todo el mundo, y á abrirse triunfalmente paso por entre la maleza nativa del país, con el propio esfuerzo. ¿A qué viene hablar de bohemios parisienses y de estudiantes tudescos, hartos de cerveza, quien nació allá entre bosques inexplorados, junto á bravas corrientes, bajo los Andes inmensos? Hable en buen hora de flores del trópico y de amoríos tropicales también, y aun cuando parezcan, tal vez, una miaja quejumbrosos, nadie se quejará de ello: pinte, como sabe hacerlo, cuanto alrededor tiene, ya que es tan hermoso, y déjese de castillos feudales y de trovás á media noche, que son la cosa más expuesta á hacer que un escritor caiga en la cursilería.

Porque Arciniegas es un poeta excelente, deben hacerse observaciones como éstas y otras más, por quien se halle investido del sacerdocio de la crítica y elevado en el *oportuno* tripode. En cuanto á la forma, creo sinceramente que nada se le puede tachar. En Colombia, la patria del insigne D. Rufino José Cuervo, se habla y se escribe el castellano con pulcritud insuperable. Arciniegas demuestra poseer muy á fondo la gramática, y su vocabulario, no excesivamente numeroso, es muy expresivo. La versificación, en todos los metros, resulta igualmente fácil, suelta y animosa, y en ella se notan, á veces, recursos fónicos que acreditan oído magistral.

En suma: Ismael Enrique Arciniegas merece algo más que esta simple mención, que yo no acierto á hacer interesante y atractiva. Ese algo, hágalo quien pueda.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

CRONICA CIENTIFICA

Sobre la obra de Sir John Lubbock



N medio á la onda amarga y creciente del pesimismo contemporáneo, que lo invade todo y todo lo arrolla, dejando hasta en el vaso perfumado de los amores santos heces acerbadas que suben á nuestros labios y dibujan la mueca dolorosa del sufrimiento íntimo y ascienden á nuestros ojos en raudal de mal contenidas lágrimas, surgen, como en medio á la vasta soledad del océano islote florecido, cánticos triunfales de esperanza, promesas venturosas de consuelo, que infunden en el alma decadente del contemporáneo, saudiéndola un instante de su mortal desmayo, un destello de felicidad.

Tal así, en el mundo literario, la obra reciente de Sir John Lubbock y cuyo título es: "La felicidad de la vida."

Un optimismo cándido pero sincero difunde en toda la obra cierto colorido atrayente, cierto encanto irresistible que arrebató al lector y lo cautiva, como las suaves luces de la tarde al espirar los días de otoño.

Optimismo cándido pero necesario para contrarrestar con igual fuerza la corriente anodadora de las ideas modernas.

¿Qué es la felicidad? Un estado de satisfacción nacido del cumplimiento pleno de las necesidades materiales y morales de la vida. Materiales y morales porque ellas corresponden á las dos grandes necesidades de la humanidad, las del cuerpo y las del alma.

Consideran unos como fuente exclusiva de bienestar las circunstancias de *carácter, salud, fortuna y religión*.

Se pide á la primera, á la condición de un buen carácter la ventaja de considerar las cosas de la vida sólo por su aspecto bueno; lo cual es pedir á la ilusión el contingente mayor, pues las cosas no tienen sólo un lado bueno, sino también uno malo; la ilusión tiene sus límites y nunca alcanza á cambiar la realidad cruel de las cosas.

"Formarse ilusiones sobre el mal, no es triunfar de él," dice un escritor contemporáneo. Y el día en que mecido por el ala blanca de la ilusión se haga más punzante la realidad la decepción será mayor y más intenso el sufrimiento.

Cierto que el estado de *salud* perfecta nos pone al abrigo de los dolores físicos; no nos quita la aptitud para el trabajo, indispensable para asegurarnos alimento, abrigo y techo; pero ésta no es condición de felicidad, porque sólo confiere una aptitud, de la cual puede ó no hacerse uso.

La condición más generalmente considerada como elemento primordial de felicidad es el *dinero*, los bienes de fortuna.

Es indudable que este elemento asegura al hombre la subsistencia diaria y le permite atender, á la medida del deseo, las necesidades materiales de la vida; pero servirá de igual manera para las necesidades morales? No por cierto; sucede lo inverso.

El dinero enerva la voluntad y la energía, motores del trabajo fecundo, que es una fuente verdadera de felicidad.

Por otra parte la fortuna suprime en el rico la esperanza del bienestar; la esperanza! mariposa de alas blancas que se posa siempre en la frente de los pobres, de los pobres de fortuna.

Otros consideran la *religión* como fuente inexhausta y principal de felicidad y bienestar.

No cabe duda de que el sentimiento religioso satisface y vence las necesidades morales de la vida; pero ella sólo puede ofrecer al hombre el don de la resignación.

La religión mal entendida, la aplicación errónea del precepto de la resignación, hace al hombre débil en presencia de las dificultades materiales y morales de la vida, porque todo el trabajo lo deja á la Providencia, que no abandona á sus hijos.

Como debe comprenderse el precepto de la resignación cristiana es como está compendiado en el aforismo que dice "Ayúdate, que Dios te ayudará."

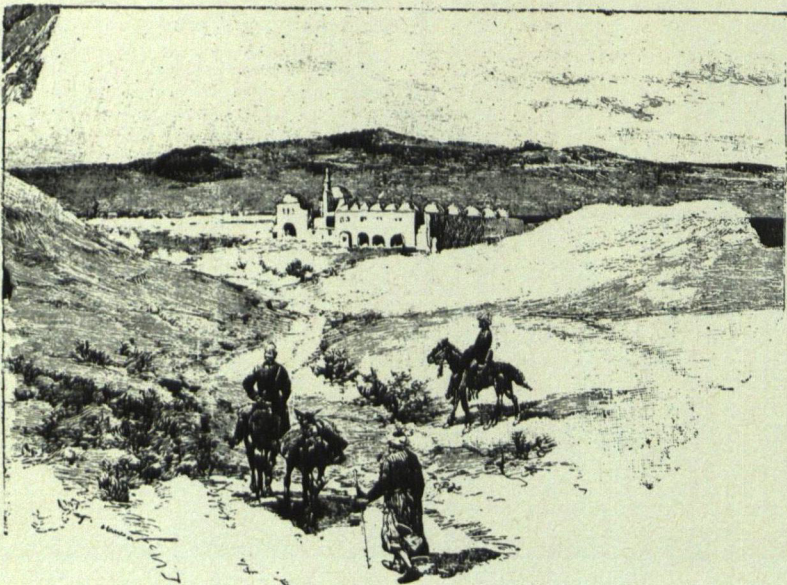
De otro modo la religión, en lugar de contribuir á la felicidad del hombre, ayudaría á su desgracia, y haría recaer sobre Dios mismo las faltas y los errores de la humanidad.

De esta breve exposición deduciremos que *las mencionadas condiciones no bastan por sí solas para asegurar el bienestar humano*, porque aunque en algo contribuyen, no satisfacen por completo las necesidades materiales y morales del hombre.

El grado de influencia que estos diversos elementos puedan ejercer en el bienestar humano, dependen del medio social en que aquellos obren.

La tesis que el citado escritor Lubbock desarrolla en su obra, se basa sobre la serie de elementos de felicidad que rodean al hombre: la satisfacción del deber cumplido, el placer de leer y de gozar las grandes obras del ingenio humano; los goces que procura la amistad, el placer de los viajes, los goces del hogar, los regocijos del amor, de la ciencia, del arte, de la poesía, de la música, de las bellezas de la naturaleza.

El dulce optimismo del autor se resume en esta frase: "Muchas veces he oído hablar en este mundo de ingratitud y de egoísmo; pero, quizás he sido muy afortunado, porque nunca he sufrido las consecuencias de estos crueles sentimientos." Esta otra frase no es menos cándida: "Somos más ricos de lo que creemos. Oímos hablar con frecuencia, á cada instante, de la sed ardiente de la posesión y nos inclinamos á envidiar á los grandes propietarios, considerando la posesión de grandes tierras como una gran felicidad; sin pensar que si poseemos tierras, la tierra también nos posee á su vez. Además, en un sentido elevado, poseemos áreas inmensas de terreno; no son nuestros, por ventura, los caminos, las riberas del mar, la extensión inmensa y va-



LA TUMBA DE MOISES

ría de nuestras costas? Lo que nos falta no es tierra sino aptitudes para disfrutar de ellas; con la inmensa ventaja de que no nos impone ningún trabajo, no nos reclama ninguna tarea. El propietario tiene atenciones y cuidados; el paisaje, en cambio, la perspectiva, el panorama de la naturaleza pertenece al primero que tenga ojos para admirarlo. Kingsley llamaba las llanuras de Eversleg "mi jardín de invierno;" no en el sentido de que legalmente les perteneciera, sino en el sentido ideal que hace que diez mil personas posean á la vez la misma cosa."

Podrá haber optimismo más robusto y con mayor vigor argumentado?

El éxito de esta obra en Inglaterra ha sido inmenso; tanto que ha adquirido en brevísimo tiempo setenta y siete ediciones.

Pero el fenómeno más original es que ni en Francia, ni en el continente, ha alcanzado el mismo éxito.

Un sociólogo eminente atribuye el fenómeno á la circunstancia de que las condiciones de felicidad son más ó menos eficaces según sea el medio social en que ellas se produzcan; en apoyo de lo cual cita el conocido aforismo de que: "los pueblos felices no tienen historia."

La simplicidad en las costumbres, disminuyendo las necesidades materiales y morales del hombre, y reduciendo á su menor expresión la lucha por la existencia, hace más apto al individuo para la felicidad. Así los pastores encuentran en sus rebaños, con facilidad y sin trabajo mayor, los elementos de alimentación y vestido, porque el rebaño lo suministra todo á muy ínfimo precio; porque se nutre de la yerba que espontáneamente brota, sin necesitar de obreros que la siembren, cultiven y beneficien. No existe en ellos la grave cuestión obrera, desde el momento que no hay salario.

Y lo mismo pasa con las necesidades morales; el individuo así asegurado contra las necesidades materiales, no tiene aspiraciones y deseos que lo conturben, nacidos de una evolución social que ellas no tienen.

Aspiraciones y deseos nacidos en nosotros por las necesidades nuevas que se han creado y cuyas satisfacciones están en razón directa del placer que puedan proporcionarnos. Y ni aún así; porque á medida que van surgiendo nuevas necesidades, éstas van fomentando nuevos deseos y nuevos esfuerzos para satisfacer éstos. Por esto se dice: "que la felicidad consiste en poner límites al deseo."

Sin embargo el *aura mediocritas* es hoy día casi un imposible; porque el estado social presente nos impulsa en sentido inverso "y á cada instante conspira contra nuestra prudencia."

La prueba decisiva de que la vida simple es la más favorable al bienestar, es que nada hace cambiar de residencia al pastor, ni imprimir variación alguna en su modo de vivir; de aquí la gran dificultad de hacer pasar al pastor de su vida nómada á la vida sedentaria del hombre civilizado.

M. Hue, sociólogo y viajero notable, que ha vivido largos años entre los Mongoles, dice

extensión de nuestras pampas; alimento frugal, que casi siempre lleva consigo, colgado al cinto junto con el lazo domador de la bestia; y hasta el desarrollo del sentido artístico sintetizado en la rudimentaria guitarra y el expresivo *galerón*, completan la fisonomía alegre y vivaz de este interesante tipo social.

Además, el mismo carácter que en el pastor oriental encontramos; la dificultad de hacerlo variar de vida, lo verificamos también en el llanero. No lo saquéis de sus pampas, dilatadas é inmensas, donde su ojo pequeño y chispeante descubre en la inmensa lejanía, en el vasto horizonte siempre abierto, la *mancha*, el rebaño de salvajes potros ó de fieras reses que habrán de caer prisioneras y atadas por el lazo diestramente esgrimido. No los trasportéis á nuestras montañas, no estrechéis sus dilatados horizontes, porque la nota alegre de sus galerones espirará triste, junto con el último acorde melancólico de las cuerdas de su *cuatro*.

En el habitador de nuestras pampas, existe además otro elemento: la influencia evidente del medio físico sobre el hombre.

En una palabra el pastor es el tipo del individuo que sabe limitar sus deseos, que se conforma con una mediocridad muy mediana, porque el medio físico, por una parte, basta para las necesidades de la vida y por la otra las tendencias comunatorias de estas poblaciones se aumentan por las facilidades mismas que ofrece la existencia.

Así en estos grupos de poblaciones, las situaciones lamentables y desgraciadas de algunos de sus miembros no son tan frecuentes como en el seno de nuestras civilizaciones; la miseria no es tan harapienta, porque el hombre está sostenido por dos factores: la abundancia inagotable de las tierras y la comunidad de las familias.



LA ORACIÓN — Cuadro de M. A. Marx

de ellos que "son de alma esencialmente religiosa; que son para ellos baladías las cosas de este mundo y que viven en él como si no vivieran."

Desde la más remota antigüedad la sencillez de costumbres y la simplicidad de la vida fue considerada como el estado más favorable á la ventura. Homero en Grecia los llamaba "los más justos de los hombres" y Roma hacía de un ciudadano el elogio mayor diciendo "que era un buen pastor."

El tipo social que entre nosotros se acerca más al pastor nómada de los pueblos orientales es el *llanero* de nuestras pampas; y en él verificamos también el fenómeno de que esa vida sencilla es la más apropiada al bienestar. Bástale á nuestro llanero el potro salvaje, su vehículo de traslación rápida en la inmensa

social en que los recursos de producción espontánea y de comunidad faltan al hombre, quedando éste en presencia de todas las dificultades de la vida. Pero en lugar de arros-trarlas y vencerlas, su preocupación principal es sustraerse á ellas, esquivarlas. La tendencia innata en la naturaleza humana de evitar el esfuerzo, porque éste apareja siempre dolor, explicaría el fenómeno en parte; pero la educación y más que todo la necesidad, deben modificar esta tendencia; y no sucede así.

Este es el tipo social que puebla todo el occidente de Europa y las tres cuartas partes de la América, es decir la América latina entera.

Este es en Venezuela nuestro tipo social por excelencia.

¿Cómo sustraernos á las necesidades fatales de la vida? ¿Cómo encontrar la felicidad

y el bienestar con la menor suma posible de trabajo?

Pues apoyándonos en una colectividad.

Y cuál es la colectividad que más garantía, elementos y seguridad puede ofrecernos?

El Estado, el Gobierno. De aquí que las siete décimas partes de los venezolanos no tengan otra ambición que el empleo. De aquí que el joven, desdiciendo las profesiones independientes, las industrias, el comercio, la agricultura, considere sólo como honorables, las carreras administrativas, el empleo, que no exige ni esfuerzo, ni trabajo, ni iniciativa; en una palabra hacerse mantener por el Estado.

De aquí la turba-multa de políticos, que "explotando la necesidad humana, se hacen de popularidad, prometiendo lindezas, para hacerse mantener y enriquecerse por esa misma colectividad á quien engañan y arruinan."

De aquí, en una palabra, que en Venezuela la sola lejana trasmisión del poder, sea una especie de Apocalipsis de San Juan, que trastorna y paraliza toda nuestra máquina social.

Y sin embargo aun no infectan nuestro ambiente social, por fortuna, esas tres úlceras que corroen el viejo mundo: el Nirvana de los indios; el Nihilismo de los Eslavos del Norte y el Socialismo de la Europa occidental.

No obstante tendencias invasoras se dejan ya sentir en nuestras manifestaciones literarias, un tanto pesimistas.

El pesimismo, primer paso hacia la destrucción social; primer peldaño de la escala tenebrosa por donde bajan hacia el anonadamiento los nirvanas, los nihilistas, los socialistas.....

Pesimistas son los partidarios de doctrinas "más o menos filosóficas, más ó menos elegiacas y lacrimosas" que predominan en Francia y que forman el fondo de la concepción de la vida de los franceses. Y la literatura francesa es la que mejor nos hemos asimilado.

El fundador del Boudhismo dio á sus prosélitos la doctrina del Nirvana, que se ha esparcido con rapidez prodigiosa en todas las poblaciones orientales del Asia, y que consiste en sumirse en una contemplación indefinida, en una pasividad tan completa como sea posible, hasta llegar á la negación de la vida, á la absoluta inconsciencia del yo, á la capitulación completa del individuo en presencia de las dificultades de la vida.

Las poblaciones Eslavas del Norte de Europa, al tropezarse con la dura ley del trabajo, han retrocedido, y tratando en vano de sustraerse á ella sin lograrlo, han ido á refugiarse en la idea nugatoria de la destrucción de todo lo que existe creando así la doctrina del Nihilismo.

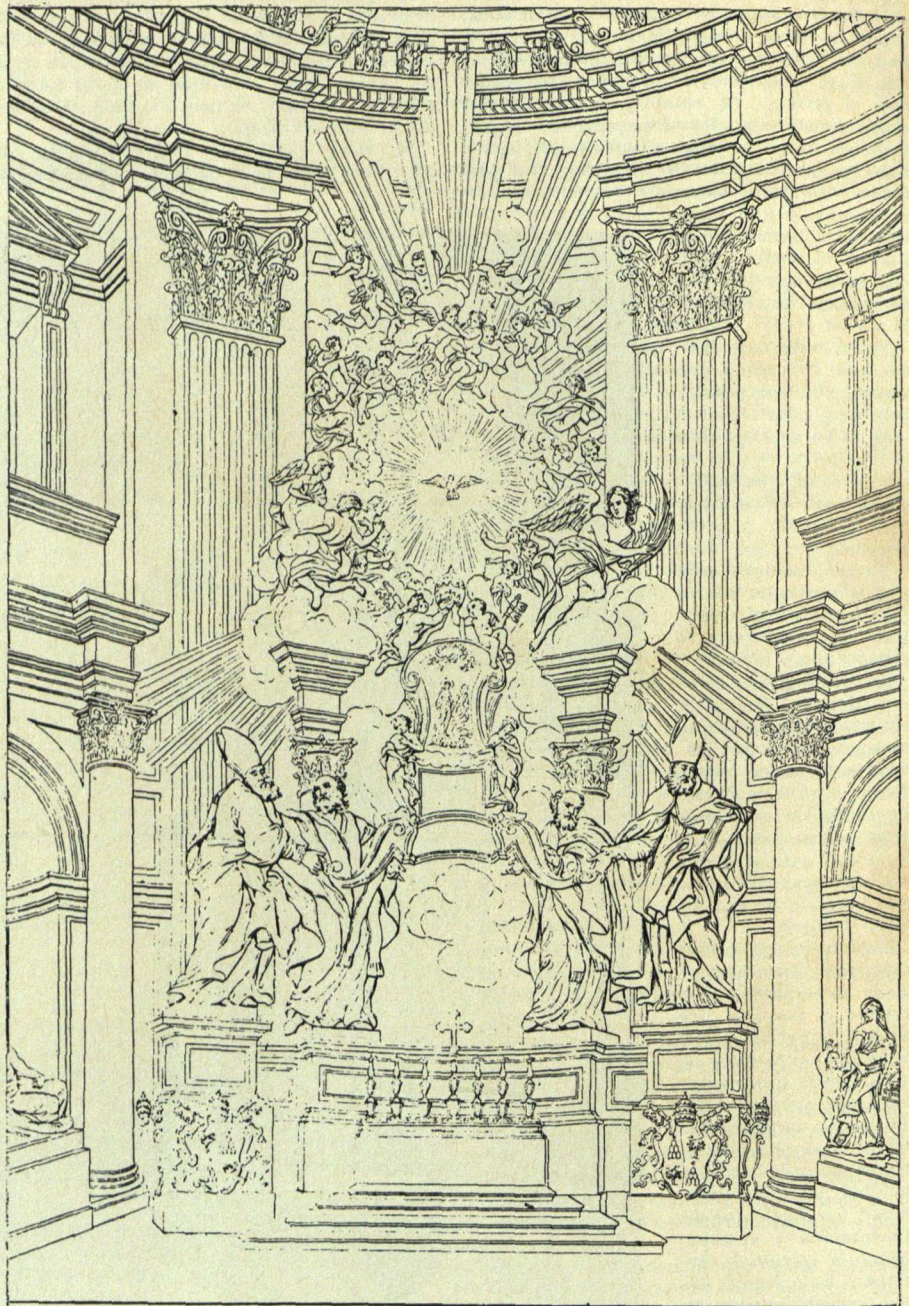
La forma más reciente del descontento por la vida de las poblaciones comunatorias es el Socialismo; tendencia cuyo ideal no es otro que la supresión del esfuerzo personal, de la iniciativa individual, del trabajo en una palabra; todo nacido de que en la constitución actual de la existencia no encuentran felicidad los partidarios de esa doctrina.

Así pues la formación social más favorable para el desarrollo de la felicidad es aquella que produce el mayor número de hombres capaces de vencer las dificultades de la vida.

La circunstancia, pues, de ser la formación particularista inglesa la que mayor número produce de hombres felices, explica naturalmente el éxito prodigioso del libro que analizamos, de Sir John Lubbock.

Es necesario estar muy satisfecho y contento de sí mismo para que el cándido optimismo del autor nos deje á su vez satisfechos.

ELÍAS TORO.



LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO — Copia de un grabado antiguo

¡ La Redención !

(POR PILAR LARRAVE DE CASTELLANOS)

¡La humanidad claudicaba sin la muerte del Justo! Era necesario el Gólgota para levantar á la raza degradada.

La humanidad envuelta entre crespones, dejaba sólo escuchar el rumor de sus orgías, y soñando en sus báquicos festines vivía aletargada... Mas, se cumplen las semanas de Daniel, y esa misma claudicante generación, sacude el polvo de sus viejas fari-saicas tradiciones. Se cambian las necias interpretaciones del Sanhedín, y los hijos de Galilea, al suave soplo del divino aliento, van por el mundo sembrando la eterna y sublime democracia, cuyo autor es el Redentor.

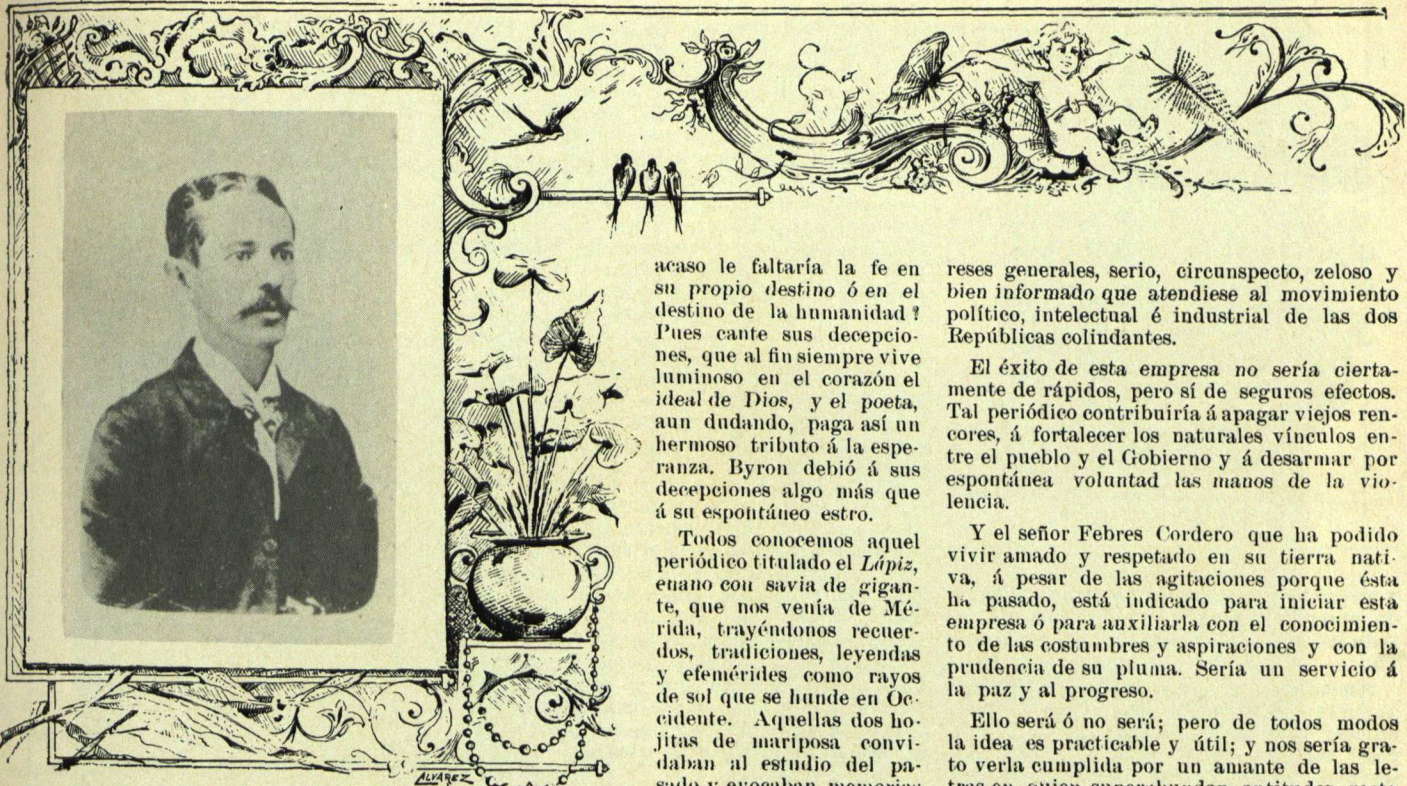
La humanidad abyecta y degradada entonces, recibe vida y esperanza y fe, y comienza la brillante historia de su regeneración.

Con los ídolos del paganismo, se desmoronó también el dominio de los Césares y

con el dominio de éstos, el poder de las pasiones. Levántanse desde entonces las aras para el sacrificio, más no del sacrificio de calientes hecatombes, sino el incienso suave de abnegación sublime y de desconocido heroísmo!

...Olvidada para la Sinagoga la equidad y la justicia, ofúscanse sus sentidos y pierde su razón, declara culpable al Hijo del Eterno, y le condena á la muerte, en el árbol, en que, cuarenta siglos antes sucumbiera el primer Adán.

De allí se levanta un estandarte desconocido, que será el lábaro do se escuden los hijos de la luz. A la sombra de ese pabellón, innúmeras doncellas abdicarán terrenales goces, miriadas de luchadores, dejarán correr su sangre en la arena de la corrompida Roma, y razas y naciones como avasallante aluvión, vendrán, etapa tras etapa, á rendir su adoración, su amor y su corazón al Dios crucificado, entonando el cántico sagrado de su generosa Redención.



TULIO FEBRES CORDERO

En Mérida la ciudad de la Sierra Nevada, que se ostenta en la cima de los Andes dominando mares y llanuras, tuvo su cuna la antigua familia Febres y Cordero. De ella surgieron hombres notables en las armas, las ciencias y las letras. Bajo la República han ocupado puestos prominentes en las campañas militares, en las luchas del foro y en el campo de la bella literatura.

Uno de los descendientes de esta familia es el que lleva hoy el nombre de Tulio Febres Cordero, que ha conquistado puesto de honor en las letras patrias por la riqueza de su imaginación y fecundidad de intelecto. Brilla sobre todo por cierta independencia en el decir que sin traspasar los límites del arte añade quilates al buen gusto. De donde resulta que sus producciones se sustraen al embarazoso atildamiento, dejando el concepto libre que campee en el espacio como las semillas en su cápsula. Es esta una rara cualidad que agrada al oído y hace fácil y comprensible la lectura para todas las inteligencias. Cuantas veces hemos leído al señor Febres Cordero hemos comprendido de un golpe la intención, el pensamiento y el asunto aún antes de terminar la lectura.

Su musa poética no se adorna con los diamantes de la versificación: es una niña de Virgilio que lleva manto de blanco lino, cabellos sueltos y guirnalda de violetas. Con ella penetra en los palacios y pisa con pie desnudo las alfombras de Persia, repercutiendo su imagen en los dorados espejos. Es un prosador que puede aspirar al dón de la originalidad, y es un poeta porque su prosa va revestida de las gasas de la poesía, más la sensatez y la austeridad.

No sabemos por qué la pluma del señor Febres Cordero permanece muda á largos intervalos, ni tampoco el motivo que lo obliga á conservarse en una especie de atmósfera nebulosa. Para levantarse á mayor altura tiene anchas alas, para vivir en luz de sol le basta la extensión de su pensamiento. ¿Por

acaso le faltaría la fe en su propio destino ó en el destino de la humanidad? Pues cante sus decepciones, que al fin siempre vive luminoso en el corazón el ideal de Dios, y el poeta, aun dudando, paga así un hermoso tributo á la esperanza. Byron debió á sus decepciones algo más que á su espontáneo estro.

Todos conocemos aquel periódico titulado el *Lápiz*, enano con savia de gigante, que nos venía de Mérida, trayéndonos recuerdos, tradiciones, leyendas y efemérides como rayos de sol que se hunde en Occidente. Aquellas dos hojitas de mariposa convidaban al estudio del pasado y evocaban memorias muertas, rebozantes de interés y poesía. Era el vocero que advierte la hora del trabajo y llama á los pueblos á la historia.

Pues esa trompeta la sonaba Febres Cordero, y sus ecos llegaban á todas partes. Nada escapaba á su espíritu indagador y laborioso, comunicando nueva vida con el soplo de su ingenio á cosas que el tiempo había convertido en las sombras del caos.

Mérida, tan lejana del centro de actividad literaria, perdida en alturas más próximas al Cielo que á la tierra, tiene necesidad de un órgano permanente que toque á las puertas de sus conciudadanos con la vara mágica del poeta. Febres Cordero está llamado á esta difícil, pero honrosa misión, y no dudamos que la cumplirá gallardamente.

Entonces las majestuosas cimas de la cordillera que ata con cadena de pirámides colosales á la Capital de la Colombia de Bolívar con la ciudad afortunada de su cuna, resonarán con un solo y armonioso eco en esa extensión inmensa de moles graníticas, valles paradisiacos, torrentes, cascadas y arrollos que dan envidia al cristal.

Conviene sobre todo que Mérida, hermosa ciudad y fecunda en elementos naturales, sea como la estación principal en el largo trayecto de Barquisimeto á Bogotá para que la comunicación de las ideas sea como una especie de propaganda en las poblaciones intermedias.

La rapidez del telégrafo no basta á satisfacer las necesidades de la civilización. Este vehículo misterioso tiene que ceñirse á simples noticias sobre hechos ordinariamente particulares. El periódico es misionero constante y no sigue un solo rumbo en carrera silenciosa, sino que predica, comenta y discute desde su centro de acción hacia todos los puntos de la ancha circunferencia. Mérida es la ciudad llamada á esta misión que nos pone en contacto con nuestra hermana Colombia é ilumina las numerosas poblaciones que la rodean. Así lo comprendieron nuestros antepasados, que fundaron en ella Universidad y Obispado.

Debiera existir pues allí un diario de inte-

reses generales, serio, circunspecto, zeloso y bien informado que atendiese al movimiento político, intelectual é industrial de las dos Repúblicas colindantes.

El éxito de esta empresa no sería ciertamente de rápidos, pero sí de seguros efectos. Tal periódico contribuiría á apagar viejos rencores, á fortalecer los naturales vínculos entre el pueblo y el Gobierno y á desarmar por espontánea voluntad las manos de la violencia.

Y el señor Febres Cordero que ha podido vivir amado y respetado en su tierra nativa, á pesar de las agitaciones porque ésta ha pasado, está indicado para iniciar esta empresa ó para auxiliarla con el conocimiento de las costumbres y aspiraciones y con la prudencia de su pluma. Sería un servicio á la paz y al progreso.

Ello será ó no será; pero de todos modos la idea es practicable y útil; y nos sería grato verla cumplida por un amante de las letras en quien superabundan aptitudes, recto criterio y armónicos sentimientos.

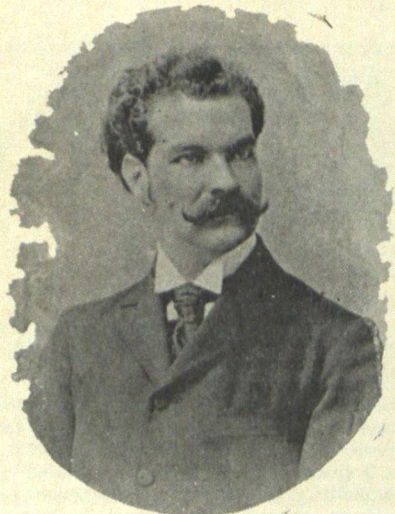
Al frente de estas líneas colocamos el retrato del señor Febres Cordero.

JOSE ANTONIO ESPINOZA



Espinoza, cuyo retrato aparece al frente de estas líneas, dióse á conocer, muy joven aún, en la lucha periodística donde el estilo es más bien duro y opaco cual las armas antiguas, que

flexible y resplandeciente como acero damasquino. Campo estrecho para ciertas sutilezas del arte; porque en la prensa como en la tribuna, la ocasión, el lugar, el gesto, la actitud y la mirada, suplen deficiencias de la palabra oral ó escrita y dan á ciertas producciones intelectuales algo de aquel *gestivismo sui generis* que encontraban los pitagóricos en sus combinaciones numéricas. El diarista como el orador son, digámoslo así, representantes de momentos psicológicos en la vida social; y necesitan, no el lenguaje más correcto ó elegante, sino el que resuma mejor los sentimientos de la colectividad, sirva con más eficacia determinados intereses, y comprenda más gráficamente cierto número de ideas. Género especialísimo que tiene de poderosos auxiliares un acontecimiento y un tiempo dados, de los cuales recibe colorido, perspectiva y luz, que no podemos apreciar á través de la distancia. En la milicia literaria, el periodista, propiamente dicho, podría compararse al militar de campaña, impetuoso para el ataque, impávido para esperar á pie firme el enemigo,



JOSÉ ANTONIO ESPINOZA

y sereno para retirarse sin derrota; pero nada apropiado para lucir en un día de parada los brillantes arreos de su marcial atavío.

Sin embargo, el joven escritor á que nos venimos refiriendo ha logrado abandonar la efímera hoja por la página del libro y la frase acerada por la correcta cláusula, conservando no obstante del periodismo la costumbre de propia observación, que le ha impedido buscar tipos y sucesos exóticos, trayéndolo á pintar escenas de nuestra vida íntima, las cuales nos ha presentado recopiladas en *Regionales*, volumen escrito con aquella difícil facilidad de que nos habla el poeta.

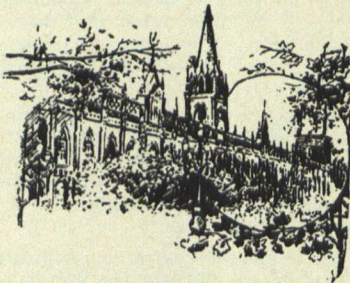
Iniciase el libro con varias descripciones consagradas á Caracas, y bellas, tanto por el noble sentimiento que las inspira cuanto por la delicadeza de la forma, de que da idea el siguiente trozo, dulcemente melancólico cual un nocturno de Beethoven: "Las campanadas que marcan la alta noche me encuentran ya prisionero en mi vivienda solitaria, más que viviendo antro que recoge á diario el último aliento de algún afecto ó de alguna esperanza. ¡Horas amargas estas de mi vida, en las que dialogando conmigo mismo, sin quererlo evoco el recuerdo de seres ingratos que me fueron queridos; interrogo inútilmente el pasado; hago formal llamamiento á los primeros años juveniles; y de todo cuanto hermoso y bello acariciamos en la primera edad, á mi reclamo no acuden sino fantasmas y espectros que se alzan de sus sepulcros."

Componen la segunda y última parte de la obra diez y siete cuadros de costumbres donosamente escritos, en los cuales se advierte— como dice el ilustrado jurisconsulto don Ri-

cardo Ovidio Limardo—la tendencia á corregir nuestras costumbres en lo social, en lo doméstico, y aun en lo público, tomando este término en su significación más extensa. *Estoy caído, Cítese usted, Para el colegio, Recursos del pataleo*, y, *El nombramiento*, son trabajos meritorios donde resalta la nota

cómica manejada con soltura y gracia, sin caer en la vulgaridad á que es tan propenso este género de producciones; y podría también el autor abordar asuntos más serios, según lo demuestra; *¡Finados!* de donde extractamos el siguiente párrafo: "Es el acompasado toque de difuntos, que con su ¡tin... tin!... ¡tan!... nos presenta la huesa donde se declaran impotentes nuestras fuerzas vitales; donde nuestro organismo se descompone y se transforma y la materia toma por fuerza otros acomodamientos; donde en vergonzosa retirada capitulan los efímeros oropeles del hombre señorial, se derrumban los humanos poderíos, se extinguen por completo las jerarquías de raza, prosapia y capital; y todos nos confundimos en un puñado de polvo miserable, que bien puede ser arrastrado por el débil soplo del aura, como por el embate del huracán embravecido, que así como aniquila y barre las plantas rastreras, también domeña á su albedrío la resistencia tenaz de los altivos y empinados cedros seculares."

Por lo copiado se ve que el señor Espinoza narra sencilla y elegantemente, tiene dotes de observación, no desconoce el manejo del idioma y se presenta al público con una obra hondamente sentida, donde no asoma ni la ciencia prestada, ni la sabiduría ficticia, ni el tono pedantesco, sino la espontánea y fresca lozanía de un talento propio y natural. Defectos tiene el libro, que no existe la perfección absoluta ni puede exigirse que no tropiese á quien da los primeros pasos en la senda literaria; y nosotros mismos hemos si-



lencia de en la enumeración que hacemos, el cuadro intulado *¡Plática!* por creerlo exagerado; aunque comprendemos la intención del autor: quiso extremar la humildad, adelantarse al juicio más adverso, mostrarse burlador de una gloria que no busca ni espera alcanzar, lo cual no es sincero, pues no consiste la modestia en desconocer los méritos propios, sino en darles el valor que realmente tienen; ya que como dijo don José de Zorrilla:

"No hay nadie en el mundo que algo valga, de lo que vale, sin tener conciencia."

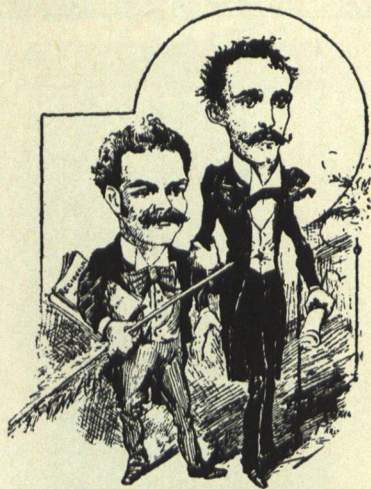
Ajenos á exclusivismos de escuela, juzgamos que en el cultivo de las letras no hay sino lo útil ó lo inútil, lo bello ó lo deforme, lo noble ó lo ruin; y que sólo perduran aquellas obras en las cuales se atiende al fondo y á la forma, al cuerpo y al espíritu, que constituyen al ser individual que llamamos hombre, como en grados más altos al ente colectivo que decimos humanidad.

El señor Espinoza ha contribuido al movimiento intelectual de nuestra patria con un libro que nos agrada; y cumplimos un deber al dedicarle este sencillo homenaje, que no terminaremos sin mencionar al joven dibujante Cruz Alvarez García,—de quien ya se hizo en este periódico elocuente recomendación,—que ha exornado á *Regionales*, con hermosas y originales viñetas.

La Dirección de EL COJO ILUSTRADO, atenta siempre á la justicia y apreciadora de las bellas cualidades morales que adornan al señor Espinoza, aumenta con su efigie la galería

de escritores venezolanos, y abre espacio en sus columnas á este breve y apresurado esbozo.

JOSÉ E. MACHADO.



EL PARAISO DE LAS FEAS

(CUENTOS PUERTO-PLATEÑOS)

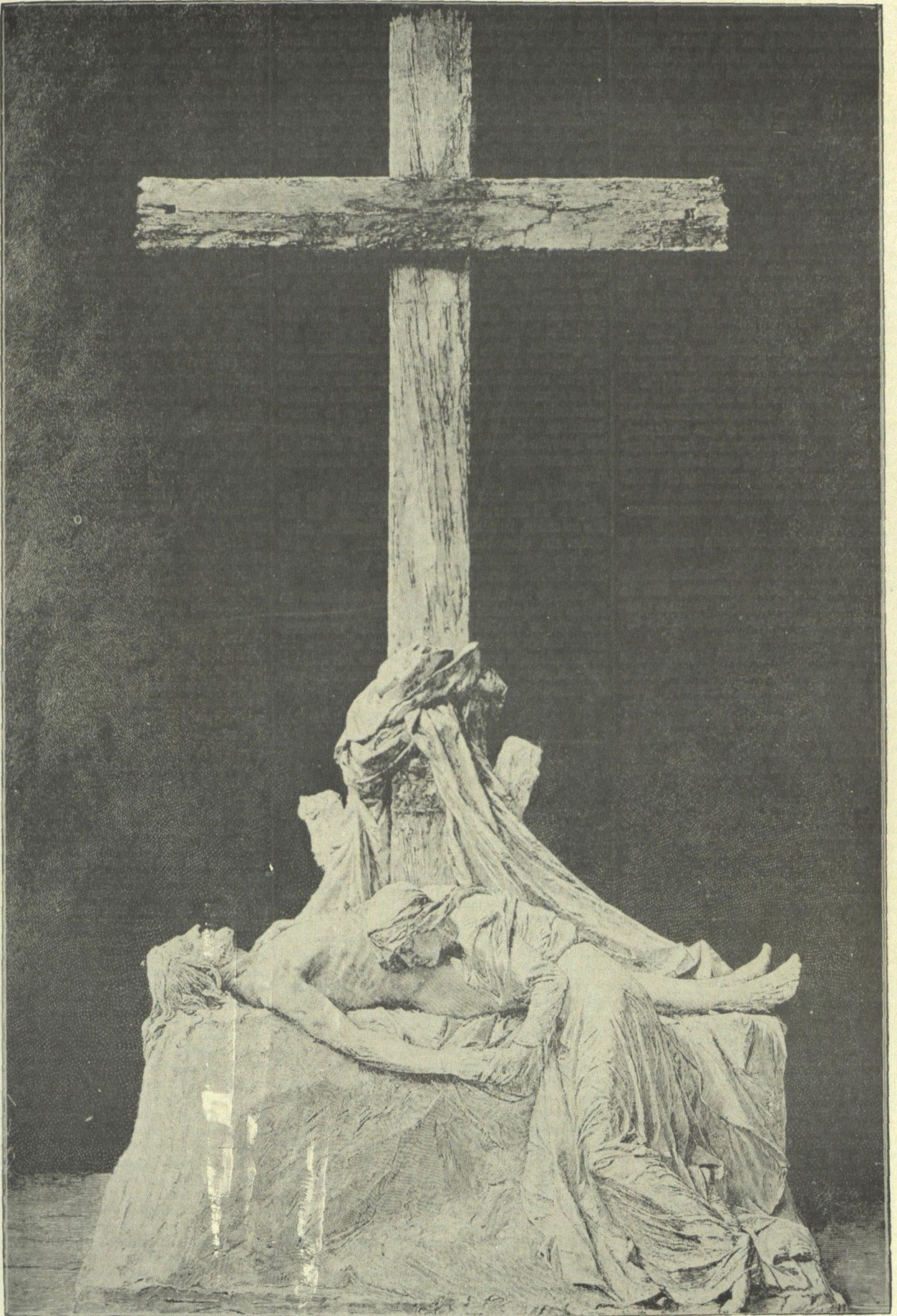
A una amiga.

Caonao fue el más grande de los caciques que gobernaron la familia de los Ciguayos, cuyos poblados dominios se extendían, de Oriente á Poniente, más allá de los límites en que hoy se encierra el Distrito de Puerto Plata. Era un filántropo incansable. Nada suyo le pertenecía. Riquezas, poder, cariño, todo estaba al servicio de sus semejantes, y no había en el cacicazgo sufrimiento que no aliviase de algún modo.

Los indios, supersticiosos como todo pueblo primitivo, lo creían ya de origen divino, y el culto á los zemíes iba decayendo, porque todos preferían elevar sus preces al bondadoso soberano. Cualquiera reliquia de lo que él usaba ó tocaba era tenida como talismán milagroso, y aun de los distantes cacicazgos de Higüey y de Jaragua venían en romería los enfermos de cuerpo y de espíritu, á que el santo varón les devolviese la salud ó la felicidad perdidas, con la simple imposición de sus manos venerables.

Pero Caonao no era dichoso. Hombre de verdadero mérito, comprendía que le quedaba por hacer mucho más de lo que había hecho, y lo torturaba la idea de esos grandes, esos terribles sufrimientos contra los cuales su poder y su virtud habían sido impotentes hasta entonces.

Cuando veía alguna doncella contrahecha, ó con la nariz más ancha de lo ordinario, ó con labios más gruesos de lo que conviene, ó de ojos oblicuos y pequeños, la miraba con lástima infinita, y sin que lograrse evitarlo se le deslizaban gota á gota las lágrimas por las tostadas mejillas. Pensaba en toda la intensidad de aquel dolor impotente contra la injusticia de la Naturaleza, en las sordas rebeliones de esa alma, quizá tierna y amorosa, contra la ceguedad de la suerte que la condenaba á pena sin redención, sujetándola á una inferioridad vitalicia, respecto de otras tal vez peor dotadas moralmente. Enemigo de la lujuria, absolutamente casto, deseaba, sin embargo, que todas las mujeres de su reino tuviesen líneas opulentas y dominadoras. Sofía con una regeneración étnica, por la cual todas uniesen á la esbeltez de la palma la suave ondulación del talle, con sus redondeces progresivas, como botón que se hincha, colgado del tallo, madurando el suave tinte y el aroma penetrante de los pétalos. Quería,



PIEDAD — De Gustavo Eberlein

adivinator de Venus, semblantes de expresión angélica, tentadores, frescos, difusa en ellos la mezcla de tristeza y de alegría que da aire tranquilo é inteligente, alejando toda desconfianza en el varón que se acerca á caer, como cándida mariposa, en la blanda malla de esos encantos que no enturbia la malicia.

Un día reunió en consulta á los sabios del reino:

—A ver,—les dijo—¿qué puede hacerse por la dicha de las feas? No puedo resignarme á que tantas jóvenes candorosas, buenas, vivan sin objeto y se malogren para el hogar y la ventura. Al que discorra un medio eficaz de que sean felices lo haré la segunda persona del cacicazgo.

Los sabios meditaron un rato.

—Me parece—dijo luégo el menos anciano, que en sus mocedades fue guerrero,—me parece que lo único eficaz sería nombrar una comisión de expertos que examinara á las recién nacidas. Todas las que no estén perfectamente formadas, las que no prometan una hermosura tan completa como la de mi bella Onaney, serán condenadas á muerte. Así dentro de pocos años no habrá una sola mujer fea entre todas las mujeres ciguayas.

La Asamblea, reunida á la sombra de una javilla corpulenta, á la margen del Guayubín rumoroso, parecía inclinarse á ese dictamen, ya que no había oído otro, y en las Asambleas siempre triunfa el que acaba de hablar; pero Caonao, horrorizado, pareciéndole asistir ya al sacrificio de inocentes niños, al bárbaro derramamiento de sangre incontaminada, dijo severamente:

—Hermano: has pensado como verdugo y no como hombre. Hable otro.

Entonces el más anciano de todos los sabios, un sabio de larga cabellera blanca, con la línea rígida de sus demacradas formas, apenas interrumpida por las pampanillas de algodón batido, tomó la palabra:

—Hermano—dijo—dividamos las doncellas en dos lotes: uno de hermosas, otro de feas. Las primeras las sacaremos á remate, para darlas por esposas á los que ofrezcan mayor suma por ellas. Con el producto casaremos á las feas, haciendo un remate á la inversa, es decir, en el cual se concederá la doncella al licitante que se conforme á recibirla con menos dote.

La opinión fue muy aplaudida; pero el alma delicada y sensible de Caonao se rebeló contra la humillación que se le imponía á las feas. Por una intuición sutilísima comprendió todas las torturas que sufriría el corazón de una doncella no aceptada por su pretendiente sino con dote cuantiosa, que vendría á ser la medida de su fealdad, y se opuso también al nuevo arbitrio.

—No.—dijo—Tampoco eso conviene. Vosotros no tenéis en el corazón la sensibilidad necesaria para comprender ciertas cosas. Yo seguiré cavilando hasta encontrar la dicha de mis pobres doncellas.

Al cabo de un año toda la nación ciguaya se encontraba preocupada, temerosa de que Caonao hubiese perdido la razón.

Desde el día en que se celebró la Asamblea de sabios se había dedicado sin descanso á acopiar materiales y una nueva ciudad surgía, vasta y cómoda, al pie de la montaña á que hoy se enfrenta Puerto Plata.

—A donde irá á parar? ¿Qué se propondrá Caonao?—se preguntaban todos.

Y el asombro creció cuando el cacique enunció su propósito. La ciudad estaba destinada á colonia de ciegos, y Caonao hizo saber al mismo tiempo que acogería á todos los de la isla que se presentasen en sus dominios.

La alarma creció luégo. Cuando empezaron á llegar los ciegos, Caonao dispuso que las doncellas que él escogiese fueran á cuidarlos, estableciéndose para siempre en medio de ellos.

Como irresistible marea crecía la indigna-

ción en el pueblo ciguayo. Sólo el prestigio del cacique habría podido evitar una insurrección unánime. Caonao, el bueno, el divino, el padre de todos, no tan sólo disipaba con unos extranjeros inútiles la fortuna pública, sino que les imponía también la humillación de que sus hijas fuesen las siervas de aquéllos. Pero Caonao continuaba impenetrable recorriendo aldeas y campos, entresacando sin piedad doncellas feas y enviándolas á la colonia. En no ostentando las esplendideces de la hermosura, sordo al dolor de las jóvenes, las enviaba á aquel singular presidio que había imaginado para ellas.

Al cabo de otro año anunció una visita oficial á la innominada ciudad. Acompañábase con gran pompa los altos dignatarios, los sacerdotes, los ricos, los notables todos del cacicazgo. Era innumerable el séquito de personajes ceñidos, descontentos; de madres llenas de dolor por la pérdida de sus hijas, á las cuales suponían sufriendo horriblemente entre aquellos infelices ciegos, en aquella ciudad de la desventura, asiento de todas las desgracias. Pero, cuando todos esperaban oír las quejas de las proseritas doncellas, una escena conmovedora é imponente se ofreció á las asombradas miradas: la colonia entera avanzaba hacia ellos, los ciegos de la mano cariñosos de las doncellas, cantando himnos en loor de Caonao, el hijo de los dioses, el gran monarca, cariñoso padre de sus súbditos.

Todas las feas se habían casado con los ciegos. El amor, que no necesita del sol de las miradas, había florecido en aquellos corazones sin otra luz que la interna, que sólo podían hacerse una idea vaga, soñadora, ideal de la belleza femenina.

Caonao fue aclamado, y desde entonces se llamó la colonia el *Paraiso de las feas*. Cuentan viejas tradiciones que desde entonces, mientras en el resto de la tierra ciguaya no se encontraba mujer que no fuese hermosísima, en la nueva colonia todos eran dichosos á pesar de la fealdad y la ceguera.

JOSÉ R. LOPEZ.

LA SUEGRA DE PACO

Cuéntame, cuéntame... ¿conque te casaste?

—Me casé.

—¿Y es bonita tu mujer?

—Creo que sí.

—¡Hombre! ¿no estás seguro?

—Cuando la conocí me pareció deliciosa... ¡pero hace tanto tiempo!

—¿Cuándo se perpetró... eso?

—Tres años hará de nuestro matrimonio el día de Nuestra Señora... de las Angustias.

—¿Tres años... y te parece mucho?

—Tanto, que tengo ya una idea aproximada de la eternidad.

—¡Ah! ¡vamos! ¡ya comprendo! seguramente tendrás una mujer que... ¡vamos!

—Te equivocas: tengo tres.

—¡Zapateta! ¿polígamo?

—Digo que tengo tres, porque con nosotros vive, si aquello es vivir, mi suegra y mi cuñada, que se han confabulado en contra mía y me hacen pasar las de Cañ.

—Pero, ¿por qué no las pones de patitas en la calle?

—Lo he intentado varias veces, pero inútilmente. Me siguen á todas partes. Huyendo de ellas me fui al África austral, y un día se me aparecieron en las faldas de las montañas del Sol, dejándome frío, cosa rara en aquel clima.

—¿Y qué hacían entre aquellos salvajes?

—Eso es lo que yo me preguntaba, y hasta me asaltó la idea de que no hubiesen ido á visitar... á su familia, pero no tardé en caer de mi burro. El único objeto que las había llevado al Congo, era yo, aunque mal me

esté el decirlo, y después de recorrer el país en todas direcciones, expuestas á que los naturales las faltasen, dieron por fin conmigo, y aún me parece mentira que no me desollaran vivo. ¡Cáspita! todavía se me ponen las carnes de gallina, al recordar el gesto que hizo mi excelente suegra. Sus ojos llamaban y sus afiladas uñas amenazaban clavarse en mi rostro.—Pronto olvidó usted la Epístola de San Pablo, exclamó con una sonrisa sinistra.—¿La Epístola de San Pablo? dije yo, perplejo.—Sí, señora, repuso la excelente señora, dándome un pellizco africano: porque parece que se sorprende usted de vernos aquí en plena Nigricia, entre salvajes...—¿Al contrario! repliqué; lo que me sorprendería era verlas en un país civilizado... Mi suegra lanzó un bufido y continuó.—La Epístola de San Pablo dice que la mujer, la suegra y la cuñada debe seguir al marido... Recordé efectivamente, que el cura, al casarme, me había hablado de suegras y cuñadas, ampliando de un modo escandaloso el texto santo, y cediendo, sin duda, á exigencias de la madre de mi mujer. Bajé la cabeza, lancé un suspiro y me resigné á cargar de nuevo con aquella pesada cruz... matrimonial.

—¿Y no hiciste nada por deshacerte de tan fastidiosa compañía?

—Tentaciones me dieron de precipitarlas desde una de las cimas de la Sierra Tamba ó de arrojarlas de cabeza á las aguas del Nurse; pero me contuve, en la esperanza de que pudiera librarme de ellas sin necesidad de recurrir á tan violentos extremos.—¿Quién sabe, me dije, si no consigo que Su Majestad el Rey del Congo se enamore de las dos y se case con ellas! Se lo pediré como un servicio especial, y las conduje con engaños á Banza Congo, capital de aquel reino de descañados; pero ¡ay! la simplicidad del traje que usaban los habitantes del país traían escandalizadas á las buenas señoras y no hubo medio de convencerlas del grandísimo honor que reportaría á la familia un matrimonio regio. Desairaron á Su Majestad, que no se mostraba indiferente á los encantos físicos de mi suegra y cuñadita, y me obligaron á volver á Europa.

—Pero, ¿y tu mujer?

—Pues nada, mi mujer seguía en París con el amigo López.

—¿En París? ¿con el amigo López? ¿desgraciado! ¿y quién es el amigo López?

—Un excelente sujeto, incapaz de faltar á nadie. El es el que me hizo casar con Susana. Estando los dos paseando un día por un mercado de flores de París, descubrimos á pocos pasos de nosotros una preciosa chica, que nos hizo el efecto de una mariposa revolando entre rosas y claveles... ¡Deliciosa criatura! dijo López—¡Deliciosa criatura! repetí yo, como un eco.—¡Qué ojos!—¡Qué perfil!—¡Qué curvas!—¡Qué mejillas! apuesto á que vienen á humillar á las rosas.—¡Y qué labios! apuesto á que vienen á dar envidia á los claveles! En fin, que nos entusiasamos y la seguimos.

—Pero... ¿iba sola?

—Se había separado un momento de una señora de alguna edad y de una joven algo desgarrada y vizca. Nos acercamos á las tres, estuvimos echando piropos á la más bonita, que fueron contestados con sonrisas hechiceras, y aquella noche... aquella noche López agotó toda su elocuencia para convencerme de la necesidad que tenía yo de tomar estado.—El hombre soltero, me decía, es un sér incompleto, y la prueba está en que el hombre y la mujer no forman más que una unidad...—O una *desunidad*, observé yo, filosóficamente.—Déjate de epigramas, exclamó el excelente amigo López; hablando de la mujer propia, ¿no se dice mi *cara mitad*? ¿y por qué se dice mi *cara mitad*?—Sin duda porque en el matrimonio es la *mitad* que resulta más *cara*, contesté.—¡Bah! vuelvo á decirte que te dejes de epigramas... prematuros; tiempo te quedará, después de casado, para disparar

satirillas contra el lazo conyugal. Dios ha puesto al hombre en el mundo para perpetuar la especie, y si el hombre permaneciese toda la vida soltero, se acabaría la humanidad.— ¡Quién sabe! me atreví á decir, haciendo un gesto de duda.—Nada, nada, exclamó el excelente amigo López, ¡á casarse tocan! mañana pedimos la mano de esa chica y dentro de ocho días... dentro de ocho días *nos casamos*.—¿Cómo que *nos casamos*? dije yo, en son de protesta.—Es un decir... agregé el excelente amigo López; para probarte cuánto me identifico contigo, por la amistad que nos une, he hablado en plural, y haces malísimamente en estar ya celoso; tus celos, como tus epigramas, son prematuros... deja unos y otros para más tarde.

—¿Pues sabes que es una ganga el tal amiguito?

—Un amigo como hay pocos. Viendo mis vacilaciones y desconfianzas, empezó á ponderarme la belleza de la chica, su recato, su aire distinguido y la feicidad que me esperaba en sus brazos.

—¡Diantre! ¿y por qué no se casaba él con la chica?

—Había un pequeño inconveniente...

—¿Cuál?

—Que el amigo López era casado.

—¿Y su mujer vivía en París?

—No, se había escapado con un vice-almirante portugués.

—¿Y no trató de perseguir á la prófuga?

—¡Bah! el amigo López es muy despreocupado, y lo que él dice: *á esposa que se escapa, puente de oro*.

—¡Vaya con el amigo López!

—El caso es que me catejizó y que á los ocho días daba la mano á Susana, que estaba radiante de hermosura con su traje blanco y su corona de azahares... Y fui feliz, todo lo feliz que se puede ser en la tierra en brazos de un ángel. Pero ¡ay! la luna de miel duró poco, unos días... no recuerdo fijamente cuántos, creo que tres, porque me parece que á los tres días Susana me llamó fastidioso y ridículo porque la quise besar, y mi suegra y mi cuñada me pusieron como chupa de dómene por mí... incontinencia. Y empezaron los disgustos á diario. Para no sufrir reproches é impertinencias, me escapaba á menudo de casa. Pero ¡ay! mientras el excelente amigo López se quedaba en ella consolando á mi mujer, mi suegra se echaba en busca mía, y no había ejemplo, así estuviese oculto en el subsuelo de París, de que no diese conmigo.

—¿Y qué sucedía entonces?

—Lo que puedes imaginarte: primero una rociada de insultos ilustrados con arañazos, y luego... luego á casa, poco menos que atado codo con codo. Mi existencia se hacía insostenible, y llegué á pensar en el suicidio; pero reflexioné que mi suegra era muy capaz de seguir el mismo camino, para traerme del otro mundo, de una oreja, y entonces me acordé del Congo. Es el único refugio que me queda, pensé; despidiendo á mi suegra no será fácil que adivine á dónde he ido y podrá vivir tranquilo entre los salvajes... de allá. Y dicho y hecho; desaparecí de la noche á la mañana de París y viví venturoso en tierra africana, hasta que tuve aquel desagradable encuentro en las faldas de las montañas del Sol, donde había sido más feliz que en las faldas... de mi mujer.

—Y de vuelta en París, ¿Cómo te recibió Susana?

Con una piedra en cada mano.

—Estaría furiosa, ¿eh?

—Furiosísima, pero no precisamente contra mí, sino contra su mamá y su hermanita, por la desgraciada ocurrencia que habían tenido de traerme del Congo.

—¿Y el amigo López?

—Pues el excelente amigo López se alegró de verme; lo único que sintió es que no me hubiese quedado en las montañas del Sol.

—¿Y no se le pasó el enojo á tu mujer?

—Al contrario, fue en aumento, hasta que no pude más, y un día desaparecí de París, tomando tales precauciones para que nadie supiera mi paradero, que ni á mí mismo me dije á dónde iba.

—¿Hombre!

—Algún tiempo después me encontraba en una de las comarcas que forman la cuenca superior del Nilo, entre el quinto grado de latitud Sud y el tercer grado de latitud Norte, que es hasta donde han podido llegar hasta ahora la ciencia... y los yernos fugitivos, en sus tentativas de exploración y de evasión.

—No es posible, me decía con íntimo regodeo, que mi excelente señora suegra me busque en estas ignoradas regiones y ponga su atrevida planta donde no la han puesto ni los mismísimos ingleses Speke y Baker. Pero ¡ay! no conocía á mi suegra. Un día siguiendo el curso de uno de los brazos del famoso río, y cuando más descuidado estaba, me encontré junto al lago Luta Nzige ¿con quién dirás? pues con mi suegra, que departía amigablemente con unos negrazos. Verla y poner pies en polvorosa, todo fue uno; pero no me valieron mis piernas, porque cayó sobre mí una nube de africanos, y, quieras que no quieras, me condujeron á presencia de mi mamá política, que, en el umbral de una miserable choza, estaba saboreando ya el placer de la venganza.

—Pero, ¿sabes que tienes una suegra inverosímil?

—Renuncio á describirte la escena que siguió; llovieron sobre mí tantos palos, que mis espaldas quedaron convertidas en un sacro colegio cardenalicio. Entonces cruzó por mi mente la misma idea que ya me había asaltado en las cimas de la Sierra Tamba y á orillas del río Nurse.—Arrojaré mi suegra al Nilo, me dije, para que vaya á hacer compañía á los cocodrilos; pero de súbito me acudió otra idea, y, con el rostro radiante de alegría, rechacé mis proyectos de venganza. ¡Qué diantre! la ciencia es lo primero...

—Chico, me parece que estás desvariando; no comprendo una palabra de lo que dices.

—Me explicaré; sigue prestándome atención.

—Continúa, Paco.

—Traté de amansar á mi suegra, y, una vez hechas las paces, resolvimos de común acuerdo volver á Europa. Pero antes quiso la excelente señora conocer bien los países que riega el Nilo y seguir á éste en todo su curso. Accedí, y á través de no pocas penalidades y fatigas, penetramos por fin en el país de los Faraones y llegamos á una de las bocas del Nilo; poco después nos embarcamos para Francia y en un esplendoroso día de primavera llegamos á París.

—Supongo que te alegrarías de verte otra vez en tu casa.

—Como si estuviese en casa del dentista; no obstante, tenía mi idea, y ella era la que fortalecía mi espíritu y me hacía soportable aquella vida de perros. Anhelaba la gloria y no hay gloria sin martirio.

—Vuelves á desvariar.

—Te equivocas; déjame que concluya. Un día mi suegra me dijo:—Ya se habrá convencido usted de que es inútil que trate de romper su cadena. Aunque se encontrara usted en los mismísimos anillos de Saturno ó en las entrañas del Sol, allí iría á buscarle y de allí le traería al lado de su mujer.

—¿Y qué le respondiste?

—Nada; agaché la cabeza y lancé un suspiro profundo, como dando á entender que estaba dispuesto al sacrificio. Y transcurrieron varios días, sin que ocurriera nada digno de mención... ni siquiera un pellizco. Mi suegra estaba satisfecha de mí, y cuando una suegra está satisfecha de su yerno... ¡calcula tú lo que será del infeliz! Mi mujer, por su parte, desde que el excelente amigo López se había escapado con una diva rusa, se mostraba algo más humana conmigo y me permitía de vez

en cuando, con anuencia de su mamá, que robase un beso á sus labios de carmín. Todo marchaba á las mil maravillas y auguraba á mi idea científica un resultado maravilloso.

—¿Otra vez? Paco; tú no estás bien de la cabeza.

—No creas, aunque me casé con Susana, estoy en mis cabales. Prosigo. Pero antes de pasar adelante, debo prevenirte una cosa, y es que mi suegra idolatra á su hija, y por ahorrarla una lágrima, es capaz de todo, hasta de quererme. Yo no sé que diablos pasó con el excelente amigo López, pero es el caso que desde que él se alejó de casa, mi mujer era otra. Ahora bien, tú comprenderás que, habiendo recobrado en parte el cariño de mi mujer, escaparme otra vez del hogar habría sido un crimen que jamás me hubiera perdonado mi suegra y me habría buscado hasta en las mismas entrañas de nuestro esferoide.

—Es natural.

—Pues bien, hace poco más de un mes me oculté en un sitio que juzgué completamente seguro.

—¿Dónde?

—En mi misma casa; y envié por conducto de una sirvienta discreta y complaciente la siguiente carta á mi mamá política:

“Señora:

“Estoy harto de usted, y de su hija, y de toda su casta.

“Me escapo y esta vez la desafío á que dé conmigo.

“Si ha sido usted capaz de llegar hasta las fuentes del Nilo, en persecución mía, y no la han arredrado ni los ardores, ni las desnudeces, ni los cocodrilos del país del Sol, la invito á que me busque usted en el Polo Norte, á donde, más afortunado que el noruego Nansen y que el sueco André, pienso llegar para gloria de la ciencia y consuelo de los yernos perseguidos.

“Su irreconciliable enemigo.—Paco.”

—¿Y qué?

—Pues nada; que la ciencia puede echar á vuelo las campanas, porque tengo la completísima seguridad de que mi suegra, á estas fechas, ha rasgado el velo del misterio que oculta el Polo Norte, y vuelve exasperada, después de haberme buscado inútilmente en él.

CASIMIRO PRIETO.

(Buenos Aires).

LA GUERRA

Corrían brisas primaverales sobre la tierra esparciendo calor vivificante.

Crujía el bosque al reventar de los botones.

Las aves, en giros vagabundos, batían las alas y pñaban alborozadas.

Todo en la naturaleza era sonrisas, y en las almas, alegría y esperanzas.....

De repente trueno pavoroso hiende los aires y nube negra y roja oscurece los dorados rayos del sol.

Lluvia de sangre va á caer sobre la tierra...

No más verdes capullos ni botones sonrosados!

Cuando la tierra se empapa en la sangre caliente de sus hijos, no produce sino abrojos y cizaña.

El árbol de la libertad y del amor no enaja preciado frutos regado con lágrimas.

Sólo prospera al favor de brisas apacibles y de cultivo cariñoso!

Hermanos en la patria! cubrid con piedra sepulcral vuestras esperanzas!

Madres! llorad por vuestros hijos.

Hijos! llorad por vuestros padres!

F. DE SALES PÉREZ.

VIDA DEL VALIENTE CIUDADANO

GENERAL EZEQUIEL ZAMORA

POR EL DOCTOR LAUREANO VILLANUEVA

Imprenta Federación—Caracas—1898

Con fecha 10 de diciembre de 1896, el General Ignacio Andrade, elevado hoy á la Suprema Magistratura del Estado expidió, en su carácter de Presidente del Estado Miranda, un decreto en cuya virtud se "escribiría y editaría una obra que reseñase la vida, servicios y glorias del General Ezequiel Zamora; en homenaje de justicia á la memoria de aquel insigne caudillo, en celebración del trigésimo-séptimo aniversario del triunfo federal y como una ofrenda al Partido Liberal de Venezuela.

Y por una resolución posteriormente dictada vino á recaer en la ilustrada personalidad del doctor Laureano Villanueva la honrosa designación de llevar á cabo la obra histórica mencionada; designación que, si *á priori* era á todas luces acertada, por los brillantes precedentes que abonan la capacidad intelectual del designado, viene á ser hoy, con la feliz coronación de la obra, una nueva ejecutoria, un nuevo triunfo que aquilata más y más el mérito de su autor, que en más alto relieve pone su fisonomía político-literaria y que viene á justificar de manera inequívoca la distinguida elección en él recaída.

Si en el propósito de juzgar del mérito de la nueva obra, que ha venido á enriquecer, con caudal de excelencias, nuestra bibliografía nacional, arrojando luces diáfanas en la oscura y enmarañada red de nuestra historia contemporánea, nos diéramos á establecer comparaciones entre lo producido ya por su autor en el género histórico, que con tanto éxito cultiva y la nueva obra, no dudamos en emitir el juicio de que ella es superior á cuanto ha realizado anteriormente su ilustrado autor en esfuerzos de la misma índole.

En efecto, si en la biografía del Mariscal Sucre, desplegó como siempre el doctor Villanueva el lujoso caudal de sus aptitudes de historiador, las galas literarias de su estilo, y supo imprimir á sus conceptos aquella serenidad olímpica nacida de la apreciación severa de la verdad histórica, dote principal del buen historiador, porque ella constituye la imparcialidad en los juicios; no obstante andúvose á las veces desviado un sí es no es de los procedimientos que la ciencia aconseja para juzgar de los hechos y de sus hombres; desviación fácilmente explicable y humanamente justificada si se piensa que en el acendrado patriotismo del autor y de todo buen venezolano los rayos fulgurantes del Sol de Colombia y el ropaje con que envuelve la leyenda la fisonomía cabal de los hombres del pasado han de enardecer los corazones predispониéndolos más á la hipóbole que á la implacable justicia.

No á tales impulsos se dejó arrastrar el doctor Villanueva en su última obra; sin que por ello dejara de entonar el ditirambo con que la musa de la historia consagra á la inmortalidad los invictos servidores de la patria. Serenidad de espíritu y alto criterio de justicia tanto más admirable cuanto que en el caso presente tuvo el autor que agitar las alas de su clara inteligencia en la atmósfera candente y palpitante aún de las pasiones bande-

rizas; rastrear los rumbos inserenos de nuestras luchas civiles é impartir los inapelables fallos de la eterna justicia, colocando en las sienes gloriosas del protagonista de su historia la corona triunfal de sus altos merecimientos.

Esta magnífica incursión del autor por la

mo excelso de nuestro intrépido caudillo, que ha sido y es objeto de admiración para el pueblo y de respeto para los hombres pensadores; y cuya fisonomía y proporciones históricas han desfigurado cruelmente sus contrarios; quienes, no sólo han alterado la verdad, en cuanto á la naturaleza y fines de su causa política, que fue siempre la del pueblo, mas también en lo que atañe á sus cualidades personales y á los servicios que prestó á la Patria con su ingenio militar y su valor heroico."

En efecto; el doctor Villanueva en su última obra, ha sido verdaderamente creador; ha logrado compilar, á pesar de la brevedad del tiempo de que disponía, y á favor de una acuciosidad extrema y de una verdadera labor impropia, los datos dispersos, vagos, informes de la fisonomía histórica de su protagonista.

Ha creado puede decirse, ó mejor dicho ha erigido con sólida y elegante arquitectura el pórtico de nuestra historia contemporánea; y nadie á nuestro juicio más llamado á dotar á Venezuela de una historia completa de las vicisitudes porque ha pasado á través de su vida independiente, como el doctor Villanueva.

En dieciséis capítulos, encadenados en orden cronológico riguroso, está dividida la obra; é ilustra al final un apéndice contenido de las piezas del proceso criminal seguido contra el General Zamora y una lista bibliográfica y testimonial de las diversas fuentes en que bebiera su autor los datos necesarios para el feliz remate de su obra.

El plan general de la obra se desarrolla naturalmente en el orden de los sucesos que van verificándose en las medidas de espacio y tiempo, con lógica inflexible encadenados, sin sacrificar un punto al entusiasmo partidario la severa majestad de la verdad; tributando con justicia á los elementos políticos antagónicos que somete á su análisis, la parte de bien y mal, de execración ó de alabanza que en aquella lucha cruenta merecieron, y finalmente poniendo en todo el conteso su bien tajada pluma y sus relevantes dotes intelectuales

no al servicio de apasionamientos de partido sino al de la augusta verdad; esclareciendo hechos todavía nebulosos, sacando á flote, luminoso y brillante, del farrago informe de documentos y relaciones, el hecho auténtico que concurriendo á un todo armónico va á servir para caracterizar al héroe protagonista, y á fijar definitivamente los rumbos y tendencias políticas, económicas y sociales de toda una época de nuestra historia.

La forma literaria en que está concebida es brillante y amena; el aticismo austero de su estilo es adecuado y corresponde debidamente al género didáctico de la obra; sin que por ello el colorido de la retórica deje de matizar en momento oportuno el período rotundo y la frase elegante y castiza.

El General Ignacio Andrade, ha agregado una nueva ejecutoria á sus virtudes ciudadanas; y el doctor Villanueva ha merecido bien de la patria y es justiciero el aplauso que en estas líneas le tributamos.

ELÍAS TORO.

Caracas—1898.



MENDIGO, por Narciso S. Suárez

Escultura que obtuvo el primer premio en el Certamen del Instituto Nacional de Bellas Artes

agitada esfera de nuestra historia contemporánea, cobra mayor realce y más elevado precio si se piensa en que si para escribir la biografía del Mariscal Sucre se nos antojó que sólo tendría el autor que entresacar de lo mucho que hay escrito sobre nuestra independencia, los datos circunscritos á la fisonomía privada y pública de Sucre, coordinarlos y presentarlos al público bajo la forma de un conjunto armónico; no sucedió lo mismo en lo que al General Zamora se refiere, como lo anuncia el autor en las primeras páginas de su obra cuando dice:

"Fatigosa ha sido, como puede suponerse, nuestra tarea de investigaciones y estudios por ver de encontrar en la masa informe y confusa de los datos, materiales útiles con que escribir esta biografía, y distinguirlos, escogerlos y encadenarlos, para reproducir las cosas como fueron, discernir lo verdadero de lo falso, y llegar á comprender las causas políticas, económicas y sociales, que ocasionaron el advenimiento de nuestro Partido Liberal á contar desde 1840; el significado moral de la Administración de los Monagas; y la razón histórica de la disputada guerra de la Federación, y del ardor revolucionario que fue á encender, lejos de sus lares, el áni-





CUADRO DE JUAN CARLOS CAZIN



TRISTES RECUERDOS

PAGINAS + CORTAS

Salvada!

(POR GERÓNIMO MALDONADO, H.)

El campo de sabana estaba amplio, tranquilo.

En su centro un joven labriego, conducía la mancera y garrochaba los bueyes pesados y tardíos.

Los sembrados de caña sonajaban batidos por el viento, y barrían el suelo con sus flores espigados los maicamoales cuajados de mazoreas; hinchada y renegrida se alzaba la columna de humo desde las bocas encendidas del trapiche, mientras arriaban entusiasmados los muchachos, hervían á borbotones las mieles en las pailas y crujían gemidoras las apretadas masas como monstruo que ha sentido penetrar en mitad de sus entrañas la hoja despiadada de un cuchillo; en la selva los toches y los mirlos salmodeaban sus cantares predilectos, arrullaban en sus lechos de elegante colgadura, á los pichones implumes todavía, las palomas hechas madres; las ardillas saltaban locas de contento entre las tupidas enramadas, y en retumbante algarabía se anunciaban á las gentes los loros charladores; el sol reverberaba embravecido en los espacios, inundándolos de fuego, y estremeciase la tierra ya recalentada.

Era la hora del almuerzo.

Lola apareció al momento trayendo en la cabeza, guarnecida por un *chique* de trapos enrollados, la olla repleta de comida.

Morena de color, alta, cimbreña, de ébano vuelto chorros relucientes la flotante cabellera, rebelde el gesto, los ojos penetrantes, púrpura sus labios, rompídos á vuelo los apretados pechos, de griega entonación la hermosura de sus formas, airoso el caminar: era la representación soberbia de una virgen salvaje.

Silbó para llamar al joven y púsose á descansar bajo el extendido palio de un bucare, coronado por macetas rubicundas.

El dejó el arado y se dirigió hacia ella, limpiándose con la manga de la camisa el sudor que resbalaba por su frente.

En el primer instante permanecieron silenciosos.

Ambos tenían miedo de hablar, pusiéronse pálidos, la garganta se les apretó como con un nudo, sentían desvanecimientos, las sienes latíanles con violencia extraordinaria, y brincábales el corazón con atropello inusitado.

—¿De veras me *amás*, Lola?—la dijo el joven de improviso.

Lola no respondió. Volvió la cara, ruborizada, para el lado opuesto y quemó el horizonte! con la potencia relampagueante de su mirada. Si hubiera sido un abismo lo habría alumbrado, así estaban sus ojos de radiantes!

—¿Por qué no me *contestás*, negra, no soy tuyo?

—¿Y *paqué* te *coatesto*.....no lo *sabés*?

—Sí, pero como siempre *tás* tan esquiva, yo.....yo he dudado.

—Sí, esquiva, *estés*, y ustedes *paqué* piden lo que no deben pedir?

—Pero si no te pido nada malo.

—Ay! tan blandido, eso se queda pá otras.

—Yo lo que te he pedido es una prueba de amor.

—¿Y ya no te he dicho que sí te quiero, y ya no te lo ha dicho mi mamita?

—*Verdá*; pero yo quiero otra.

—¿Cuál?

—Que esta noche, cuando yo toque la puerta de tu cuarto, *salgás* á conversar conmigo *paque* no nos fastidie la gente.

—¿Eso, no más?

—Sí, Lola, eso ¿*salís*, *verdá*?

El joven había acabado de almorzar, y Lola se puso de pie con arrogancia, lanzóle una mirada tierna, condescendiente, recogió los pesados trastos y marchóse camino de la hacienda.

* * *

La luna, soberana de la noche, era un mar de plateados resplandores. El cielo, preñado de lumbres, parecía que se reventaba en cascadas de soles y de estrellas. La atmósfera estaba tibia y el viento manso, empapado de perfumes.

Cualesquiera que hubiese estado en acecho, habría visto cómo después del primer canto del gallo á la media noche, Lola y su amado se deslizaban por detrás de los cercados del corral para ir á sentarse en la húmeda sabana.

Al fin estaban juntos, rosándose sus carnes, abrasándose con sus alientos, en posesión

cada uno de las impresiones del otro, llevando en el cerebro un torbellino de diversos pensamientos y en el alma un caudal inmenso de encantadoras sensaciones.

Lola rompió á hablar.

—Aquí estamos, pues, los dos solos; ¿qué querías decirme?

—Que me *dés* un beso, la contestó el joven un tanto torpe en el manejo de la voz; pero con tanta emoción, que sus palabras causaron en Lola el efecto de un cañonazo disparado á quema ropa.

—¿Un beso!—le dijo asombrada por semejante petición hecha en aquel sitio y en aquella hora.

—Sí, Lola, uno solo.

—Ajáá, conque esas teníamos. Nó, yo no puedo darte nada, porque es malo, porque las niñas no dan eso. ¿*Se lo aprendiste* al estudiante que vino el otro día con el cuento de que las señoritas del lugar los daban por las ventanas? Ellas pueden hacerlo, pues son ricas, blancas y visten sedas, y como son así nadie les echa de ver ni les dice nada, pero yo



EN ORACIÓN

Insinuante y sutil, su exaltada voluptuosidad penetra los corazones de una ardiente y generosa pasión; un murmurio embriagante lo dispierta a la actividad que los rodea. Casi imperceptible, mece á la criatura asombrada de su propia exuberancia, y la arrastra á los desbordamientos que le canta su voz, siempre incitante:

—Amad.

Después pasa, como un sueño, pues debe hacer más allá lo que ha hecho aquí, y la criatura exaltada por la canción que apenas ha comprendido, repite, inconsciente, la canción del viento:

—Amémonos.

El viento sopla sobre los bosques un murmullo de satisfacción.

Es la canción de los fastidios.

De la criatura imprevisora él trata, en vano, de hacerse comprender. La furia de las pasiones violenta su canto, y en medio de la lluvia de hojas doradas, bajo el roror, apenas contenido, de su exhortación, él da un grito que se percibe claramente:

—Reposad.

Después pasa, como un sueño, pues debe hacer más allá lo que ha hecho aquí, y la criatura obedece á la voz, y exclama, vencida:

—Reposemos.

El viento sopla sobre los bosques su canción.

Es la canción de las tempestades.

Pasa en torbellinos tumultuosos, y la criatura sorprendida se guarece, mecida duramente por la voz furiosa cargada de pensamientos. Las almas se inclinan, se tuercen, en las convulsiones de un martirio doloroso. Insensible siempre, el viento crece en descontento como agitado de un secreto deseo, arroja con furor, en los grandes esqueletos deshojados, una orden que los árboles repiten como una amenaza:

—Pensad y producid.

Después pasa, como un sueño, pues debe hacer más allá lo que ha hecho aquí, y la criatura obediente, repite espantada, la canción del viento:

—Pensemos y produzcamos.

El viento sopla sobre los bosques su brisa dulce, y los dispierta.

Es la canción de las promesas.

Después pasa, como un sueño, pues debe hacer más allá lo que ha hecho aquí, y la criatura, sacudiendo su torpeza, canta su inquietud con la palabra del viento:

—Trabajemos.

Cuentos del porvenir

(POR NATALIS)

LA RENTA DEL DINERO

En la época en que el oro y la plata servían para los cambios y constituían el signo representativo de la riqueza, todo el mundo tenía más ó menos necesidad de ellos; y así, los que se encontraban desprovistos de los preciosos metales luchaban por procurárselos; y, por el contrario, los que habían acumulado una gran cantidad, no importa por qué medios, trataban de conservarla.

Primitivamente los desheredados idearon suprimir á los ricos con el objeto de llegar á hacerse todos ricos; y los poderosos se organizaron con el fin de aumentar y defender su caudal. En fin, durante largos siglos, al lado de la violencia establecióse una costumbre de la cual se encuentran todavía vestigios, que consistía en que los ricos, en lugar de dejarse desposeer, consentían en confiar al pobre cierta cantidad de dinero por un plazo convenido, exigiendo en cambio un interés por la suma que prestaban. Este uso persistió aun después del empleo

del papel moneda, con el nombre de *interés del dinero*, porque los bárbaros comprendían bajo la denominación general de *dinero* todo lo que representaba la riqueza. Había también personas cuya única profesión consistía en prestar grandes sumas á los que tenían necesidad: se les llamaba banqueros ó usureros; y no ha sido posible establecer bien la diferencia entre estos dos términos, lo cual es tanto más sensible cuanto que los primeros, según parece, eran rodeados de consideraciones y los segundos mirados con desprecio.

Se supone que en cierta época los banqueros gobernaron el mundo: la época en que la industria humana hacía sus primeras tentativas y se necesitaban grandes sumas para hacer funcionar las groseras máquinas que se utilizaban entonces, las cuales rodaban sobre ridículas vías, y se llamaban *ferrocarriles*. Ese fue el tiempo en que se desarrollaron los instintos de las discusiones inútiles que caracterizaron largo tiempo á los salvajes. No teniendo más á menudo la ocasión de batirse á sablazos ó á cañonazos, se batían de palabra ó por la pluma, dividiéndose los de un mismo pueblo en *partidos ó escuelas*. Sobre la cuestión del interés ó de la renta del dinero (porque todos estos términos parecen ser equivalentes) hubo muchas disputas entre los bárbaros quienes se separaron en dos sectas, una que se intitulaba *economista* y otra *socialista*, palabras extrañas cuyo exacto sentido no se ha podido penetrar.

Los economistas decían: Todo marcha bien; la renta del dinero es legítima: es justo que el que presta una parte de su riqueza devenga algún interés. Las reclamaciones elevadas contra una institución tan respetable son sediciosas y de hombres desordenados.

Los socialistas respondían: Todo marcha mal: la renta es odiosa é injusta; gracias á élla los ricos son cada día más ricos sin trabajar y los pobres vienen á quedar cada vez más pobres. Abajo los ricos. Y de este modo disputaron largo tiempo sin obtener otro resultado sino el de que los economistas exasperaran á los pobres y los socialistas inspiraran profundo terror á los que tenían algo que perder. La plata y el oro se fueron haciendo cada vez más raros y el uso del papel moneda comenzó á extenderse disminuyendo la tasa del dinero que de 10 p $\frac{3}{4}$ bajó á 6, á 5 y á 4, trayendo el malestar de los privilegiados de la fortuna quienes habiendo adquirido el dulce hábito de vivir del producto de su dinero sin hacer nada y aprovechándose del trabajo ajeno, se encontraron insensiblemente sobre un plano inclinado y muy cerca del día en que también se verían obligados á trabajar, para lo cual estaban mal preparados por múltiples razones. La primera: que la práctica del trabajo, intelectual ó material, requiere largo ejercicio y ellos estaban acostumbrados á la ociosidad; la segunda que la gran mayoría de los salvajes ricos había llegado á tal grado de decadencia moral que hacían vanidad de su pereza y consideraban la consagración al trabajo no sólo como una fatiga cruel sino también como una humillación, de tal manera que los hijos ó nietos de un hombre que había reunido su fortuna á fuerza de trabajo se juzgaban obligados á no hacer nada durante el día, y á concurrir en la noche á los garitos y lugares de mala reputación, lo cual lisonjaba á los padres que se complacían en decir:—Estos á lo menos no estarán obligados á trabajar como yo, pues para eso les dejo una buena fortuna; la tercera, que tuvo sobre la evolución humana de que venimos hablando considerable influencia, fue la institución del matrimonio como lo practicaba en aquel tiempo la clase á que nos venimos refiriendo. No sabré describirla hoy pues los documentos más serios presentan á este respecto detalles tan cómicos y extraor-

dinarios que no oso darles crédito. Baste decir que, particularmente en ciertos pueblos de la Europa occidental, los maridos se vendían á sus mujeres mediante cierta suma de dinero que se llamaba *dote*. De la parte del vendido este mercado era voluntario; pero el comprador, es decir, la prometida, no era consultada sino por mera fórmula después que los padres arreglaban el negocio. De este sistema se aprovechaban los vagos y bribones para salir de deudas. Este asunto es demasiado curioso y muy divertido, y acaso algún día pueda tratarse debidamente; al presente no hablo de él sino para mostrar por qué sucesión de causas se produjo en los tiempos prehistóricos el lamentable hundimiento de una clase que retenía el gobierno del mundo, desafió todos los ataques y al fin vino á ser la artífice de su propia ruina.

Ciertamente la quimera anticientífica de la igualdad de las condiciones debe quedar eternamente en el dominio de los sueños; pero es posible, como lo vemos hoy, alcanzar la igualdad de la justicia distributiva. Si hay hombres más ó menos ricos lo mismo que los hay bien ó mal constituidos, si la actividad, la inteligencia, el trabajo y tal vez la casualidad traen esas desigualdades, al menos nadie gime entre los horrores de la miseria, á ninguno, si es diligente y laborioso, le falta lo necesario para su vida y la de su familia, y no existen pobres en el sentido prehistórico de la palabra; verdad es que no se sueña con derrocar esa ley del trabajo que nos impuso la naturaleza, sino al contrario, se está convencido de que los más afortunados son los que trabajan más. En cuanto á los incapacitados, nuestras instituciones humanitarias los ponen al abrigo de la necesidad; y enfermos ó ancianos no tienen para qué preocuparse por la vida material. Y es naturalmente y dejando correr los acontecimientos, que hemos llegado á este estado donde en definitiva la vida es buena y la humanidad produce lo que puede producir.

Es curioso comprobar que la disminución de la tasa y del interés del dinero que se viene verificando desde hace algunos siglos, ha sido quizás la causa primera de los beneficios relativos que al presente gozamos; y más curioso aún ver cómo la agitación febril y enfermiza de nuestros prehistóricos antepasados fue vana é inútil para la dicha de la humanidad, porque la mayor parte de las veces hicieron lo contrario de lo que querían hacer: provocar el progreso con sus resistencias ó detenerlo queriendo realizarlo demasiado pronto. ¿Estamos seguros nosotros los civilizados de que algunas veces no nos sucede lo mismo?

Un idilio en una jaula

(POR JOAQUÍN DIOENTA)

Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de soñadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabierto, como si tratasen de ofrecer salida á los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de dieciocho años, que soñaba con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, á un banquero materialote y soez, insolente como una onza y plétórico como las talegas de plata que almacenaba en la caja de sus caudales.

La boda fue uno de esos contratos brutales que se conciertan á espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente. Dolores era hermosa, el banquero rico, y los padres de la muchacha pobres y egoístas. El trato se hizo pronto. "Toma su belleza y abre tu bolsa," dijeron los padres de la niña; y, previa la bendición de un clérigo, arrojaron á su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco á poco, á semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinetito una pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería á sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar á Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y mostrando en su rostro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales, que, ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos de alpieste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos á los otros con un rumor continuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retozona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban á endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios; y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia á los desgraciados, me decía:

—Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visualidad, piensan, coordinan ideas, reflexionan; y todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos.

—¡No te rías! gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios;—¡no te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el sér amado estos *bicharracos inaguantables*, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande á un tiempo, la cual historia quiero estampar en letras de molde, como tributo rendido á la memoria de aquella mujer que ya no existe.

* **

Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal. Siempre estaban juntos. Allí, en lo alto de la pajarera, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de separarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, ¡como ya no vivré nunca!...

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño. Al solo anuncio de mi voz acudían á los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día el macho, al saltar desde los alambres á uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna, que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo piando tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes, que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, señalándome la pata del herido que colgaba casi desprendida, exclamó: "Hay que cortarla."—¡No!—grité yo.—Se le caerá sola—repuso el hombre.—¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé á otra jaula, y trasladé con él á su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente, vine á este sitio deseosa de conocer el estado del pobre enfermo. ¡Sabes lo que vi?...

Pues vi á la hembra con la pechuga, desnuda de plumas, sonrosada y jadeante. Si; se había arrancado sus plumas una tras otra durante la noche, y con aquellas partes de su propio sér había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia. Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con un himno sonoro los desvelos de su compañera.

¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto?—exclamó Dolores con amargura—Porque saben amar; á tal extremo, que á los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah!—siguió diciendo Dolores:—¡yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el sér querido todas, absolutamente todas las fibras de mi alma. Y sin embargo... ¡ya lo ves!

E inclinó la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.

Baladas en prosa

UN IDILIO

(POR LEOPOLDO DÍAZ)

Bajo el follaje silencioso de los tilos,—he visto inclinarse sobre una tuberosa pálida como una novia de Ensueño,—un clavel mío orgulloso bajo su túnica escarlata.

Y he mirado á la tuberosa doblegarse,—en un estremecimiento vago de placer,—y he visto que el clavel se deshojaba sobre ella, en lluvia—de color de púrpura.

Desde una próxima glorieta—de glicinas, un mirlo malicioso—gorjeaba su canción picante,—mientras la tuberosa cándida—enrojecía de pudor,—y el clavel palidecía de orgullo bajo su túnica escarlata...

El llanto de Psiquis

Un día brumoso en el camino de la montaña,—vestida toda de pétalos de lirio—encontré una Psiquis llorando—junto á un rosal marchito por la nieve.

Cada lágrima que caía sobre la roca—hacia brotar una flor blanca como el sueño—de una virgen enamorada de un astro;—y hubiérase creído que aquellas florecillas eran,—ellas mismas,—pequeños astros caídos de una lejana,—de una misteriosa constelación.

¡Oh, hermana mía!—¡por qué lloras?—dije inclinándome hasta rozar con mi frente—herida por las ortigas del camino,—sus alas tenues de libélula—posada sobre un cuello de cisne.

Entonces, Psiquis, sin responderme,—y señalando un nido de alondras—deshecho por los huracanes de invierno,—secó sus lágrimas con una flor enferma—de aquel rosal marchito por la nieve...

La primer violeta

En la hora grave del crepúsculo—los viejos árboles se retorcián de dolor—azotados por el viento de otoño,—y sus hojas amarillentas rodaban—con un gemido de angustia,—sobre el césped quemado por la escarcha.

Un ruiseñor solitario cantaba—sus tristezas en un claro del bosque,—y lentamente, como lágrimas infinitas—las estrellas fueron constelando el azul misterioso.

Sobre el rayo melancólico,—sobre el rayo más tenue—de la más remota constelación,—un gran querub desterrado del cielo—(cuyas alas herían las sombras—como espadas de diamante)—dejó caer de sus ojos negros,—de sus ojos tristes una lágrima azul:—y sobre el césped quemado—apareció húmeda de rocío, la primer violeta!...

Ginebra.

UN DISEÑO DE LA CRUCIFIXION

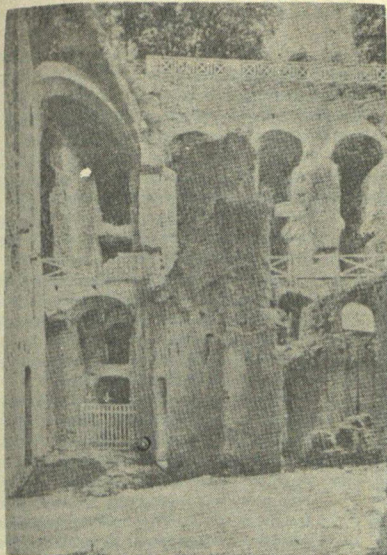
EN LA CASA DE TIBERIO



L profesor Orazio Marucchi, distinguido arqueólogo de Roma, entregado hace muchos años, con tanta paciencia como talento y regular éxito, al difícil estudio de la epigrafía, comunicó en días pasados á la prensa romana un importante descubrimiento que acababa de hacer.

Tratábase nada menos que de la reproducción en *grafito* de la escena de la crucifixión de Jesucristo, encontrada en una pared del palacio de Tiberio, en el Palatino. El dibujo, toscamente ejecutado, parece ser obra de alguno de los soldados romanos que tomaron más ó menos parte activa en la divina tragedia del Calvario.

La escena, dice el profesor, está trazada por mano visiblemente inexperta, y las figuras, como de 15 centímetros de alto, son de ejecución rudimentaria. En el centro está la cruz, y á derecha é izquierda de ésta hay soldados con escaleras. El Cristo está representado en el momento en que acaban de fijarle en el instrumento de su suplicio. Cerca de él está la figura de su juez Poncio Pilato. Los personajes llevan su nombre inscrito al pie, nombres todos de estructura netamente romana. Sobre el dibujo hay una inscripción latina, que no cuenta menos de quince líneas, en caracteres pompeyanos algo difíciles de descifrar. Empieza por la palabra *Crestus* y refiere sumariamente el apostolado y la pasión de Jesucristo.



RUINAS DE LA CASA DE TIBERIO

Es de suponerse que la noticia de este descubrimiento había de suscitar cierta conmoción en el mundo arqueológico. Ignorábase que se hubiesen emprendido recientes excavaciones en el Palatino, y todos se preguntaban cómo habían podido encontrar dicho dibujo. ¿Sería un descubrimiento en el verdadero sentido de la palabra? Desearo averiguar la verdad, me determiné á trasladarme al lugar de los sucesos para tomar informes, y hé aquí las explicaciones que he podido recoger, corroboradas por la reproducción de los dos documentos gráficos.

Existe, como es sabido hace mucho tiempo, en el piso bajo de la casa de Tiberio, comprendida en el conjunto de los palacios imperiales que ocupan la colina conocida con el nombre de Palatino, una pieza, ó mejor dicho, una especie de corredor cuyas paredes están cubiertas de *grafittos* (dibujos acompañados de nombres propios y de leyendas) trazados toscamente con la punta de un cuchillo ó de un clavo.

Sabios, arqueólogos ó historiadores han luchado por descifrar ese antiguo lenguaje mural, pero, preciso es decirlo, con menos éxito que buena voluntad. Y se comprende, pues si la cosa fuera tan fácil, la epigrafía ó lectura de los caracteres antiguos dejaría de ser una ciencia. Bastaría que llegara cualquiera con buena vista, bastaría simplemente tener ojos, para descubrir de una vez el significado de la primera inscripción que se presentara. No se necesita ser maestro para leer la muestra de una tienda.

Resulta, pues, que unos sabios leyeron de una manera, otros de otra, y M. Marucchi cree que todos están equivocados, ó mejor dicho, que no estudiaron bien el texto. Queda, en suma, reducido el descubrimiento á una nueva interpretación. ¿Podrá considerarse ésta al fin como la buena, la verdadera, la única admisible? No estoy bien familiarizado con las dificultades de la epigrafía para pronunciarme desde luego con conocimiento de causa, y aunque la alta capacidad de un especialista de mérito como lo es M. Marucchi, pueda ser buena garantía de probabilidad, opino que es mejor limitarse á no decir por el momento: *sub iudice*, sino *sub iudicibus lis est*.

El primer documento ofrece una vista general de la situación topográfica: son los restos de la casa ó palacio de Tiberio. Detrás de la reja de madera, colocada allí por orden de la Administración de excavaciones (*Servizio degli Scavi*) para impedir que los visitantes perjudiquen con.....*grafittos* de su propia cosecha los de la venerable antigüedad, se encuentran las paredes con sus preciosas inscripciones.

El segundo es un trazo hecho al lápiz, copiando el cuadro con la mayor exactitud. Es imposible obtener copia fotográfica por estar demasiado obscuro el corredor donde se halla, y además, que los galoneados guardias de las excavaciones podrían imaginarse, al ver la luz del magnésium indispensable para la impresión de la plancha, que era el relámpago siniestro de algún explosivo formidable. Como un verdadero favor, digno de agradecerse, he considerado el permiso que me dieron para permane-

cer dos minutos, trazando unas líneas en mi álbum y el esbozo mencionado.

A primera vista puede uno darse cuenta de dos cosas muy precisas: que en la parte superior hay algunos caracteres apenas visibles, y que más abajo está el trazo de un cuadro. M. Marucchi descifra entre esos caracteres la siguiente inscripción: *Crestus, virgis cae sus, decretus mori, super palum vivus fixus est*. Es decir: "Cristo, después de haber sido azotado, fue condenado á muerte y clavado vivo en la cruz."

Otro arqueólogo lee: *Crescens* (en vez de *Crestus*) nombre aislado del individuo al cual se refiere el resto de la inscripción, y sigue: *Non requies, non somnis claudit ocellos, per cunctas aestuat omnis amore*. Lo que se traduce: "No tuvo descanso; el sueño no llegó á cerrar sus ojos, pues siempre, durante la noche estaba inflamado de amor." Una ligera diferencia..... ¿no es cierto?.....

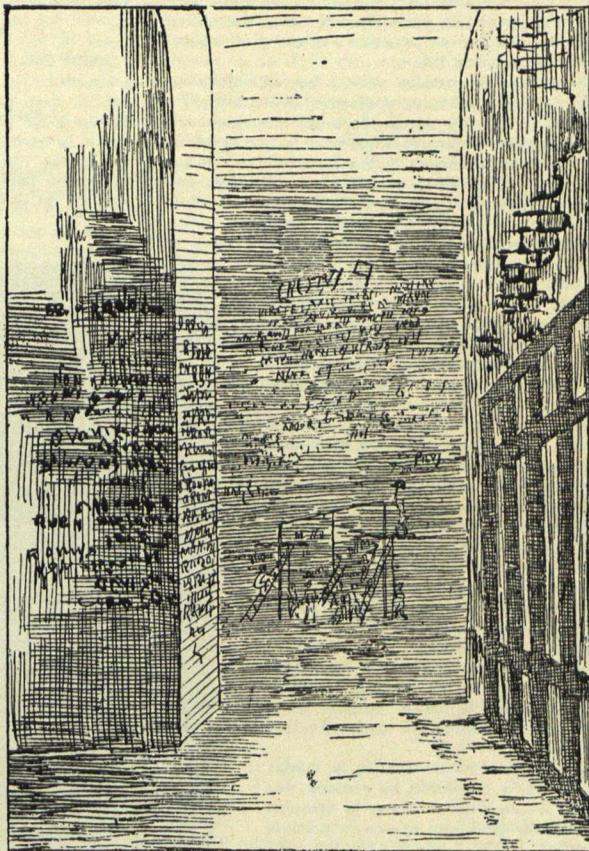
En cuanto á la escena, la descripción hecha por M. Marucchi corresponde bien con la crucifixión; voy á transcribir algunos de los pasajes en que él combate la idea de los que no ven en el trazo sino una sesión de funámbulos:

"Dos palos rectos unidos en lo alto por una barra; una escalera apoyada en uno de ellos y una cuerda que cae de arriba; del otro palo, el que está á la derecha del espectador, baja otra cuerda solamente. Yo considero la barra superior como una fuerza para sostener toda la armadura; pero un poco más abajo, en cada uno de los palos veo otros dos travesaños cortos formando dos cruces, y todavía más abajo, en el palo de la derecha hay otro signo que representa la tabla en que deben apoyarse los pies del paciente.

"Sobre este madero hay una figura. Ese es, me dicen, el funámbulo que sube para ir á bailar sobre la cuerda, representada por la línea que une los dos palos en la parte superior, y que yo llamo barra superior de la armadura; pero niego que se trate de un funámbulo, porque el individuo tiene un martillo en la mano. Es más bien un soldado que se ocupa en los preparativos de la crucifixión.

"Además de eso, sobre el madero de la derecha encuentro la palabra *Palus*. Mis contradictores dicen que debe leerse *Pilus*, final de un nombre que debe estar unido á una M colocada adelante y después de la cual sigue una pequeña hendidura en la pared; mas yo sostengo que la segunda letra es *a* y no *i*, y que las letras que faltan son las que debían formar la palabra latina que significa *muerte* (la condenación á muerte), y que por consiguiente el dibujante quiso decir: "Este era el palo de suplicio del principal ajusticiado, es decir, de *Crestus*."

La cuestión, como se ve, no es de las más claras.....desde el momento que se puede confundir con el funambulismo.....Esperemos que el estudio *in extenso* en el cual se ocupa activamente el profesor Marucchi dará la luz, completa luz en el asunto, y confirmará victoriosa ó irrefutablemente sus primeras explicaciones, que fueron dadas demasiado pronto á los reporters, gente siempre urgida por su situación.



DIBUJO DE LA CRUCIFIXIÓN —(Descubierto por M. Ziegler)



SECCION RECREATIVA

Curiosidades históricas

Por Ildefonso Antonio Bermejo

EL SERMÓN DE LAS TRES HORAS

(1733)

El venerable Padre Alonso Mexía, de la Compañía de Jesús, natural de Lima, fue el verdadero fundador de la devoción de las Tres Horas, que estableció en San Pablo de Lima; ceremonia que se propagó en todas las parroquias y monasterios de la América meridional por los años de 1732.

Posteriormente, los hombres más principales de la corte de España procuraban á porfía que fuese Madrid el centro de todas aquellas devociones que alimentaban los ánimos virtuosos de aquellos tiempos, especialmente durante la Semana Santa, en que la Iglesia recuerda anualmente los soberanos misterios que Dios obró por nuestra redención.

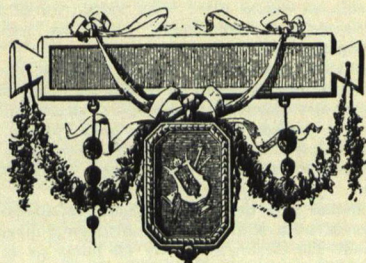
El Duque de Híjar, atento siempre á estas devociones, y sabedor de lo que el Padre Alonso Mexía había practicado en América, dispuso primero que nadie que se celebrase este acto con grande aparato y solemnidad en la iglesia de padres clérigos menores del Espíritu Santo.

Hízose cargo el noble Duque de la ejecución de la ceremonia, y suponiendo que una de las cosas que más contribuyen á esta devoción es la música, para mover á la contemplación, y observando que la que se usaba no parecía apropiada á la gravedad correspondiente á este acto, de suyo triste y fervoroso, llamó á su casa á D. Guillermo Ferrer, organista de la Real capilla de las señoras Descalzas Reales, muy celebrado en la corte por sus grandes conocimientos musicales, á fin de que sobre el texto de las Siete Palabras que habló Jesucristo en la Cruz, compusiera otros tantos *adagios*.

La destreza de este inteligente profesor satisfizo los deseos del noble Duque y mereció los mayores elogios de los inteligentes, y desde el año de 1733 tuvo comienzo la celebración de este piadoso ejercicio, que se verificaba de la manera siguiente:

El Viernes Santo, después de terminados los divinos oficios, se colocaba en el altar mayor, bajo do-

P. ZIEGLER.



del negro, una imagen de Nuestro Señor Jesucristo en la agonía, de tamaño natural, en la iglesia antes referida, construida por el escultor don Isidro Carnicero, imagen que se veneraba después en el oratorio del señor Duque de Híjar.

Colocaban dos grandes cirios á los lados de la imagen; y todas las ventanas y claraboyas del templo se cubrían de bayetas negras, de modo que no quedaba en el sagrado recinto más luz que la que despedían los cirios de la imagen y una linterna que tenía en el púlpito el religioso que dirigía el ejercicio, cuyo cargo desempeñó el primero el Padre Juan de Montoya, Doctor dos veces jubilado en Teología, Calificador de la Suprema, Asistente principal y Prepósito.

A fin de que fuese mayor el recato, se dividía la iglesia, quedando una fila de capillas y el crucero de ellas para las señoras mujeres y la otra fila y lo restante del templo para los hombres; y para más grande resguardo, se distribuía una compañía de granaderos por las entradas del monasterio y templo. A las doce en punto, hora en que pusieron en la cruz á Nuestro Señor Jesucristo, comenzaba el ejercicio que continuaba hasta las tres, momento de la espiración.

El sacerdote daba principio por el *Per signum crucis* y una invocación al Espíritu Santo; después decía un breve razonamiento para disponer á los fieles al aprovechamiento de las Tres Horas; y, terminado, leía una introducción en que recordaba los graves tormentos que padeció Jesús durante las tres horas que estuvo en la cruz, y de los grandes beneficios que por ellos recibimos, después de lo cual le pedía perdón por nuestras culpas y pecados.

En este intermedio tocaba la música un *adagio*, y concluido, se cantaba una copla, encaminada á llamar la atención de los fieles para que oyesen la primera palabra.

Finalizada ésta, mientras se meditaba sobre ella volvía á sonar la música, y luego decía el sacerdote en unión con el pueblo por cinco veces una brevísima oración y los actos de Fe, Esperanza y Caridad. A esto seguía la segunda palabra, etc., sin otra variación que la de ser alusiva al texto de la breve oración que se rezaba cuando terminaba la música.

Ultimamente, finalizada la séptima palabra, leía el sacerdote un discurso para mover á mayor ternura, meditando sobre lo que pasó Jesús al expirar; y terminada esta lectura, tocaba la música otro *adagio* más triste que los anteriores, imitando el terremoto que vino después de haber expirado Jesús.

Terminada este ejercicio dos minutos antes que sonaran las tres; quedaba en suspenso todo el auditorio, y al sonar el reloj exclamaba el predicador: *¡Ya ha muerto Jesús!* y con gran fervor exhortaba á los fieles á que llorase, implorando la compasión, ora hablando al pueblo, ora hablando con Jesús, ora con su Santísima Madre, y últimamente con los pecadores. Pedía un acto de contrición, y los concurrentes manifestaban llorando el gran dolor de que se hallaban poseídos.

Notas varias

Terrible accidente. Se rompe el hielo!

Un horrible accidente ocurrió hace poco en el lago de Suiza.

Un joven profesor de la Universidad salió á patinar en compañía de dos señoras; iban los tres muy complacidos en este ejercicio cuando de súbito, al deslizarse una de las dos mujeres, se rompió el hielo y la infeliz desapareció.

En el mismo momento el joven y la otra compañera sintieron que la superficie helada cedía bajo sus pies. La mujer dio un grito de espanto mientras que el caballero trataba de sostenerla, pero ambos se hundieron.

Cuando acudió la gente á prestarles auxilio era ya demasiado tarde.

El cuerpo del joven fue el primero que sacaron y en seguida el de una de las dos mujeres; el tercero no se pudo encontrar sino después de mucho tiempo.

El joven profesor, hombre científico de bastante mérito, había llamado la atención por trabajos jurídicos de la mayor importancia; sus compañeros pertenecían á familias muy estimables, y eran queridas por su gracia y por su carácter encantador.

Su trágico fin sumió en inmensa consternación á toda la ciudad.

Zola y la grafología

Emilio Zola y los grafólogos son los dos temas de actualidad. Un grafólogo de origen alemán, M. Fix, publicó hace poco tiempo una curiosa serie de retratos de escritores célebres de todos los países, juzgados según la letra de cada cual. Hé aquí la traducción de algunas líneas que se refieren á Zola: el retrato fue hecho hace unos meses, de manera que no han influido en él las circunstancias del momento:



TIPOS POPULARES: "La gran torta Bejarano!"..... y de leche..... la gran conserva!"

"Cerebro brillante; ricamente dotado; siente la necesidad de la armonía y de la perfección; filósofo, de ideas elevadas, lleno de poesía, ardiente, profundamente sensible, entusiasta por todo lo noble, lo bello, lo elevado y lo grande. Mirada penetrante, á la cual nada se escapa; elocuencia notable, irresistible, espiritual y llena de fuego. Llama á todo el mundo al palenque. Único en su género, activo, aristocrático; naturaleza resuelta.

"Ah! corazón orgulloso, quisiste ser infinitamente feliz ó infinitamente desgraciado y hoy te ha tocado la desgracia." (Sentencia alemana.)

Depende del poder de los demás. Reniega de su naturaleza primitiva, grande y hermosa. Disputa con Dios y con el destino; pone en la picota todo lo que es santo; se burla, rechaza; dice lo que se le ocurre á Dios y al mundo. Compadece á todos los habitantes de la tierra. Se irrita contra sí mismo. Maldito sea el día en que se dijo: "Ha nacido un hombrecito." Se niega á todo arreglo, cierra los puños y jura vengarse de su suerte.

Se adelanta provocativo, furioso, fanático, diabólico, y hunde el puñal con su lengua de doble filo y la alegría del ahorcado; rencoroso; alimentando el odio en su corazón. Y todo por amor propio, porque no se hacen las cosas á medida de su deseo; recalcitrante, intratable, y sin embargo dueño de sí mismo.

Entiéndase bien que en este estudio grafológico algo raro, no se trata sino de un descubrimiento divertido. Si cuando fue escrito, leyó Zola ese juicio de su persona, no debe haber quedado descontento de la grafología.

¿ Varones ó hembras ?

EN CASA DEL DOCTOR SCHENK

POR CHARLES JOLY

Viena—1898.

Como se habla tanto en Viena, en Berlín y hasta en París del descubrimiento que pretende haber hecho el doctor Schenk, profesor de bacteriología en la Universidad de Viena, según el cual pueden tenerse hijos varones ó hembras, como se quiera, determiné hoy ir á visitar á dicho Doctor para tener la confirmación de tan extraordinaria noticia, cuyo anuncio solamente, ha puesto en conmoción al mundo médico. Encontré al profesor en su laboratorio de la Universidad.

—Me han atribuido—dijo, antes que tuviese tiempo de exponerle el objeto de mi visita—me han atribuido palabras que yo no he dicho; proclámelo pronto y muy alto. La verdad es mucho más sencilla y voy á decirselo á usted.

"Yo he sido el primero que fundó en Alemania un instituto embriológico, y hace más de veinte años que estudio los fenómenos de la procreación. He recogido numerosos datos, he coordinado mis observaciones, y en el curso de mis lecciones en la Universidad ante mis discípulos, muchas veces he tenido que tratar de ciertos casos particulares de los cuales podían formarse deducciones generales. Yo considero, por ejemplo, como un hecho anormal el que una mujer dé al mundo cuatro, cinco ó seis hijas seguidas. Lo normal sería que esta mujer tuviese sus hijos alternando entre los dos sexos, ó bien dos varones y una hembra, ó viceversa. Ahora bien, después de largas y pacientes investigaciones, creo haber llegado á poder corregir la naturaleza en el caso particular de una mujer que haya tenido cuatro, cinco ó seis hijas, y hacer que conciba un varón.

Participé mis observaciones á mis discípulos, quienes las comunicaron más allá, y los periódicos dedujeron demasiado pronto que yo había hecho un descubrimiento.

"No hay tal descubrimiento; creo poder corregir la naturaleza en esos casos excepcionales y nada más—no puedo expresarlo de otro modo. Mis estudios serán objeto de una comunicación que dirigiré á las diversas Academias de medicina; pero no creo poder presentarla antes de un año, porque aún no he terminado mis trabajos. Puedo citar unos quince casos que hablarán en favor de mis conclusiones; pues no se tratará solamente del caso particular que antes he mencionado, sino de muchos otros que se estudiarán, en los cuales he obtenido resultados satisfactorios. El primero será el mío; pues tal como usted me ve, soy padre de seis hijos: he querido seis varones y los he tenido. Pero ya le he dicho demasiado; mis trabajos, repito, están aún lejos de terminarse, y me interesa acabar cuanto antes para que el mundo médico conozca el resultado de mis estudios.

"Tampoco soy el único que ha tratado el asunto; tenemos sobre esa materia los importantes trabajos de los doctores Legoyk y Coste, de París; Maychoffer, de Viena; Leuckart de Leipzig; sólo quiero aportar algo nuevo y nada más, nada definitivo.

Desde que los periódicos dieron la noticia que, si no falsa, ha sido bastante exagerada, recibo diariamente infinidad de cartas de mujer que me llegan de todos los puntos de Europa. Lo más curioso es que todas me preguntan cómo podrán tener un varón; nunca piden una niña. Hay algunas que me escriben diciéndome que se hallan en estado interesante y que quieren tener varón. Ya entonces es demasiado tarde."

Después de lo dicho me despedí del profesor Schenk, hombre sencillo, encantador, muy erudito, conocedor de todo lo que sucede y se publica en París en el mundo médico, el cual considerará como un deber enviar á nuestra Academia de medicina la memoria que prepara de sus largas investigaciones.

Autocremación de los sacerdotes budistas en China

M. Matignon, médico militar, adjunto á la Legación de la República francesa en Pekín, publica en los *Archivos de antropología militar* un estudio muy curioso acerca de las penas corporales y las mutilaciones que se imponen los bonzos búdicos, ora

por fanatismo, ora para conmovier el corazón y el bolsillo de sus ovejas. Estos infelices se cortan, se queman profundamente las carnes, tiffen las piedras con su sangre, etc.....

Otros, sin duda con el objeto de entrar en la bienaventuranza del Nirvana, llegan hasta el suicidio. En la isla de Pou-tou existe una roca famosa, desde la cual se arrojan al "Abismo de la diosa de Caridad" los sacerdotes que desean alcanzar la santidad de Buda.

Algunos obtienen el mismo resultado subiéndose a una hoguera á la que ellos mismos le ponen fuego.

Esos son los bonzos verdaderamente piadosos, pues sería injusticia pensar que en su imaginación pueda influir de alguna manera el interés personal al llevar á efecto la operación que, por otra parte, si es mirada con buenos ojos por la corporación á que pertenecen, á causa de las numerosas rentas que atrae á los monasterios, no obstante la prohibición de las autoridades administrativas.

Entre otros relatos de autoquemación, nos presenta M. Martignon la historia de "Abismos y Profundidad," uno de los nombres religiosos escogidos por los sacerdotes budistas, candidatos á la hoguera, para dar idea de su fervor y su deseo de gozar de la bienaventuranza del Nirvana.

"Abismos y Profundidad" era, pues, un mendigo que hacía tiempo recorría los campos en solicitud de limosnas para la reconstrucción de un monasterio.

Vivía en sacrificios y austeridades, imponiéndose penas corporales para purificar su alma, y había renunciado á los cuidados más indispensables del aseo, hasta llegar á ser una escoria: lívido, descarnado y en inminente peligro de muerte por consunción. A cada tres pasos se arrodillaba y se golpeaba la cabeza contra una tabla que ponía en el suelo, y que llevaba siempre consigo para no rajarse la piel de la frente con las piedras del camino. Mas todos estos sacrificios eran nulos y de ningún efecto, y las limosnas seguían siendo siempre miserables. "Abismos y Profundidad" se sintió muy abatido y más que nunca disgustado del mundo por su egoísmo y su bajeza de espíritu; y habiendo oído celebrar el heroísmo de dos bonzas que se habían resuelto á la cremación, determinó seguir los pasos de éstos, y anunció que había dispuesto realizar la transformación *sentada*; es decir, que se iba á sentar en una hoguera, que él mismo le daría fuego, y así entraría de una vez en la santidad de Buda.

Entonces fue recibido con los brazos abiertos en un monasterio, al cual atrajo multitud de devotos y de curiosos. Los que antes habían negado la limosna al hermano mendigo acudían generosos á contribuir para los gastos de la autoquemación. Se ofreció tanta leña y resina para tostar á "Abismos y Profundidad" como si se fueran á quemar todos los bonzos y bonzas de los monasterios cercanos. Algunas personas ofrecieron hasta cohetes para dar más esplendor á la ceremonia con los regocijos protécnicos; pero el comité de organización tuvo la prudencia de negarse á aceptarlos, contentándose con poner solamente algunos paquetes de pólvora entre los vestidos y bajo los brazos de la víctima, sin duda para hacer más corto el suplicio, ó acaso, según la opinión general, para asegurarle buen viaje al otra mundo.

Mas cuál fue la decepción del pueblo al saber que, por haber intervenido los extranjeros ante la autoridad local, no se efectuaba la cremación! Había sido un robo hecho á devotos y curiosos! Y en cuanto á "Abismos y Profundidades," se negó en absoluto á beber, resuelto á dejarse morir de hambre.

Instálase tranquilamente en su hoguera, en el centro de la cual había sólo el lugar suficiente para un hombre de pie, y allí le encontraron á los pocos días muerto en olor de santidad y de suiedad.

Pero no siempre terminan así las cosas. Por lo general, en las últimas horas que preceden al sacrificio afluyen las visitas de devotos que van á implorar la protección del futuro Buda, y éste, como buen príncipe, promete generoso todo lo que le piden, ora para el comercio, ora para las cosechas, etc. Las rentas del monasterio aumentan así de un modo extraordinario.

Llegado el momento del sacrificio, óyense los cantos de alegría: el mártir sale acompasadamente de su cuarto, atraviesa por en medio de la multitud arrodillada, que canta un himno budista, y él mismo lleva la medida, dando golpes sobre un cráneo. Llega á la hoguera hecha en forma de pabellón, entra, y con fórforos que le ofrece alguno de los fieles gererecs, ca fuego á la pira, á la cual se le habrán dejado unas como puertas y ventanas para

que los espectadores puedan seguir todas las fases de la operación. Muchas veces hasta que las llamas y el humo le ocultan á la vista de los fieles, está él cantando y llevando el compás con la mayor tranquilidad, como si ignorase que ya va á quedar trocado.

Un nuevo calculador prodigio

M. Diamandi



Hemos visto recientemente, en el Hotel de las Sociades sabias, un calculador prodigio, M. Diamandi, el cual ya había estado en París hace dos ó tres años; pero que en éste va á mostrarse en los salones y á exhibirse en público.

Entre otras variedades, Mr. Diamandi ha ejecutado los siguientes:

1º Se ruega á un existente dictar una tabla de 25 cifras:

7 9 8 4 6
2 1 9 7 8
3 2 5 4 9
1 6 8 9 7
5 4 9 6 8

Estas cifras, escritas sobre la tabla por un ayudante, M. Diamandi las fija un instante después, y volviéndose hacia el público las recita en columnas verticales ó bien en espiral. En seguida ruega que se le designen varias de las casillas de la tabla y nombra las cifras que las ocupaban. Las respuestas las hace sin hesitación. Se comprende que tiene la tabla delante de sus ojos: basta con mirarle para ver que es un «visual» como lo diremos más adelante.

2º Se le pregunta cuantos segundos tienen 87 siglos, comprendiendo los años bisiestos y responde casi al momento y sin escribir una sola cifra : 274, 551, 120, 000, lo cual es exacto.

3º Extrae de memoria la raíz cuadrada de 542,380 y la raíz cúbica de 493,989.

4º Se le da simultáneamente las cinco operaciones siguientes:

4 875 328 540 - 3 097 160 781
986 x 986
28 x 28 x 28
27 x 8
28, 493 : 976

Al cabo de 4 m 30 s., M. Diamandi da los resultados exactos, es decir, antes que el calculador que resolvía las operaciones hubiera obtenido el resultado.

5º M. Diamandi repite las 133 cifras escritas sobre la tabla en el mismo orden en que fueron colocadas. Y luego que se le pregunta una cifra cualquiera, designándola por su lugar, la nombra inmediatamente.

Hemos visto á M. Diamandi dos días después de su conferencia y él nos ha escrito á presencia nuestra la tabla precitada.

Una serie de operaciones clasifican á M. Diamandi como uno de los mejores calculadores prodigios, tanto por la retención de las cifras como por la ligereza con que resuelve las operaciones y los problemas que se le proponen; él reemplazará ventajosamente al célebre Inaudi el cual ha partido á lejanas regiones.

M. Diamandi nació en 1868 en Pilaros (islas jónicas) y en la escuela siempre se hizo notable por su aptitud para las matemáticas. Sin embargo no advirtió sus especialísimas dotes hasta un día en que cargado de papel se vio obligado á hacer una multiplicación de memoria y la hizo con una facilidad que le dejó sorprendido. M. Diamandi pertenece á una numerosa familia; ha tenido catorce hermanos y hermanas; y se ocupaba en el comercio de granos. Hoy hace novelas y versos, dando á veces sesiones de cálculo mental. Es un arrogante joven y al verlo no se le creerá dotado más que otro cualquiera, de aptitudes matemáticas.

M. Binet, el sabio director del laboratorio de psicología experimental de la Sorbona, ha hecho con respecto á M. Diamandi algunas observaciones interesantes. El se ha preguntado particularmente si el picho calculador tenía un "esqueno numeral." ¿Pero,

no saben ustedes quizá lo que se entiende por esta expresión poco eufónica? Es, sin embargo bien simple. Cuando se piensa en la serie de cifras, unas se le representan en fila horizontal, otras en fila vertical, otras en escalera, etc., etc. La forma y la dirección de esta línea es lo que se llama esqueno numeral. M. Diamandi tiene representada la forma; en ella se observa, entre otras cosas, que las primeras cifras de la serie ocupan un espacio relativamente más considerable que las últimas. Hace también observar que todas las imágenes mentales se hacen en él en un centro de varias masas de color gris. (?)

Quizá se recuerda que Inaudi tenía necesidad de hacerse anunciar las cifras para tenerlas bien presentes: era un calculador de memoria *auditiva*. M. Diamandi es un *visual*. A él le es indispensable mirar las cifras para grabarlas en la memoria. En general él ejecuta este trabajo en dos tiempos. El mira desde luego las cifras trazadas, después se abisma en la meditación, los ojos cerrados los pufios en las sienas, como un escolar que aprende una lección difícil.

Cuando él cree saber sus cifras mira de nuevo, como para verificar si no se ha equivocado.

Después de lo cual las repite sin titubear de viva voz, ó, más á menudo, las escribe sobre la tabla. Las cifras le aparecen mentalmente, no tal cual están escritas pero tal cual él las escribe habitualmente.

El tiempo que M. Diamandi emplea para aprender las series de cifras es variable con el tiempo, el estado nervioso, la tranquilidad, etc., etc.

La tabla que sigue da una buena idea del asunto.

Número de las cifras aprendidas	Tiempo necesario para aprender las cifras
10	17sgds.
15	1 m. 15sgds.
20	2 m. 15sgds.
25	3 m.
30	4 m. 20sgds.
50	7 m.
100	25 m.
200	2 horas 15 m.

Es inútil de decir que después de haber aprendido 200 cifras M. Diamandi está muy cansado.

El recuerdo de las cifras se hace más fácil si ellas están escritas, no en línea, pero sí en cuadro. Pero siempre se observa que las faltas cometidas, aunque muy raras, se encuentran siempre al fin de la serie y casi nunca al comienzo.

Como lo hemos dicho antes, M. Diamandi, hace mentalmente diversas operaciones aritméticas.

Las multiplicaciones que siguen han sido hechas en los tiempos indicados que como se ve, son cortísimos.

36 x 7 =	252	6 segundos
49 x 63 =	3.087	17 id.
329 x 63 =	20.727	21 id.
439 x 56 =	24.584	38 id.
637 x 224 =	142.688	56 id.
3.257 x 639 =	2.081.223	92 id.
8.637 x 4.538 =	39.185.706 mts.	7 id.
65.879 x 2.537 =	167.135.023 mts.	10 id.

Para los resultados las cifras están escritas la una después de la otra, comenzando por la derecha; pero la marcha de la operación es muy curiosa. Véase como la describe M. Binet.

Tomemos un ejemplo de multiplicación que él ha hecho mentalmente en dos minutos y treinta segundos:

46 273
729
416 45
925 46
32 391 1
33 733 017

M. Diamandi comienza por multiplicar 9 por 3 = 27; él pone el producto total, 7, y retiene 2; de seguidas multiplica 9 por 7 = 63; agrega 2 retenidas = 65; pone 5 y retiene 6. Hasta aquí, nada de más simple; pero en este momento él hace intervenir la segunda cifra del multiplicando que es 2 y multiplica 2 por 3 = 6; él agrega 6 á 5 = 11, pone 1 en el producto total y retiene 1. Se comprende la marcha que él sigue: en lugar de obtener enteramente los tres productos parciales para llegar al producto total, calcula separadamente las cifras de los productos parciales que se encuentran sobre la misma raya vertical, con el fin de llegar de seguidas á una cifra del producto total. De esta manera obtiene 7, después 5 y 6, que él adiciona, lo cual le da 1, después obtiene 4, después 4, después 1, que adiciona y que con las retenidas le dan 0. Lo mismo obtiene 6, después 5, después 1, que él adiciona y que con las cantidades retenidas le dan 3.

Es así como él puede ir tan de prisa, pero yo no recomendaría este procedimiento á los escolares.

HENRI COUPIN.

Una mujer sin estómago

Hasta el presente se habían contentado los médicos con lavar profusamente los estómagos rebeldes; pero ahora hacen otra cosa mejor. ¿Su estómago le hace sufrir y decididamente le molesta? ¿Qué importa! Se le saca y se le pone otro. Tendremos estómagos de repuesto; así lo han hecho, por lo menos, recientemente en Suiza. El profesor Schlatter, de Zurich, sacó el estómago á una de sus enfermas, le arregló otro á su manera, y, cosa rara, la paciente que no digería nada come con el mayor apetito.

Ya antes habían ensayado en Francia en los animales este modo de operar. Hace dos años quisieron saber los señores Carvallo y Pachon si un animal podía digerir sin estómago. Le sacaron este órgano á un gato y soldaron simplemente el esófago con el intestino. El animal comió y digirió por varias semanas. ¿Quedaría acaso incompleta la operación? Lo cierto es que el día menos pensado el gato no quiso comer y se murió. No queremos con esto augurarle mal á la enferma del señor Schlatter: hay operaciones felices y las hay desgraciadas.

El estómago de la operada por el profesor Schlatter tenía ya cincuenta y seis años cumplidos, edad bastante respetable y se negaba á ejercer sus funciones; se sentía al tacto una dureza pronunciada en la región epigástrica. Habría podido apelarse á los rayos X; pero el doctor Schlatter, con la mayor resolución le abrió el abdomen, cosa corriente hoy, y á la luz del día reconoció un cáncer difuso que se extendía desde la abertura superior del estómago (cardia) hasta el inferior (píloro).

No había más que una probabilidad de salvar á la enferma: sacarle el estómago cancerado. Mas después de la resección del órgano era indispensable llenar el vacío, ¿y cómo hacerlo? El cirujano cogió la parte del intestino más próximo á la extremidad del esófago, y la soldó con las suturas necesarias, uniéndola al extremo del tubo digestivo, dejando á un lado la antigua puerta de salida del estómago al intestino. En suma, quedaba reemplazado el estómago por un pedazo de intestino.

En seguida volvieron á coser el vientre y despertaron á la enferma clorofornizada.

A los pocos días le dieron un poco de leche, después caldo, y al mes le permitieron comer unos pedacitos de carne. Hace cinco meses que la enferma digiere sin estómago. Y no hay que dudarle; si digiere, pues el señor Schlatter ha hecho los análisis necesarios para saberlo y la cantidad de alimentos digerida y asimilada es casi la normal.

Por lo demás, el peso de la enferma ha aumentado sensiblemente. A fines de octubre, mes y medio después de la operación, había ganado 1 y medio kilos.

Esta operación ha hecho mucho ruido, y de todas partes van al hospital de Zurich para ver á la mujer sin estómago. El caso es, en efecto, sumamente interesante; pero no afirmamos por eso, como ya lo hemos oído decir, que no se necesita el estómago, que podemos vivir sin él y que la enferma de Zurich digiere como antes.

Hay que recordar que la digestión estomacal continúa en el intestino. En el estómago la pepsina transforma las materias albuminosas, carnes, huevos, etc., en peptonas asimilables; pero en el intestino, está el jugo pancreático que ejerce las mismas funciones.

Es muy posible, pues, que la enferma de Zurich digiera la carne con su jugo pancreático. Pero ¿no se fatigaría á la larga el páncreas de este aumento de trabajo? El lo hace ahora todo y recibe alimentos que no van preparados con el jugo gástrico del estómago.

Lo que interesa saber considerado fisiológicamente, es si puede el páncreas, sin agotarse, efectuar las funciones del estómago que falta y las suyas propias.

En el caso afirmativo, lo que será muy curioso, ya pedrán continuarse las operaciones con probabilidades de éxito. Mientras tanto, tenemos derecho de afirmar que existe en la actualidad una mujer sin estómago, que no sufre y que digiere perfectamente!

Falsas mareas en los lagos y mares interiores bajo la acción de la presión atmosférica

El efecto de las tempestades en los mares sin mareas y en los lagos es muy conocido de los marinos. En el mar Carpio, por ejemplo, puede una tempestad hacer subir el nivel del agua en 1 m 80 por una parte, y deprimirla en la misma cantidad del otro lado, quedando una diferencia de nivel de 3 m 60.

En el mar Báltico las tempestades del Este hacen variar el nivel del agua en 2 m 40.

En el lago Erie son frecuentes las variaciones de 0 m 60 y 1 m. 50, y algunas tempestades violentas han provocado un cambio de 4 m 50. En el equinoccio de primavera sobrevienen casi invariablemente las tempestades del Este que elevan de 1 m 20 á 1 m 80 el nivel del agua en el extremo occidental, y lo bajan otro tanto en el extremo oriental. En el equinoccio de otoño las tempestades vienen del Este, y hacen bajar el agua desde 2 m 10 hasta 2 m 50 en el Oeste, y subir de 1 m 50 á 2 m 50 en el extremo opuesto.

Al lado de estas grandes variaciones se producen otras muy pequeñas, en las cuales el mayor período no pasa de media hora y cuya amplitud no es sino de 0 m 08 á 0 m 10. Estas ondulaciones fueron observadas desde mediados del siglo último en los lagos suizos, y M. Denison las estudió últimamente en el lago Superior.

M. Denison demuestra que las ondulaciones de los lagos ofrecen, para el anuncio de las tempestades, un carácter de sensibilidad superior al del barómetro; y opina que las ondulaciones se deben á la acción de las ondas atmosféricas que, pasando por la superficie de los lagos, tienden á formar pequeñas ondulaciones que se amplifican en los lugares más estrechos ó menos profundos.

El azúcar en la alimentación

“El azúcar aumenta considerablemente la fuerza muscular. Así lo dicen los sabios, y hay que rendirse ante los hechos. Las observaciones y los ensayos son, en verdad, interesantes.

Habían demostrado los doctores Vogt y Gittenkofer que el trabajo muscular se produce con gasto ó consumo de hidratos de carbono, y más tarde, examinando cuidadosamente la sangre arterial y la venosa, en estado de reposo unas veces y otras con variados ejercicios, han observado que con la actividad los músculos consumen azúcar glucosa.

Con estos precedentes, el doctor Vaughan Harley ha emprendido una serie larga y minuciosa de experiencias para averiguar concretamente la función fisiológica del azúcar en el trabajo muscular.

La cantidad de energía desarrollada por el azúcar ingerido en el organismo se medía por el esfuerzo desarrollado antes de llegar á la fatiga por el dedo medio de la mano.

Parece lógico, y así se admite, que el efecto del azúcar sobre el músculo indicado sea análogo al causado sobre los demás del organismo.

Durante las experiencias se ha sometido á los experimentados á un régimen uniforme de alimentación, trabajo, sueño, ejercicio, etc., etc.

Sólo se ha variado la cantidad de azúcar ingerida en el organismo. Esas cantidades han sido de 100 gramos, 200 y 500.

Después de muchas mediciones, ensayos, observaciones, cambios en la manera de apreciar y medir el esfuerzo, cosas todas demasiado largas y minuciosas para expuestas en estas columnas, el doctor Vaughan Harley ha llegado á las siguientes consecuencias, dignas, en verdad, de consideración:

1ª El azúcar es un alimento de los músculos: 500 gramos de azúcar en días de ayuno han aumentado la fuerza muscular de un 60 á un 75 por 100.

2ª 200 gramos de azúcar mezclados con una comida frugal han hecho aumentar el esfuerzo de un 6 á un 30 por 100.

3ª Si el azúcar se añade á una comida abundante, el trabajo producido crece en un 16 por 100.

Y 4ª El trabajo producido durante un período de ocho horas pudo aumentar del 22 al 33 por 100, por la ingestión de 250 gramos de azúcar.”

El asfalto en los Estados Unidos

Se acaba de descubrir en los Estados Unidos, en el Utah (Estado de los Mormones) numerosas é importantes capas de asfalto.

Aún no se conocían capas naturales de asfalto en los Estados Unidos, y ellos hacían traer de la isla de Trinidad todo el que necesitaban.

Así pues, como el consumo y por consiguiente el pedido de asfalto aumenta constantemente, las ricas vetas de esta materia (que son seis) descubiertas en el Utah, colocan este Estado entre los países de la Unión más ricos en minerales.

Se cree que esta nueva reserva de asfalto podrá asegurar las necesidades de América durante varios siglos.

Además del asfalto ordinario que sirve para el revestimiento de las calzadas, se encuentra también la más pura variedad ó *gimésite*, que se emplea para el aislamiento de los alambres eléctricos, para mezclar los colores, y para la preparación de la laca y de los barnices.

Mortalidad y alcoholismo

Hé aquí otro argumento para los enemigos del alcohol: por motivo del aumento de la población tártara de la ciudad y del Gobierno de Kasan, se ha hecho un examen oficial, que ha dado los siguientes resultados:

Los tártaros de Kasan, cuyo número se eleva á 60.000 no tienen sino una mortalidad de veintinueve por mil; en tanto que la mortalidad de la población rusa de la misma provincia es de cuarenta por mil.

Las condiciones de vida y de higiene general son las mismas en las dos poblaciones; se diferencian sólo en que los rusos ortodoxos beben mucho, casi como los polacos, en tanto que los tártaros musulmanes son fieles á la ley del Koran y no toman alcohol en ninguna forma.

Monumento á la memoria de las víctimas del Bazar de la Caridad (París)

El 4 de mayo, aniversario de la catástrofe del Bazar de la Caridad, se colocará la primera piedra de la capilla que van á erigir en el terreno de la calle Jean Goujon á la memoria de las víctimas.

Presidirá esta ceremonia el cardenal Richard, arzobispo de París.

No se ha fijado todavía el plano para la construcción del monumento, cuya importancia puede variar según sea la extensión del terreno que se dé á los arquitectos. Sábese que la sociedad civil formada bajo la presidencia del cardenal Richard y del barón de Mackau cree poder adquirir todo el terreno de la calle Jean Goujon, del cual no posee hasta hoy sino una parte.

Centenarios de 1898

El año que principia será notable en Francia por la celebración de tres centenarios: el del poeta pe-luquerré Jasmín, nacido en Agén, en 1798 y muerto en 1864; el de el filósofo Augusto Comte, fundador de la escuela positivista, muerto en 1857, y el del célebre historiador Michelet, que nació el 21 de agosto de 1798.

En Italia se celebrarán dos centenarios: el del gran poeta Leopardi y el de Savonarola, monje tribuno.

En Suiza, además del centenario de la independencia del cantón de Vaud, se celebrará en la ciudad de Basilea el cuarto centenario de Hans Holbein, el célebre pintor de la “Danza de los muertos.”

Portugal también está organizando fiestas para el 21 de mayo, primer centenario del explorador Vasco de Gama.

Nueva planta de caucho en el Congo

La *Revue coloniale* señala una nueva planta de caucho que se encuentra en abundancia en el Congo, sobre todo en los terrenos arenosos del distrito de Stanley-Pool, y cuyo tronco subterráneo que se extiende á algunos centímetros bajo la superficie del suelo, produce un latex abundante que utilizan los indígenas del Estado independiente, para la preparación de un caucho de buena calidad.

Esta planta se puede comparar con las lianas del género *Landolphia*, tan conocidas en la costa occidental de Africa; pero el tronco, en lugar de ser trepador, se extiende al contrario á algunos centímetros bajo el suelo, arrojando aquí y allá ramas que alcanzan de 20 á 60 centímetros.

Modos de casarse

Se ha publicado en Londres un curio ó libro escrito por el Rvdo. W. H. Hutchinson, en el cual se refieren las distintas maneras de casarse usadas en todo el mundo.

Las hay tan originales como la empleada por ciertas tribus de las montañas de la India, donde el marido mete á su mujer en un saco, y echándose éste á la espalda, se dirige á paso ligero á su morada.

El esquimal se muestra enérgico en sus procedimientos. Cuando ya ha elegido mujer, se introduce en la casa ó tienda de campaña que cobija á la que quiere por esposa, la coge por los cabellos y se la lleva arrastrando hacia su casa.

Entre los pieles rojas se ajusta el matrimonio como una mercancía. El enamorado y el padre ponen de relieve los defectos y méritos de la muchacha, y luego estipulan el precio en vista de sus condiciones.

Algo parecido sucede en China; pero como el hijo del Celeste Imperio está más educado y entiende ya de hipótesis amorosas, pone á la novia en las nubes, empezando por adorar á la peana por el santo, es decir, lisonjear extraordinariamente á la suegra.

En Suiza, la muchacha presenta á su novio una botella llena de licor para significarle que consiente en tomarle por esposo. Quizá represente también el símbolo que le reconoce previamente el derecho de usar ó de abusar de la bebida.

También menciona el Rvdo. Hutchinson la costumbre bretona y vendeana, según la cual los desposados se presentaban con gran fausto, luciendo sus más bellos atavíos, y guiados por el sacerdote dirigíanse al Océano para echar en él la llamada sortija de espasales.

Acción de los rayos Röntgen sobre los vegetales

Un botánico italiano, M. Tolomei, ha hecho interesantes estudios sobre la acción de los famosos rayos X en los vegetales; y le parece demostrado que esta acción es análoga á la de la luz. Esta identidad de acción constituye un argumento en favor de la hipótesis según la cual estos rayos parecen ser de la misma naturaleza que los rayos luminosos ordinarios, es decir que son constituidos por vibraciones del éter.

La misma semejanza de acción ha sido observada respecto á las formas vegetales inferiores, es decir, de los fermentos y de los microbios, cuya actividad es disminuida por los rayos X, y estos acaban por matarlos.

Pero para obtener este último efecto, se necesita prolongar la acción de los rayos X durante varios días; y la necesidad de tal duración basta á explicar para M. Tolomei, las experiencias negativas, cuyos resultados han publicado ya algunos autores.

Rapidez del vuelo de las aves

M. Goetke, de Helgoland, ha hecho unas observaciones muy curiosas acerca de la rapidez del vuelo de las aves.

Han llamado particularmente su atención las cornejas que pasan en bandadas interminables por la isla de Helgoland en el otoño, en busca de otros lugares donde permanecer durante el invierno. Refiere en una de sus observaciones que el vuelo iba dirigido exactamente de Este á Oeste, que las primeras cornejas aparecieron como á las ocho de la mañana, terminando el desfile á las dos de la tarde. La llegada de las primeras aves á la costa oriental de Inglaterra fue á las once de la mañana, y la de las últimas á las cinco de la tarde, sin contar algunas retrasadas. Atravesaron, pues, las cornejas las 80 millas geográficas que hay entre Helgoland é Inglaterra en tres horas, lo que dá una proporción de 55 metros por segundo.

La observación efectuada en los colirrojos es aún más interesante. Estas aves, que ponen en Noruega en Finlandia, etc., pasan el invierno en las orillas del Nilo y en las Indias. Cuando regresan al Norte son capturados á centenares en la isla de Helgoland. Se sabe que ellos no vuelan sino durante la noche, y que son casi desconocidos en Grecia, Italia y Alemania, por lo que se deduce que vienen de un tirón y en una sola noche de su residencia de invierno. El trayecto entre Egipto y Helgoland, que es de 400 millas geográficas, ó sea 3.000 kilómetros, lo hacen en una noche de primavera, que sólo tiene unas nueve horas, lo que corresponde á una rapidez de 50 metros por segundo.

ENTRETIENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERRARIOS

Croquis ó apuntamientos para varios artículos

CONTRASTES QUE PRESENTA LA NATURALEZA

La naturaleza no puede dar la vida sin dar también la muerte; no puede hacer el bien sin hacer á la vez el mal; de donde resulta que la vida y la muerte, y el bien y el mal, se encuentran con frecuencia revueltos y confundidos.

Vamos lo que antecede demostrado en los siguientes contrastes.

I

El sol, rey de nuestro sistema planetario, deslumbra, quema, y mata en ocasiones, con los mismos rayos con que alumbrá, calienta y vivifica.

El fuego es luz que resplandece y da claridad, y es á la vez incendio que devora.

El viento apaga una bujía, y propaga un incendio.

La luz tiene sombras, y mientras mayor es aquella, más fuerte es la sombra que se proyecta.

La rosa, reina de las flores, tiene espinas con las que hiere hasta ensangrentar en ocasiones.

La verdad, reina asimismo de las buenas cualidades, tiene también sus espinas; esto es, severidad y amargura.

Los medicamentos tienen todos mal sabor; y los más activos y eficaces son, por lo regular, venenosos.

II

La abeja, que produce exquisita miel y cera para alumbrar, tiene aguijón.

El gato, el más fino, ligero y sutil de los animales, y halagüeño con los que ama; tiene uñas afiladas y araña, aun involuntariamente, al acariciar.

El mismo gato, además, es el más pulcro y aseado de los animales, y jamás se baña.

El perro, el más noble y fiel de los animales, sin excluir el llamado racional, está sujeto á la rabia.

El caballo, tan generoso y tan dócil y obediente á la mano y aun á la voz del hombre; pues el caballo, por condición inherente á su naturaleza, se desboca, y desbocado se dispara y ya no oye ni obedece nada.

III

La severidad y aun cierta aspereza acompañan de ordinario al hombre honrado; los halagüeños son falsos.

Los grandes hombres adolecen, por lo común, de grandes faltas. Los muy rectos pecan, con frecuencia, por ser demasiado severos é intolerantes, y hasta crueles con los extraviados.

Las mujeres livianas son, por lo regular, compasivas, y muy propensas á ejercer obras de misericordia.

Las grandes avenidas de los ríos, que limpian como no hay idea, causan á la vez grandes estragos.

Las tempestades que con su acompañamiento de relámpagos, truenos y rayos, purifican la atmósfera y regeneran la naturaleza; matan y destruyen sin piedad multitud de animales, de plantas y otras cosas materiales.

La mujer no dá á luz una criatura sin grandes dolores y peligro de su vida.

Textos.—“Inexorable sistema de las compensaciones! la hermosura, el talento, la riqueza, la fama, la gloria, las dotes más relevantes y envidiadas, todo tiene su lado flaco, todo se halla fatalmente compensado con inconvenientes y desventajas.”—PEDRO FELIPE MONLAU.

“Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te estima,
Y quien te adule te agravia.”

(MELÉNDEZ).

IV

El hombre, el rey de la creación, llamado por excelencia el animal racional, es el más expuesto de todos á la locura.

Texto.—“Si la razón es el privilegio del hombre, por una compensación dolorosa puede decirse otro tanto de la locura. En efecto, no parece que las humildes facultades del animal estén sujetas á esta terrible desgracia; y en la especie humana misma, son las razas superiores las que suministran casi todas las víctimas de las enfermedades mentales.”—(L. CARRAUD).

V

Los contrastes que anteceden, así como otros muchos que pudieran citarse, merecen bien ser considerados por el filósofo y el moralista. Nosotros nos limitamos á enumerarlos, en la esperanza de que no faltarán otros más competentes que lleven á cima la ardua labor de comentarlos y esclarecerlos.

Presentaremos en seguida, como complemento de este artículo, una colección de textos ajenos que envuelven contrastes.

REFERENTES Á LA FELICIDAD

“La felicidad es con frecuencia hija del infortunio.”

“La felicidad nace las más de las veces del mismo rigor de la desdicha.”

“La mayor desgracia es no haber conocido jamás la adversidad.”

“No sabéis que la felicidad puede tener sus tristezas, y la silenciosa alegría sus lágrimas?”

“Sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar á la felicidad.”—(FLORIÁN).

“No sabe de cosa buena
El que no sabe de pena.”

REFERENTES Á LA VIRTUD

“La senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso.”—(CERVANTES).

“Toda virtud es una reconvencción, toda buena cualidad un epigrama.”

“Los malos no más no son los que hacen daño. Los golpes más terribles parten muchas veces de las grandes almas.”

“Los más bellos caracteres son los más crueles, sin saberlo; cada una de sus nobles acciones es una sentencia sin apelación; su desproporción es una ironía, su contraste un ultraje.”

“Hay una virtud en el sufrimiento pasivo, que á menudo es más grande que la gloria del éxito.”—(SAMUEL SMILES.)

REFERENTES Á LA FORTALEZA

“Se requiere tanta fortaleza de ánimo para gozar de la buena fortuna, como para sobrellevar el infortunio.”

“Más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos.”—(SANTA TERESA).

“El que no tiene fortaleza para sufrir un agravio, es más cobarde que el que huye en la guerra.”—(VILLANUEVA).

“El miedo de cometer acciones bajas é indignas, es valor; y si nos son hechas, también es valor saberlas soportar.”—(BEN JOHNSON).

“Tan de valientes corazones es tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades.”—(QUIJOTE. Parte seg. Cap. LXVI).

“Il faut de plus grandes vertus pour soutenir la bonne fortune que la mauvais.”—(LA ROCHEFOUCAULD).

REFERENTES Á LA DERILIDAD MORAL

“La debilidad, ó flaqueza de ánimo, se opone más que el vicio á la virtud.”—(LA ROCHEFOUCAULD).

“La cólera es indicio de una gran debilidad moral.”

“La impaciencia, que parece esfuerzo, es realmente una flaqueza procedido de la falta de valor para sufrir y esperar.”—FENELÓN. Telémaco).

REFERENTES Á LA MENTIRA

“Una mentira que es la mitad de la verdad, es la peor de las mentiras.”—(SMILES).

“Los mentirosos más dañinos son aquellos que se conservan al borde de la verdad.”—(SMILES).

REFERENTES AL JUICIO

“Nada persuade tanto á las personas de poco sentido, como lo que es incomprendible para ellas.”—(BARALT).

“Tiene muy buen juicio el que no confía enteramente en el suyo.”

“El que no duda, no sabe cosa alguna.”

“Señales son del juicio

Ver que todos le perdemos,

Unos por carta de más,

Otros por carta de menos.”

(LOPE DE VEGA, La Dorotea).

REFERENTES Á TEMAS VARIOS

“La altivez es vicio ingénito, y el mayor de todos, en las almas pequeñas.”—(BARALT).

“El orgullo hace cometer tantas bajezas como el interés.”

“Más vale ser víctima del mal, que cometerlo.”—(SÓCRATES).

“El que siente odio es más digno de lástima, que el que es su víctima.”

“Cuando un hombre se ha conducido mal, es más ventajoso para él ser castigado que quedar impune.”—(SÓCRATES).

“Muchas veces los insultos van á caer á los pies del insultado, más como un homenaje que como un agravio.”

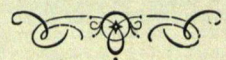
“Il y a des reproches qui louent, et des louanges qui médisent.”—(LA ROCHEFOUCAULD).

“Un homme à qui personne ne plait, est bien plus malheureux que celui qui ne plait à personne.”—(LA ROCHEFOUCAULD).

“Le trop grand empressément qu'on a de s'aquitter d'une obligation, est une espèce d'ingratitude.”—(LA ROCHEFOUCAULD).

“Dando gracias por agravios,
Negocian los hombres sabios.”

B. RIVODÓ.



NUESTROS GRABADOS

Lectura de la pasión

Con la naturalidad propia del asunto, el artista nos presenta una escena de familia en que los detalles ponen de relieve el fervor religioso con que quiso el pintor dar vida al grupo que forma su cuadro.

El Cristo de Montañés

Pocos escultores españoles, escribe Cean, hablando de Montañés, le han aventajado en la naturalidad de las actitudes, en el plegar de los paños y en la amabilidad de los semblantes.

Y refiriéndose á la estatua del Nazareno, cuya copia aparece en la presente edición, dice otro crítico: —hizo en ella ostentación del saber é inteligencia que tenía en todas las partes del arte, manejadas con gusto y delicadeza, buscando el buen efecto y la verdad.

Compasión

Esta mística creación de Bougureau no entra en el número de aquellas de sus obras que han sido censuradas por los jóvenes que pertenecen á la nueva escuela reaccionaria y realista. Este lienzo se hace notable tanto por el cuidado puesto en la ejecución como por la frescura y la gracia poética que caracterizan todas las obras del gran artista galó.

En oración

El cuadro trae á la memoria las estrofas de Hugo traducidas por Bello:

Vé á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo;
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.

Y ora la angelical criatura; y sube su oración al cielo, no como en el templo:

vestida con su túnica de incienso;

sino como paloma mística que rompe el encaje de las nubes y desaparece entre las claridades inefables de la bienaventuranza.

Mater amabilis

Mientras el niño se manifiesta gozoso en el regazo maternal, la expresión de la santa mujer que lo lleva en su seno rebosa cariño y bondades infinitas. Max ha traducido con brillante exactitud el concepto de la ternura de acuerdo con la frase del rito católico.

El Descendimiento

El asunto ha sido de difícil ejecución para todos los pintores, después de haberlo acometido Rubens con brillante éxito. Empero, en la tela del artista alemán cobra novedad, y sugiere la triste escena con toda la fuerza que la verdad imprime al colorido.

Jesús y la Samaritana

El grabado antiguo, que ofrecemos en copia, rememora el bello episodio de Jesús en la ciudad de Sichar, junto á la heredad que Jacob dio á su hijo José. Jesús, cansado del camino, se sentó junto á la fuente de Jacob, á la hora sexta; y á la mujer de Samaria que se acerca á sacar agua, dice: —Dame de beber.—Y la Samaritana responde: —Los judíos no se tratan con los samaritanos; ¿cómo tú, siendo judío, me demandas á mí de beber?—Respondió Jesús y dijo: —Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: "dame de beber," tú pedirías de él, y él te daría agua viva.—Señor, contesta la Samaritana, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo; del cual él bebió, y sus hijos y sus ganados?—Respondió Jesús y dijo: —Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá á tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed.

Después de esta parábola, la poesía pone en labios de la Samaritana los siguientes versos:

Incrédula le oía,—pero de asombro muda;—y mi azarosa historia—entonces me contó:—con mágica palabra,—sin vacilante duda,—de los secretos míos—el velo desgarró.

Sabed que Cristo dice—que hay fuente cristalina—que de los cielos baja—y apaga nuestra sed;—hay rayo que la mente—benéfico ilumina:—el agua del bautismo,—el rayo de la fe.

La infancia de Jesús

La fantasía del artista reconstruye y sintetiza la infancia del Divino Maestro en dos figuras adorables, en una de las cuales hace sugerir el concepto del amor maternal, con toda la delicadeza del sentimiento.

La Virgen

En el cuadro de Hébert aparece humanizada, acentuando la bella paradoja de Segovia Rocaberti: "lo mejor de la Virgen es ser madre." No splende sobre su cabeza el nimbo luminoso de la divinidad; pero sostiene en sus piernas al hijo que le abre las puertas de los cielos y le da asiento al lado del Todopoderoso.

Piedad

La escultura de Gustavo Eberlein despierta en el alma la virtud que nos mueve á reverenciar, y á acatar los designios del Altísimo.

Al pie de la cruz yace el cuerpo inerte del compañero inseparable; y la triste esposa, después de haberle rendido el tributo de sus lágrimas, parece que dijera con el Libro Sagrado: el Señor me lo dio, el Señor me lo quita; bendito sea el nombre del Señor!

Magdalena

Purificada por el amor y el arrepentimiento aparece la pecadora de Magdala en los lienzos de Gabriel Max y Juan Carlos Cazin que ilustran las páginas del presente número.

Larmig expresa con ternura exquisita los encontrados sentimientos que embargan el corazón de Magdalena, cuando tocada por el amor divino, y pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja lejos de sí las galas, que son sus pecados, y se ruboriza por vez primera de su desnudez física y moral.

"¿Qué súbito pesar su pecho oprime?

Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estrechoce,
Y el aire triste que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos."

Como el Tiziano, casi todos los pintores al tomar por asunto á Magdalena, se inspiran en ese momento que traduce el poeta.

La Penitencia

Arnold Boeklin, el artista suizo autor de *La Penitencia*, es un paisajista que aunque poco conocido entre nosotros, goza de gran nombrada y merecida reputación en Berlín y Munich, santuarios del arte alemán, en donde sus telas son acogidas con entusiasmo por el poder, el movimiento y la vida que ha sabido siempre dar á sus creaciones.

La Cátedra de San Pedro

Copia el grabado antiguo que lleva este título, el famoso monumento desde donde hablaba al mundo el fundador de la Iglesia cristiana.

La oración

Cuando las almas puras dirigen su pensamiento á Dios, descendiendo del cielo el ángel que fortalece los espíritus y derrama en ellas consuelos y bendiciones.

Tristes recuerdos

La cruz marca el sitio donde duerme para siempre un sér querido, que fue para la humilde pastora, llorosa y pensativa, alma de su alma, centro de todos sus ensueños y esperanzas, y síntesis del objeto más caro á su sencillo corazón.

La tumba de Moisés

En el monte Nebo, país de los Moabitas, allí murió Moisés, á la vista de la tierra prometida, excluido de ella por haber dudado cuando Dios le mandó que hiciera brotar agua de la roca de Horeb, tocándola con su vara. En el monte Sinaí, donde el pueblo se detuvo un año, Moisés le transmitió, en nombre de Dios, el *Decálogo*, inscrito en dos tablas de piedra.

Moisés, en hebreo *Mosche*, es decir, sacado del agua, fue expuesto en el borde del Nilo, porque Faraón había mandado dar muerte á todos los hijos varones de los hebreos. Descubierta y adoptada por Termutis, hija del rey, fue instruido en todas las ciencias de los egipcios. Guardaba, hacia cuarenta años, los rebaños de su suegro, cuando una voz, saliendo de una zarza ardiendo, le mandó que fuese á libertar á los hebreos oprimidos. Atravesó milagrosamente el Mar Rojo á la cabeza de los israelitas, y en ese mismo mar quedó sepultado Faraón con el ejército que perseguía al gran legislador.

Ruinas de la casa de Tiberio

El paisaje de las ruinas evoca la muerte del emperador sangriento y libertino. Su última residencia fue en el cabo Miseno, en la quinta que perteneció á Lucio Lúculo. Su muerte, refiere Tácito, se conoció de esta manera: Caricles, famoso médico, aunque no curaba al príncipe, acostumbraba á darle de ordinario advertimiento para su salud. Este, tomando licencia como para irse á sus negocios, so color de besarle la mano le tocó el pulso. Cayó en ello Tiberio, y por ventura enfadado de esto, por disimular el enojo, mandó cubrir la mesa de más viandas que lo acostumbrado como por favorecer y honrar en su partida al médico, á quien tenía por amigo..... A los diez y seis de marzo, con un desmayo que le sobrevino se creyó que había acabado la vida, y ya comenzaba Cayo César á salir con gran acompañamiento de los que venían á dar el parabién para introducirse en el imperio, cuando de improviso se supo que Tiberio había cobrado el habla y la vista y que á gran prisa pedía viandas. Amedrentados todos y espantados, unos procuraban volver á componer el rostro conforme á las pasadas muestras de tristeza, y otros, á disimular el caso. Enmudeció Calpúgula, y cayó de tan altas esperanzas, comenzaba ya á temer de su propia persona. Sólo Macrón, sin alguna alteración, ordenó que aquel viejo fuese ahogado con echarle encima bastante cantidad de ropa, mandando salir antes á todos del aposento. Este fin tuvo Tiberio á los setenta y ocho años de edad.

Mendigo

El grabado de este título es copia de la escultura que alcanzó la primera mención en el concurso de la Academia Nacional de Bellas Artes. Su autor es el inteligente joven Narciso S. Suárez.

Tulio Febres Cordero

La galería de escritores jóvenes de EL COJO ILUSTRADO se honra hoy con el retrato de este aventajado escritor que desde su apartada ciudad nativa, Mérida, ha popularizado su nombre con trabajos literarios de distintos géneros. Fundó y redactó *El Lápis*, periódico que alcanzó gran aprecio dentro y fuera del país.

José Antonio Espinoza

Sirve de marco al retrato del joven autor de *Regionales*, el estudio que de este libro firma nuestro colaborador señor José E. Machado.

"La Sombra de las Playas"

Así se titula la preciosa balada de que es autor el señor J. M. Hurtado Machado, y la cual fue premiada en el primer concurso del Conservatorio Nacional de Música y Declamación. La letra de la balada es del malogrado poeta D. José Antonio Calcaño y el autor de la música ha dedicado su trabajo á su maestro nuestro amigo el señor J. M. Suárez.

Tipos populares

"LA TORTA BEJARANO"

Ha habido, hay y habrá quienes piensen que es muy difícil alcanzar la celebridad. Sin embargo nada más fácil. Con cualquier nimiedad se sugestioná á las multitudes, y hété aquí que, Pedro el de los palotes, hasta ayer no más críuelo, desde hoy pasa á la posteridad. Sus títulos, hélos aquí. Se enriqueció de este ó aquel modo. Surgió de tal ó cual lucha. Brilló por tal ó cual cosa. Prestó á tiempo esto ó aquello. Qué mucho, pues, que hoy se destaque en la penumbra de la gloria el tipo que en la página 276 verán los lectores con sus correspondientes exclamaciones oídas á diario, por esas calles de Caracas de..... "La gran torta Bejarano.....y de leche.....y de leche.....la gran conserva." Nada, que sujeto, torta y conseva, reclaman ya puésto de honor en el sitio de las celebridades.

Agua Buenas, P. R., Julio 30 de 1894.

Señores Scott & Bowne, Nueva York.

Muy señores míos: Hace diez años vengo empleando la excelente Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, preparada por ustedes y debo manifestarles que me ha dado siempre magníficos resultados, sobre todo en los niños y en los casos de linfatismo y decaimiento orgánico, tan comunes en este país.

De ustedes atento S. S. Q. B. S. M.

MIGUEL GAUDIER.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasitocida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz.

La **CREMA SIMON** calma muy bien los efectos de las **Picaduras de los Mosquitos**.

Verificar la marca de fábrica.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplido que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: **QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO**, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

SUELTOS EDITORIALES

José Tomás Márquez.—Víctima de violenta enfermedad rebelde al poderío de la ciencia y á los cuidados del afecto, rindió la jornada de la vida este apreciable compatriota, excelente padre de familia, dilecto amigo y probó ciudadano. Consagró sus últimos años á las labores de la respetable casa mercantil de los señores Boccardo y C^a, donde era justamente querido por su trato afable y por su carácter apropiado al cargo que desempeñaba.

Nos asociamos al duelo de la familia, á la que Dios dará suficiente resignación para resistir la dura prueba que hiere sus corazones.

“París.”—Con atenta dedicatoria de Luis Berisso, hemos recibido *París*, que su autor, el joven poeta argentino Alberto Ghirardo, ha publicado en un elegante folleto. El nuevo canto del celebrado autor de *Fibras* es un himno de admiración á la ciudad:

“encarnación de todas las ideas,
ocaso del espíritu y aurora.”

A esa ciudad dice el poeta:

“Para cantar tus sombras
alzaré mi dolor hasta la pira
donde arde,—pebetero de los males,—
el carbón del pecado y del delito
como ardía en las fiestas lupercales.—
Para cantar tus glorias
haré hablar á la espuma enrojecida
de tu Sena sombrío,
porque la sangre ardiente de tus héroes
ha derretido el hielo de tus ríos.”

Estrofas brillantes son las de *París*; y en ellas se siente el ondear de la bandera que señala á los “nuevos” la cumbre del ideal.

Juan José Yepes.—En la tarde del 26 del mes que acaba de finalizar, numeroso cortejo condujo al Cementerio del Sur el cuerpo inanimado del señor general Juan José Yepes, miembro honorable de la sociedad venezolana, y de una familia que vive rodeada de las más merecidas consideraciones. Como hombre público, Yepes sirvió á su país en puestos importantes; y tanto en la vida de la política como en la del hogar, se distinguió por su carácter sereno, sus maneras cultas y su trato expansivo.

Dedicamos un cariñoso recuerdo á su grata memoria; y nos asociamos al duelo de su adorada familia, y enviamos nuestro pésame á sus hermanos y en especial á nuestro amigo el señor Juan E. Linares.

César Zumeta.—De regreso de Europa y de los Estados Unidos, donde residió estos últimos años consagrando una parte del tiempo al comercio de las letras, ha llegado á esta ciudad nuestro amigo señor César Zumeta, quien por sus talentos y brillante ilustración tiene puesto de honor en el número de los colaboradores de EL COJO ILUSTRADO.

Presentamos nuestra más cordial bienvenida al aplaudido escritor, cuyas aptitudes deben tomarse en cuenta en estos momentos en que la juventud intelectual ha sido llamada al servicio de la Patria.

Manuel Antonio Paredes.—El 20 de marzo falleció en esta ciudad el honorable padre de familia señor general Manuel Antonio Paredes, carácter independiente y soldado valeroso. Con los honores debidos á su alta jerarquía militar fue sepultado su cadáver. Enviamos nuestra sincera manifestación de condolencia á su apreciable familia.

Carlos Villanueva.—Ha regresado de Europa este distinguido amigo nuestro. Dámosle la más cordial bienvenida.

Jaime Puig Corvé y Barjau.—Hemos recibido la triste noticia del fallecimiento de este distinguido caballero, socio de la acreditada casa comercial de Puig Corvé Hermanos, nuestros amigos y corresponsales en Barcelona de España.

Sentimos sinceramente la irreparable pérdida que experimenta la familia Puig Corvé y en estas líneas le enviamos el testimonio de nuestra condolencia.

“Cantos bohemios.”—Es autor de estas poesías, coleccionadas en un opúsculo de 23 páginas, el joven guayanés J. M. Agosto Méndez, quien, desde el año 90, viene dando muestras de ser un poeta inspirado. La musa que le dicta sus cantos, es la musa que se corona de rosas en la fiesta anacreóntica, y cambia la copa del festín por la piqueta demolidora, cuando el siglo le grita: “derrumba,” para que el carro de las grandes ideas no encuentre obstáculos en su marcha triunfal. Brillante y valiente es en las más de las veces el poeta guayanés. Resalta en su libro una fuerza, que no es por cierto la que le dará renombre: la de la asimilación. No sólo Díaz Mirón influye en la poesía de Agosto Méndez, como parece insinuarlo el prologuista; en más de una de las composiciones del libro existen analogías con Manuel Reina y Andrés Mata. No dudamos, empero, que el poeta se nos presente original en su próximo libro. Es cuestión de labor y nada más. Revela poseer facultad creadora, y desarrollando esa energía contribuirá al mayor esplendor de la lírica venezolana.

Agradecemos al poeta el envío de su primera obra, cuya aparición celebramos con aplausos de simpatía y estímulo.

Ricardo Antonio.—Era el encanto y la alegría del hogar de nuestro apreciable amigo señor Henrique Alamo. La muerte lo arrebató del regazo maternal en los bellos días de la infancia; y al cerrar sus ojos, que veían al cielo, y paralizar los latidos de su corazón, entraña del afecto, la alegría se trocó en tristeza infinita y el encanto se deshizo ante la realidad de la desgracia.

Quiera Dios fortalecer el espíritu de sus afligidos padres!

Rudolf Dolge.—Hemos sido honrados con una visita de este caballero, Delegado Especial de la Asociación Nacional de Fabricantes de los Estados Unidos de Norte América, y con la invitación que nos hizo para la inauguración oficial de la Exhibición de artículos y artefactos americanos. Debí verificarse ésta el sábado 26 de Marzo último pero por indisposición del señor Presidente de la República, fue diferida para el martes 29.

Entra en prensa el presente pliego de esta Revista antes de haberse efectuado aquella.

Próximamente nos ocuparemos de este asunto con más extensión.

Condolencia.—Ha muerto Sor María Teresa de Castro Ibarra, Reverenda Madre Superiora del Convento que fue de las Religiosas Concepciones.

Damos nuestro pésame al Ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela, y á la familia Castro Ibarra.

Libros y folletos recibidos:

Memoria que presenta el Ministro de Relaciones Interiores al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en 1898.—2 tomos.

Memoria que dirige el Ministro de Guerra y Marina al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en 1898.

Memoria de la Gobernación del Distrito Federal presentada al Congreso Nacional de los Estados Unidos de Venezuela, en 1898.

Compañía Anónima del Gas y de la Luz Eléctrica: Informe que presenta la Junta Directiva á la Asamblea General ordinaria, de

31 de marzo de 1898 correspondiente al semestre de Julio á Diciembre de 1897.

Discurso del Padre Mendoza, en la Catedral de Barquisimeto, en el solemne Te Deum ordenado por el ciudadano general E. J. Aular, Presidente del Estado, en acción de gracias al Todopoderoso por la exaltación del señor General Ignacio Andrade á la Presidencia de la República.—1º de marzo de 1898.

Damos las gracias á los señores remitentes.

CURSO DE SOLFEO Y PIANO

PARA NIÑAS

bajo la dirección del profesor recién llegado á esta ciudad Modesto Borrell. Dará principio el sábado 2 de abril, tres veces por semana, en su morada, Sur 6, esquina Pedrera, número 46, de 4 á 6. Honorarios: 20 bolívars al mes. También habrá otro curso para niños, los lunes, miércoles y viernes á la misma hora.



EL COJO Ilustrado

REVISTA LITERARIA ILUSTRADA
Caracas - Venezuela

AVISO PARA EL EXTERIOR:
(América del Sur,
América del Norte,
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscripción POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
Puig Corvé Hermanos — Antigua de San Juan 19.

Hamburgo — Marcos 38,70
A. F. Neubauer & Co.—Poststrasse 2.
New York — Fts. oro 9.23
Scholtz Sánchez & Co.—22-23, State St.

Libros de registro para 1898

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, se hallan á la venta en La Empresa El Cojo.

"LA SOMBRA DE LAS PLAYAS"

(BALADA)

Premiada en el primer concurso del Conservatorio Nacional de Música y Declamación

A MI DISTINGUIDO MAESTRO J. M. SUAREZ

Letra de J. A. Calcaño

Por J. M. Hurtado Machado

LENTO

The musical score is written for voice and piano. It begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a common time signature (C). The tempo is marked 'LENTO'. The piano accompaniment starts with a series of chords in the right hand and single notes in the left hand. The voice line enters with a melodic phrase. The lyrics are in Spanish and describe a scene on a beach. The score includes various musical notations such as dynamics (piano, *pp*, *ppp*), articulation (*esp.*), and performance instructions (*ad libitum*). The lyrics are: "sauce que le quebre en el na, la frente a la mar la frente a la mar so li ta aia la planta en ca muna Florunda a llorar Florunda a la nar Una tumba hay allí que se pul ta por siempre su bien por siempre su".

bien Una tumba en su pecho que a culta reliquias tambien reliquias tambien

Quando en decha en la noche la es traña vision del dolor vision del dolor Con sus

Siu mosso

branco retumbo acompaña la marsu clamor la marsu cla mor No temas a la sombra noc

con anima

tur-na Te ned le piedad Te ned le piedad Busca se lo una cruz i una urna Por

e lla rogad por ella rogad por ella rogad por e lla rogad

cres.

Sedro E. Gutierrez

SANGRE PURA

es la fuente de buena salud.

La Zarparrilla del Dr. Ayer

Hace Sangre Pura, Fortalece los Nervios, Despierta el Apetito,

Quita aquel Conocido Cansancio y Hace Llevadera la Vida.

Millares de personas han declarado en pro de las virtudes curativas de la Zarparrilla del Dr. Ayer. Sus cartas llegan diariamente por el correo. No son meras teorías, pues todos los comunicantes aseveran que la Zarparrilla del Dr. Ayer les curó.

Mujeres presa de debilidad y cansancio

que han tenido que guardar cama, acojadas por una infección escrofulosa y extenuadas, que padecían de enfermedades propias de su sexo, escriben agradecidas, de haber sido perfectamente curadas. Aquellos que desean aprovecharse de su experiencia y ponerse sanos y fuertes, tomen la

Zarparrilla del Dr. Ayer

el gran restaurador de fuerzas y depurativo de la sangre.

PREPARADA POR

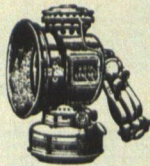
Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

EL 1898 20th Century OJO

LAMPARAS PARA BICICLETAS DE PAÑO

De Niquel Platead, Pequeñas, Bonitas y Duraderas.

Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lamparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



20th CENTURY CICLOMETROS. 10 000 Kilometros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.



Lienzo, pinturas, pinceles, & & PARA LOS ARTISTAS

A LA VENTA EN EL COJO

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

Sozodonte

PARA LOS DIENTES Y EL ALIENTO.



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

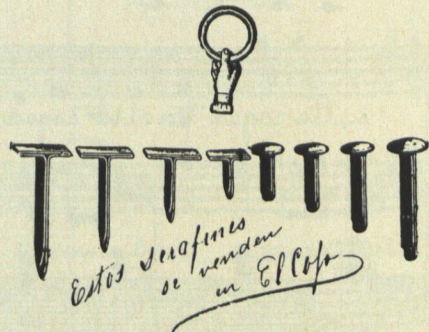
LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

Son un TÓNICO para el cutis. Son MEDICINALS. El Borato es SALUDABLE. El Azufre es PURIFICADOR. Curan todas las ERUPCIONES. Curan todos los GRANOS. Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciamente perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte, pagado. Preparados por el Eminentísimo Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Moutclair, N. J., EE. UU.

151



La perfumería que se vende en EL COJO es importada de las mejores fábricas.